

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

**PERTENENCIA Y LÍMITES ÉTNICOS: MIGRANTES
“MESTIZOS” DE ZOQUITLÁN EN ECATEPEC.**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN ANTROPOLOGIA
PRESENTA
KARLA VIVAR QUIROZ

DIRECTORA
DRA. CRISTINA OEHMICHEN BAZÁN

CIUDAD UNIVERSITARIA, DF

2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
CAPITULO I: SANTA MARÍA ZOQUITLÁN, OAXACA. EL CONTEXTO DE ORIGEN.....	18
1.1. ENTRE PLANICIES Y CERROS. OAXACA, PUNTO DE PARTIDA.....	20
1.2. LA REGION: ¿VALLES CENTRALES o SIERRA SUR? ESA ES LA CUESTIÓN. DUDAS PERMANENTES DE FILIACIÓN.....	28
1.3. EN EL CORAZÓN DE LA SIERRA: SANTA MARÍA ZOQUITLÁN.....	32
1.3.1. ORGANIZACIÓN SOCIO POLÍTICA.....	39
1.3.2 SISTEMA FESTIVO – RELIGIOSO. PUNTO CLAVE DE COERCIÓN Y FRICCIÓN.....	42
1.4 SANTA MARIA ZOQUITLÁN 2005. TIERRA DE MIGRANTES.....	45
CAPITULO II: ECATEPEC, ESTADO DE MÉXICO. UN ENCLAVE URBANO COMO DESTINO.....	50
2.1 HISTORIA ANTIGUA DE UN DESTINO INESPERADO.....	52
2.2 LOS PUEBLOS ORIGINARIOS.....	56
2.3 ECATEPEC Y SU HISTORIA RECIENTE.....	62
2.3.1 LA RECREACIÓN DE UN MUNICIPIO EMERGENTE.....	64
2.3.2 LA LLEGADA: ASOMBRO Y CAOS DENTRO DEL NUEVO HOGAR.....	67
CAPITULO III: CULTURA E IDENTIDAD: ENTRE EL CONTEXTO Y LA ACCIÓN.....	72
3.1. CULTURA. EI PARADIGMA DE LA ANTROPOLOGÍA.....	73
3.1.1 LA CONCEPCIÓN ESTRUCTURAL DE LA CULTURA.....	76
3.2. TRANSITANDO DE LA CULTURA HACIA LA IDENTIDAD.....	80
3.2.1 IDENTIDAD ÉTNICA: UN TIPO DE IDENTIDAD COLECTIVA.....	87
3.2.2 EL TERRITORIO. ELEMENTO CONSTITUTIVO DE LA IDENTIDAD ETNICA.....	92
3.2.3 LOS LIMITES ETNICOS.....	96
3.3. RELACIONES INTERÉTNICAS: CONJUGACIÓN DE PROCESOS.....	97

CAPITULO IV: IDENTIDAD ÉTNICA Y MIGRACIÓN.....	102
4.1. LOS GRUPOS ÉTNICOS DENTRO DE UN CONTEXTO MIGRATORIO.....	106
4.2. EL FENÓMENO MIGRATORIO EN OAXACA.....	109
4.2.1 MIGRACION RURAL – URBANA.....	112
4.2.2 MIGRACIÓN INTERNACIONAL: LA CONSTANTE OAXAQUEÑA	115
4.3. IDENTIDAD Y ETNICIDAD ENTRE MIGRANTES OAXAQUEÑOS.....	117
CAPITULO V: YO, TU, EL, NOSOTROS, USTEDES, ELLOS.	122
5.1. EL YO ZOQUITECO.....	123
5.2. LOS ZOQUITECOS Y LOS OTROS: LAS RELACIONES INTERÉTNICAS DE ORIGEN Y SU IMPACTO EN EL LUGAR DE DESTINO.....	129
5.3. NOSOTROS: PROCESOS DE IDENTIDAD ÉTNICA ENTRE LOS ZOQUITECOS RESIDENTES EN ECATEPEC, ESTADO DE MÉXICO.....	137
5.4. LAS ESTRATEGIAS REVITALIZANTES DE LA IDENTIDAD ÉTNICA ENTRE MIGRANTES.....	142
5.4.1. CREACIÓN Y RECREACIÓN DE LA COMUNIDAD.....	145
5.4.2. AZORECMAM.....	146
5.4.3. LOS REPRESENTANTES DEL ESTADO. EDUCACIÓN FORMAL Y PROFESORES: SU PAPEL EN LA CONSOLIDACIÓN DE LA IDENTIDAD ZOQUITECA.....	161
5.5. NOSOTROS Y USTEDES: LOS LÍMITES ÉTNICOS.....	167
5.6. ZOQUITECOS MEXIQUENSES... ¿UNA FILIACIÓN VIABLE?.....	171
COMENTARIOS FINALES.....	176
BIBLIOGRAFÍA.....	188

INTRODUCCIÓN

“Yope”. Así me apodaron a escondidas los habitantes de Santa María Zoquitlán, Oaxaca, cuando les conocí por primera vez. Me enteré de ello por los murmullos característicos que brotan detrás de las puertas del pueblo en esas tardes en que nada novedoso ocurre. Bien a bien no supe en el momento el significado de la palabra. Fue hasta pasado un tiempo que pude comprender a lo que aludía: la síntesis de lo indeseable, de lo ajeno y de lo torpe. Llamar yope a alguien, implica marcar de forma clara que no se pertenece al grupo.

A sabiendas de tener clara mi posición, el interés por seguir involucrándome con los zoquitecos creció, porque cada momento de convivencia resultaba un acertijo en cuanto a sus acciones y palabras. Descubrir los significados múltiples que implicaba su actuar, trajo consigo dos ventajas: por un lado, asumir mi condición de yope integra y por otro, entrar en contacto directo con un evento vivo: una noción muy clara de pertenencia, enmarcada dentro de un escenario complejo por la ubicación geográfica, el sistema de relaciones interétnicas, los antecedentes históricos y el evento migratorio como constante en la dinámica de la comunidad.

Al egresar de la licenciatura en antropología social, participé de un proyecto sociodemográfico que tuvo como objetivo central analizar la actual dinámica de los grupos étnicos en el Estado de México. Estaba claro que en esta reflexión no podía dejarse de lado el seguimiento de las diversas comunidades oaxaqueñas, guerrerenses y veracruzanas, que se han establecido y reproducido en la entidad y que la han dotado de nuevos matices culturales por demás interesantes. En este trabajo me correspondió desarrollar lo referido a las comunidades oaxaqueñas, procurando enfatizar sobre lo que acontecía en los municipios de Nezahualcóyotl y Ecatepec. Fue así que a partir del 2002 emprendí la tarea de realizar trabajo de

campo con un grupo de migrantes provenientes de Santa María Zoquitlán, establecidos en Ecatepec de Morelos.

Por esos eventos azarosos que caracterizan al quehacer antropológico, llegué ahí al ser invitada a una fiesta llevada a cabo dentro de un aparatoso inmueble establecido en la Colonia San Agustín, que se distinguía inmediatamente por su tamaño y diseño, rompiendo drásticamente con todo el paisaje, caracterizado por caminos mal trazados, construcciones en obra negra, calles sin pavimentar, inundaciones... en fin, un escenario característico de las colonias populares que se ubican en las periferias de la zona conurbada del Estado de México. A primera vista parecía una fiesta común, pero la trascendencia residió en que esa tarde al establecer las primeras pláticas de afianzamiento, la constante fue el discurso de presentación de todos aquellos que conocí: eran zoquitecos y en todo momento insistieron en el tema, contándome por vez primera todas las virtudes que dicha noción implicaba. Entonces pues enfrentaba a un grupo de “mestizos”, con la particularidad de que no se asumían bajo la lógica global que esta categoría encierra, sino insistiendo en todo momento en el vínculo ancestral con un territorio de origen. Estos *zoquitecos mestizos* recalcaron siempre que no hablaban una lengua indígena. De hecho en un primer momento dijeron ser descendientes directos de los españoles que conquistaron al Valle de Oaxaca.

Con este primer encuentro la mesa estaba puesta para obtener los datos pertinentes que el proyecto requería, pero también, me dio la pauta para detenerme pausadamente a reflexionar sobre temáticas que de siempre me resultaron atractivas. Particularmente sobre todo aquello que rodea a las controvertidas identidades étnicas y nacionales. Debo confesar, que de mucho tiempo atrás, siendo aún estudiante de la licenciatura este tema me atrajo por la explosividad que generaba en los debates académicos en cuanto a los parámetros teóricos y metodológicos que le definen.

Tiempo después, la circunstancia que permitió el rescate y la conjunción de muchos de los datos guardados en la bitácora, junto con un análisis crítico de lo étnico en función de un universo identificado, fue el ingreso al posgrado en antropología de la UNAM. Dentro de este lapso, pude comprender y madurar los conocimientos teóricos y en paralelo llevarlos a la arena etnográfica, cuestionándome sobre un escenario concreto, cómo se construye el dato y cómo es que operan la metodología y los conceptos para tratar un tema vigente y espinoso, debido a los múltiples aspectos sociales, políticos y culturales que le atraviesan.

Transcurrido un año y medio después de mi egreso, y con la lectura acuciosa de la directora del trabajo y de los sinodales es posible exponer públicamente los resultados de esta experiencia antropológica desarrollada en dos escenarios antagonicos pero sin lugar a dudas complementarios.

Con el objetivo definido de construir una tesis de posgrado, resultó obligatorio mirar con detalle a los zoquitecos más allá del actual escenario de residencia y tratar de encontrar los significados intrínsecos en tan compleja afirmación de adscripción. Fue así que a través una sutil auto invitación llegué a Santa María Zoquitlán acompañando a un grupo de migrantes provenientes de esta tierra, con el propósito de comprender la insistencia en torno a su filiación de origen a través de identificar rasgos culturales que dieran cuenta del por qué negaban o afirmaban ciertas diferencias alrededor de sus vecinos inmediatos en Ecatepec; un espacio caracterizado por la convergencia de migrantes procedentes de múltiples regiones del país, que en apariencia lucen uniformes.

Emprendí la salida rumbo a Santa María, comunidad enclavada en la sierra sur del estado de Oaxaca y caracterizada, efectivamente, por ser la única de tipo mestizo dentro de una área indígena poblada en su mayoría por zapotecos serranos. Poco a poco la libreta de campo se fue saturando de preguntas que surgían de cada plática que sostuve en los infinitos ocasos llenos de silencio y calor

húmedo. Los zoquitecos fueron siempre amables y les resultó gozoso contarme su versión de los hechos, reivindicar su particular noción de pertenencia mestizo-española y esbozarme su propia historia.

Después de este primer encuentro, coincidimos otras tantas veces en Santa María como en Ecatepec. Los conocidos fueron cada vez más y la información etnográfica fue siendo mayor, por lo que era necesario sentar en el papel lo que habría de guiar a este trabajo. El ejercicio de síntesis se tornó obligatorio y así surgieron las preguntas de investigación centrales: ¿es posible considerar a los zoquitecos como un grupo étnico?, ¿Qué procesos intervienen al interior del grupo de migrantes zoquitecos residentes en Ecatepec de Morelos para lograr dar forma a la noción de límite étnico? ¿es la movilidad espacial el factor clave para trascender de la noción comunitaria hacia la filiación y pertenencia étnica?, ¿de qué forma ha impactado a la comunidad migrante la fricción interétnica de origen que sostienen con las comunidades zapotecas que rodean a Santa María Zoquitlán? y ¿qué papel juegan –por su contenido valorativo- las categorías de indígena y mestizo en la construcción de la pertenencia étnica?

El desafío fue responder a lo anterior tratando de mirar más allá de los rasgos culturales observables, considerando a éstos como resultado y no como causa. Estaba claro que en apariencia no había diferencias fenotípicas y lingüísticas distinguibles que hicieran pensar que los zoquitecos conformaban a un grupo étnico, simplemente lucían como cualquier urbanita de Ecatepec. Pero al establecer contacto con más gente del pueblo, aparecieron indicios importantes: ojos azules y verdes como constante, tez blanca, un sociolecto particular que entrecruza el español antiguo con términos zapotecos y un mito de origen común.

Los retos entonces fueron, cuestionar la categoría de “*mestizo*”, que en apariencia engloba a *todos* los mexicanos que no son indígenas y que oculta tras de sí una delicada negación de diferencias; así como escuchar con detenimiento el discurso

internalizado de los agentes y reconocer en qué momentos este discurso se enfatiza y trasciende en acciones específicas en los lugares de origen y destino.

Un segundo paso fue proponer una hipótesis central sustentada en la afirmación de que la construcción de los límites étnicos de los zoquitecos residentes en Ecatepec tiene origen en la historia local, marcada por una compleja red de relaciones interétnicas. Este principio de categorizar a los otros se traslada al nuevo espacio de residencia, en formas particulares de organización social, y regula la actual forma de la comunidad que hoy se presenta como extendida, es decir, distribuida en diversos escenarios tanto nacionales como internacionales. Paralelamente surgieron tres hipótesis más de tipo secundario: a) la etnia es un clasificador que opera dentro de un sistema interétnico de distinciones y en este sentido es posible reconocer a los zoquitecos como una etnia b) el grupo étnico es una forma de organización social y simbólica efectiva a través del cual se construyen los mecanismos necesarios para permitir su continuidad, pese a la separación espacial que existe por el evento migratorio y c) los agentes sociales internos y externos al grupo, participan en la construcción de determinada pertenencia étnica, dando paso a acciones públicas que buscan enfatizar diferencias sociales y culturales a partir de la creación de un límite étnico.

La tarea siguiente fue delimitar los objetivos que se transformaron en acciones específicas en campo. El objetivo general fue analizar la organización social y simbólica que enmarca los límites del grupo de zoquitecos residentes en Ecatepec, identificando los elementos culturales y las prácticas que posibilitan la unidad identitaria. Como objetivos específicos consideré pertinente seis acciones: a) describir los escenarios espaciales de origen y destino en los que la vida de los zoquitecos se desarrolla, b) reconocer las particularidades históricas que rodean a la comunidad de Santa María Zoquitlán, c) describir el sistema de organización social de los zoquitecos migrantes, d) mostrar cómo se ejerce públicamente la solidaridad étnica en un contexto urbano, e) reconocer el potencial organizacional

que posee la identidad zoquiteca y f) analizar las situaciones de conflicto que separan y unen al grupo de zoquitecos migrantes.

Con este esquema básico, fue posible delimitar los planos de acción metodológica y teórica para poder hacer un uso correcto de los datos obtenidos en el ejercicio empírico. Los elementos conceptuales fueron retomados de la teoría de las identidades sociales dentro de la vertiente referida a la identidad étnica, haciendo uso de términos, tales como identidad, identidad originaria, grupo étnico, cultura, fricción interétnica, representaciones sociales, organización social, migración y comunidad extendida. Partiendo del principio que considera a la identidad étnica como una representación que puede ser observable a partir de reconocer rasgos culturales que operan en la vida pública y que repercuten directa o indirectamente en el individuo y en la sociedad dentro de la cual se desenvuelve.

La investigación etnográfica permitió la delimitación del área y los sujetos de estudio. El quehacer en campo tuvo dos momentos, por una parte en el lugar de origen de los zoquitecos y por otra, en su actual espacio de residencia. Considerando importante dar cabida a las voces de los migrantes y a los que no lo son, para saber en qué medida esta particular noción de ser zoquiteco es compartida, independientemente de que se esté dentro o fuera del lugar de origen.

El énfasis residió en escuchar a los migrantes, tratando de ser insistente con ellos, respecto a los cuestionamientos en torno a lo que significaba estar fuera del terruño, cómo es que enfrentan las nuevas condiciones de vida, de qué forma trasciende todo ello en sus hijos o nietos ya nacidos en territorio mexiquense y si consideran que la filiación zoquiteca tendrá futuro al ser ya dos generaciones las que conviven de forma directa con un escenario urbano, alejado en demasía de Santa María Zoquitlán.

Por otra parte, el trabajo básico con las fuentes históricas fue importante ya que permitió reconocer en términos generales los antecedentes del lugar de origen y

su contexto de vinculación con la región y con el estado. Al ser una comunidad de tipo mestiza rodeada por otras tantas de filiación zapoteca, dentro de una titubeante zona que no se reconoce bien a bien como afiliada a los valles centrales o a la sierra sur del estado de Oaxaca, fue básico tratar de acercarse a ciertos datos que dieran cuenta del cómo es que esta micro región se ha conformado y que características han tenido a lo largo del tiempo las relaciones interétnicas de los zoquitecos con los otros, para haber logrado consolidar un espectro “mestizo” dentro de un enclave “indígena”. Esto permitió ubicar al fenómeno en un contexto macro-estructural, ya que la intención en todo momento fue ver a Zoquitlán y a los zoquitecos migrantes engarzados con un espacio mayor. Es también importante señalar que fue incluido un breve recuento del poblamiento de Ecatepec, Estado de México, que ilustra la construcción emergente de este municipio a partir de la oleada migratoria que se ha venido desarrollando desde los años sesenta y setenta; sin dejar de lado, que Ecatepec posee una larga historia por su vinculación con un espacio sumamente relevante: la cuenca de México.

La identidad constituye uno de los paradigmas centrales de las ciencias sociales y de manera específica ha sido uno de los hilos conductores en el quehacer antropológico. El amplio universo de ideas que conforman a la temática identitaria y que lucen en apariencia dispares implica enfrentar a lo que Gilberto Giménez (1997:10) cataloga como “una unidad de estudio desigualmente elaborada”, por tanto no pueden omitirse principios varios venidos de la sociología, la ciencia política, la filosofía, la antropología y la psicología.

A partir de lo observado en campo, este trabajo se sostiene en una lógica interaccionista, reconociendo la convergencia de factores diversos en la consolidación de la pertenencia étnica. Teniendo en cuenta este hecho, lo inmediato fue hacer clara mi propia posición como observadora frente a la comunidad, reconociéndola no como una entidad aislada y “exótica” sino como un ente receptor y generador de contradicciones que se halla inmerso de forma permanente en procesos de dominación, omisión y de contactos interétnicos, sin

dejar de lado el impacto que la migración ha tenido al interior de las comunidades en los últimos años. Coincido así con Andrés Medina (1992:17) respecto a que “la comunidad es el principio central de observación y la unidad social básica en la que se conjugan los referentes centrales del grupo étnico”.

Abordar a la comunidad zoquiteca implicó rebasar la acción llana de realizar un inventario de rasgos culturales y el énfasis residió en el análisis de los procesos estructurales en que han estado inmersos los zoquitecos, así como en las pautas culturales que les permiten mantener claros sus límites, considerando que en los últimos diez años el grupo se desplaza dentro del territorio nacional como en los Estados Unidos de Norteamérica. Resulta relevante poner especial interés en todos estos aspectos, si tomamos en cuenta que por mucho tiempo, analistas internacionales apostaron al desorden y a la disolución de las diferencias frente a las fuertes oleadas migratorias. Hoy los múltiples trabajos existentes dentro de esta temática exponen resultados contrarios, quizá la actual constante sea la reafirmación clara de las particularidades étnicas.

Es cierto que a primera vista está “curiosidad” no resulta del todo novedosa, si consideramos que los estudios de la etnicidad entre migrantes han tenido una presencia notable dentro de la antropología mexicana, pero el objetivo de esta investigación reside en involucrarse con una veta poco trabajada: *el análisis de los procesos identitarios entre migrantes “mestizos”*. Sabemos que el indigenismo como teoría y práctica arraigada en el discurso antropológico nacional ha insistido en el seguimiento puntual de las permanencias y rupturas identitarias de los grupos indígenas, lo cual intrínsecamente ha reducido la concepción del “mestizo”, limitando el marco de sus problemáticas de pertenencia étnica y mostrándole como una unidad relativamente homogénea.

Si en apariencia el término “mestizo” homogeniza a toda la población mexicana que *no es indígena*, los límites étnicos de éstos estarían fuera del análisis debido a la supuesta integración plena que los primeros tienen con la nación. Sin

embargo por lo observado, se vuelve imprescindible tratar de definirlos y explicarlos ante la insistencia de los informantes en señalar que ellos no son como *todos los mestizos*. Así coincido con la expresión de F. Barth (1976:17) al señalar que “estos límites son los que definen al grupo y no el contenido cultural que encierran”. Los límites étnicos son identificables a partir de los procesos de interacción y comunicación social que el grupo sostiene con el entorno que le rodea y son justamente estos procesos los que dan cauce a la construcción de límites, los cuales para este caso específico no son entendidos de forma exclusiva a partir de la ubicación y permanencia dentro de un espacio geográfico delimitado.

Identificado el grupo de observación y el fenómeno identitario entre migrantes “mestizos” como prioridad de estudio, retomo parte del modelo propuesto por Martha Judith Sánchez (1995:15) para desarrollar la explicación global de la dinámica identitaria entre los zoquitecos. Las partes que componen a dicho modelo analítico son: la etnogénesis, la historia de las relaciones interétnicas, el contexto estructural, las características de la migración, los procesos de identificación, la contextualización socioeconómica y cultural del lugar de destino, los intereses de los migrantes y las características del tipo de identidad que se reproduce en el nuevo medio.

Asumo como principio que hay una correspondencia entre cultura e identidad étnica y que la situación base en la que se manifiesta tal correspondencia es dentro del contacto interétnico, considerando que éste toma forma principalmente por lo que Cardoso de Oliveira denomina “fricción interétnica”. Para afirmar que existen diferencias, la presencia del otro es obligatoria, por ello, expongo a lo largo del trabajo premisas teóricas en torno a esta temática desarrolladas por diversos autores, sin dejar de lado mi propia posición al respecto, que finalmente se ha consolidado y definido dentro del propio cauce de esta investigación.

De las múltiples caras que posee la identidad, la dimensión étnica es quizá la más visible, junto con la identidad de clase y género. Aunque en nuestros días, el reavivamiento de los particularismos étnicos posee una relevancia crucial ya que finalmente es la filiación étnica uno de los aspectos básicos de distinguibilidad social y se torna como una discusión actual ante la constante movilidad espacial de los grupos humanos, que pese a las grandes distancias geográficas que les separa de su lugar de origen, redefinen su propia historia y enfatizan discursos y prácticas alrededor de su particularidad cultural.

Abordar la identidad étnica implica referirse a procesos sociales complejos que son manifestados comúnmente dentro de niveles grupales y en una situación de confrontación. No es posible considerar la existencia de una esencia que defina la naturaleza de los grupos étnicos. Es preciso referirse a los procesos sociales que la conforman. Por tanto dentro del apartado de consideraciones teóricas hago referencias constantes a lo propuesto por Roberto Cardoso de Oliveira (1992), Frederik Barth (1976), George A. De Vos (1996), John B. Thompson (2002), Gilberto Giménez (1997) y Maya Lorena Pérez (2002), dado que en gran medida, sin perder de vista las diferencias existentes en sus enfoques, todos coinciden en la importancia de hacer referencia a la relación dialéctica del auto y el heteroreconocimiento.

Si la pregunta que ha dado origen a este trabajo descansa en torno a identificar los procesos estructurales y coyunturales que han intervenido al interior de la comunidad zoquiteca de migrantes para dar paso a la creación de un límite étnico en un nuevo contexto de residencia, tratar de responder me obliga a ir más allá de reconocer una suma de rasgos culturales. Volviendo a ciertos principios de las identidades sociales y del concepto estructural de la cultura, el trabajo busca no perder de vista las formas de organización, de autopercepción y de la percepción de los otros, asumiendo que el contexto en el que todas estas formas se dan, juega sin lugar a dudas un papel por demás relevante en torno a la cuestión étnica.

Si algo distingue a los zoquitecos es su manera de hablar, procurando un acento diferente y haciendo uso de una serie de palabras y metáforas que en un primer momento complica la comprensión respecto a lo que están haciendo referencia. Así que por medio del dato etnográfico es posible afirmar que el “pertenecer a un grupo étnico, implica ser cierto tipo de persona y ante todo poseer el mismo código de comunicación, que es manifestado dentro de los contextos pertinentes de interacción social. Este código de comunicación, que no es único ni inamovible, es producto de la cultura, concibiendo a ésta como el conjunto de hechos simbólicos presentes en una sociedad” (Giménez: 1986:32). Es en la transición de la operación cognitiva a la acción, que la identidad étnica se crea, se actualiza y se manifiesta como un clasificador que opera dentro de los niveles de acción social. Es de aclarar que dentro de este modelo explicativo no quedan de lado las condiciones históricas que han marcado a las identidades étnicas y que de una u otra forma las han consolidado o debilitado.

Otro aspecto considerado es el de las relaciones interétnicas y el territorio; las primeras constituyen el nodo dentro del cual se reavivan y reafirman todas las particularidades sociales y culturales. En palabras de Barth (1976:10) “las distinciones étnicas categoriales implican procesos sociales de exclusión e incorporación por los cuales son conservadas categorías discretas a pesar de los cambios de participación y afiliación en el curso de las historias individuales”. En cuanto al territorio, es cierto que por mucho tiempo fue considerado como el elemento principal bajo el cual se creía que las identidades étnicas nacían y aunque en efecto éste constituye un soporte material y simbólico importante, hoy día no es el único factor explicativo, tomando en cuenta que los movimientos migratorios son cada vez más constantes y que traen implícita la separación territorial. Así que para el caso zoquiteco, el territorio es un referente que posee ciertas propiedades al ser asumido como la herencia de los antepasados, pero no es, en estricto, el elemento único que determina su filiación de pertenencia. Es así que al aparato crítico sumo las consideraciones de Cristina Oehmichen y Martha Judith Sánchez al hacer referencia en sus investigaciones a comunidades

extendidas o comunidades sin límites territoriales y dando un peso significativo a la noción de espacio social dentro del cual, pese a la fractura territorial, se recrean relaciones sociales primordiales sostenidas por un complejo simbólico común.

Asumiendo que cada comunidad humana representa experiencias lingüísticas, históricas, sociales y culturales de tipo único, es dentro del contexto migratorio que se resaltan las particularidades y estrategias grupales para confrontarse y relacionarse en un nuevo espacio de residencia, sin perder del todo los límites étnicos asumidos desde la comunidad de origen. En este sentido, la comunidad extendida ha trascendido los límites del territorio al que estaba confinada sin romper drásticamente con la noción del lugar de origen. Por ello considero que el discurso actual de los zoquitecos migrantes manifiesta un contenido por demás rico en experiencias históricas, que corresponden a la parte no consciente de la vida social y que sin embargo son revitalizadas día a día frente a las viejas y nuevas situaciones de contacto.

Concluyendo parcialmente que los dos grandes elementos constitutivos de la identidad son la cultura y la efectividad de las relaciones sociales en contextos de confrontación, resulta importante delimitar lo referido a la identidad étnica, que finalmente es pilar central de este trabajo. Ésta es asumida como una representación internalizada de los individuos, que es producto de un largo proceso histórico compartido y que se sostiene por bases materiales y simbólicas importantes, que se ponen en movimiento al momento del contacto con los otros, siendo siempre punto de partida, la noción de un origen o ancestro común.

Considero que es la cultura la que permite ordenar la realidad que rodea al grupo en el nuevo contexto de residencia y puedo afirmar que es la cultura la que permite a los zoquitecos sistematizar sus saberes, trasladarlos al nuevo espacio de residencia y de forma efectiva ponerlos en acción frente a un escenario desconocido dentro del cual son comúnmente discriminados. Esto implica operaciones complejas de creación y recreación étnica, si consideramos que en

el lugar de origen el papel que juega Santa María Zoquitlán y sus habitantes es de grupo dominante y al establecerse en una zona urbana, su papel se invierte, se constituyen en una minoría que es estigmatizada al ser catalogados de manera peyorativa por los otros como unos “indios oaxacos”.

Por tanto, los contextos en los que opera la identidad étnica, juegan un papel crucial en su propia definición y es así que surgen discursos y acciones renovadas que buscan la consolidación de la pertenencia étnica con fines diferentes en relación al lugar de origen; así pues, la confrontación con los otros permite la consolidación del nosotros, dado que finalmente son esos “otros” los que catalizan la conciencia étnica de un grupo

Debe también reconocerse las permanentes contradicciones en el ejercicio de definirse como parte de un grupo. El caso zoquiteco llama particularmente la atención porque para que su filiación de origen se reafirme en la ciudad han recurrido a buena parte del discurso y las acciones comunitarias de los grupos zapotecos que rodean a Santa María. De ahí la consideración en torno a que la pertenencia zoquiteca oscile entre procesos de desindianización, mestizaje e indianización. El uso de estos emergentes les permite establecer con cierta claridad sus límites étnicos al igual que cambiar y revalorar la posición de estos “otros” que un momento determinado son negados. A primera vista estas acciones lucen incongruentes, pero queda claro que el fenómeno identitario no es una unidad aislada ni inconexa con la totalidad social, sino que se encuentra entrecruzada por una serie de eventos que justamente son reconocibles a partir de las manifestaciones específicas de los grupos humanos, sean éstas a través del discurso o de las prácticas sociales.

El trabajo expone de forma sistematizada la valía de los datos etnográficos al ser analizados a la luz de los elementos teóricos. Esto me ha permitido reconocer que la etnia surge como un clasificador que opera dentro de una situación de contacto, que la mayor de las veces es conflictiva. Observando a los zoquitecos

dentro de dos espacios radicalmente opuestos, tengo claro que la condición de reconocerse como *mestizos zoquitecos* responde a su posición de grupo minoritario frente a un escenario de residencia saturado de migrantes venidos principalmente de los estados de Guerrero, Veracruz, Puebla y Morelos.

A través de los múltiples testimonios recogidos, los informantes coinciden en que fue la situación de contacto y fricción interétnica vivida a la llegada a Ecatepec, la que les orilló a considerar la necesidad de organizarse y enfrentar las adversidades juntos, teniendo como pilar central de todas las acciones, el que todos eran hijos de la misma madre: Santa María Zoquitlán.

Existen diversos aspectos que hoy permiten a los zoquitecos sobrellevar su condición de migrantes y de minoría. A lo largo de la investigación he podido reconocer la valía de cinco acciones específicas que han dado paso a la generación de una amplia red de comunicación y organización social, que impacta directamente en la reciente creación de una pertenencia étnica. Los indicadores que sostienen a esta red son: a) la constitución de una asociación de zoquitecos migrantes vigente desde el año de 1986, b) la impartición mensual de una clase de historia local, c) la regulación de los matrimonios entre personas procedentes de la misma zona, d) la filiación de los niños zoquitecos-mexiquenses a la asociación de migrantes y e) el impulso de un sistema de cargos que obliga a todos a participar de forma efectiva por medio de donativos económicos y/o presencia en el pueblo durante los días de fiesta.

Previo a especificar como ha quedado distribuido el trabajo, es justo hacer referencia a la migración como un fenómeno que impacta en demasía a lo que la gente dice y hace frente a las condiciones estructurales que poco a poco van determinando su noción de sí, sus discursos y sus acciones. Por tanto es también necesario distinguir las diversas magnitudes del fenómeno migratorio, partiendo de la clasificación básica propuesta por Lourdes Arizpe (1975:119): causas mediatas, causas inmediatas y causas precipitantes, con la intención de

reconocer qué resonancias va adquiriendo la identidad étnica dentro de los diferentes niveles de movilidad espacial y de qué forma impulsa a seguir un determinado patrón colectivo de migración y a generar una serie de estrategias particulares para dejar en claro los límites del grupo. Sabemos que la temática de Arizpe reside en el análisis de la migración y no de la identidad étnica. Sin embargo la clasificación migratoria que propone, resulta útil para reconocer las diversas magnitudes que posee la identificación étnica frente a niveles específicos de migración y como es que ésta da pie a revalorar y reinterpretar, en mayor o menor medida, los vínculos sociales básicos de integración del grupo.

Establecidos los contextos etnográficos y teóricos de partida, es posible referirse a la forma en la que han quedado distribuidos los capítulos del trabajo. Debo aclarar que la investigación de manera conjunta se divide en dos momentos, en una primera parte se condensa la información etnográfica e histórica y en lo complementario se ubican las premisas teórico-conceptuales con entrecruces específicos de determinados datos etnográficos relevantes.

En el capítulo primero me refiero a detalle al lugar de origen del grupo estudiado. Se establece la ubicación físico-geográfica de Santa María Zoquitlán, su contexto macro y micro regional y se expone la organización social comunitaria junto con los conflictos interétnicos de origen. Sumando aspectos geográficos e históricos relevantes del lugar y la versión de los zoquitecos alrededor de la decisión de abandonar el terruño, lo que da paso al capítulo segundo que busca resaltar el marco de la ciudad, haciendo un recuento breve de lo que significa establecerse en una de las zonas más pobladas del país y tratando de explicitar como en cierta medida, este ambiente ciudadano colabora en la reorganización del grupo estudiado. Establezco la ubicación del lugar de destino, Ecatepec, Estado de México, y hago referencia a sus particularidades, al ser considerado un municipio de creación emergente caracterizado por ser un receptor permanente de migrantes y es dentro de este apartado que se describe la llegada de los zoquitecos a Ecatepec y la

percepción que al paso del tiempo han construido respecto a este, su nuevo lugar de residencia.

Después de esta ubicación temporo – espacial abro paso a la reflexión teórico – conceptual y al entrecruce de los conceptos con indicadores etnográficos importantes. El tercer capítulo titulado “Identidad y cultura” aborda la articulación de la identidad con el concepto estructural de cultura, otorgando un peso significativo al papel que ésta juega en momentos críticos de todo grupo humano. Es la cultura la contenedora de los elementos simbólicos significativos, que permite analizar de manera paralela a la identidad étnica como una cara específica de la identidad social, cediendo un apartado de reflexión en torno al papel que las relaciones interétnicas juegan como generadoras de procesos particulares de auto y heteroreconocimiento.

El capítulo cuarto “Identidad étnica y migración”, describe las formas específicas que adquieren la cultura y la identidad en contextos migratorios. Analizando las particularidades que adquieren los grupos étnicos en una situación de nuevos contactos y confrontaciones, para así puntualizar el caso de estudio. Establezco un apartado que aborda al fenómeno migratorio en Oaxaca, dentro de los ámbitos nacionales e internacionales, para así cerrar con la conjugación de la migración, la identidad y la etnicidad de los oaxaqueños.

El quinto y último capítulo, titulado “Yo, tú, él, nosotros, ustedes, ellos” muestra la convergencia de los conceptos y la información etnográfica, para analizar a detalle cinco aspectos del fenómeno estudiado: las relaciones interétnicas en el lugar de destino, los procesos identitarios de los zoquitecos residentes en Ecatepec, el “nosotros” y el “ustedes”, que incluye el establecimiento de los límites étnicos, describiendo las estrategias revitalizantes de la identidad zoquiteca, haciendo referencia a la Asociación de Zoquitecos Migrantes residentes en la Ciudad de México y Área Metropolitana (AZORECMAM) y al discurso oficial que se promueve entre los migrantes. Como penúltimo apartado se presenta la descripción a detalle

de las formas en cómo se recrea a la comunidad dentro de Ecatepec y se finaliza con una interrogante global promovida por los propios informantes: Zoquitecos mexiquenses... ¿viable la doble filiación? que desarrolla los propios cuestionamientos de los migrantes acerca de su devenir como comunidad.

Este último capítulo, condensa gran parte de los datos recabados por más de tres años, que a la luz de los conceptos, la voz de los informantes, la orientación de la directora del trabajo y de mi propia posición como investigadora, permiten la conclusión de este ejercicio por demás placentero, que ante todo buscó llevar a cabo un análisis detenido de los discurso múltiples de los actores sociales frente a las actuales condiciones de su devenir como comunidad originaria, refiriéndome a detalle a los itinerarios individuales que conforman la experiencia grupal identitaria frente a un contexto migratorio específico.

Con una serie de comentarios finales y la referencia bibliográfica de los materiales que me permitieron desarrollar las premisas de este trabajo, se cierra esta investigación, que por supuesto abre la puerta a un sin fin de interrogantes más, que buscarán ser respondidas en otro momento. Debo agradecer la colaboración de toda la comunidad migrante zoquiteca, por permitirme dar forma y conclusión a este ejercicio, que hoy se hace público y que está abierto al diálogo y a la discusión de lo aquí contenido. Resta considerar que este siglo, promovido bajo un discurso hegemónico desde los ámbitos de la política y del comercio internacional, presenta hoy a los individuos como parte de un escenario global y totalizador, lo cual coloca en un lugar imprescindible a la pertenencia étnica y fortalece la pertinencia de los estudios enmarcados en este ámbito de discusión. Esto es finalmente lo que en términos globales justifica el desarrollo de esta investigación.

CAPÍTULO I

SANTA MARIA ZOQUITLÁN, OAXACA. EL CONTEXTO DE ORIGEN

INTRODUCCIÓN

Todo complejo simbólico se halla inmerso en un contexto. Es ahí donde la cultura toma forma, se aprende, se reinterpreta, se pone de manifiesto y se consolida como vaso comunicante. Una característica esencial que distingue a las ciencias sociales en la actualidad es la insistencia en la relación de la cultura, los actores y un contexto histórico socialmente estructurado.

La etnografía resulta ser un soporte básico dentro de todo proceso de investigación social. Los caminos para desarrollar la descripción de lo que se pretende interpretar a la luz de la teoría, son variados, partiendo de lógicas inductivas o deductivas, según lo dicte el que investiga. Paralelamente, la perspectiva histórica aporta datos relevantes en cuanto a las formas en que se van estructurando los contenidos simbólicos y las relaciones sociales de los individuos.

Si bien es cierto que este trabajo no pretende ser un análisis retrospectivo de la identidad y la cultura en Zoquitlán, si exige conocer ciertos aspectos trascendentes en cuanto al espacio y el tiempo.

Toda experiencia en campo se ve matizada por las rutas de llegada y salida, junto con ciertos pasajes de la historia local, regional y nacional. Mi primer contacto con Santa María Zoquitlán no escapó a esta condición; después de encuentros y desencuentros determinantes pude llegar al pueblo, que se ubica en las entrañas de la sierra sur del estado de Oaxaca.

Caminos y veredas improvisados marcaron este primer encuentro, que se convirtió en único, por la sorpresa y el asombro ante todo lo que se descubre por vez

primera. Cada curva, cada atasque y cada bache ponía ante mi pueblos y elevaciones montañosas imponentes, y después de transcurridas las horas, seguía preguntándome dónde era que estaba Zoquitlán.

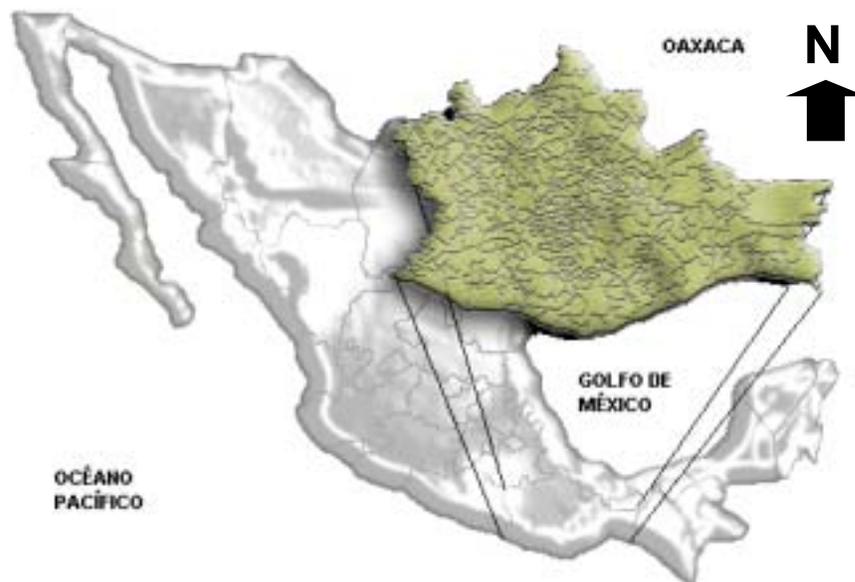
Familiarizada con el camino después de otras tantas visitas, pude comprender que ese paisaje y esas grandes distancias son la constante dentro de los cientos de municipios y pueblos que componen al territorio oaxaqueño, ya que ahí convergen las dos cadenas montañosas más importantes del país. Fue así que para lograr una mejor comprensión de lo que los zoquitecos decían y hacían en un nuevo contexto de residencia, consideré necesario conocer la ubicación temporo – espacial del pueblo de origen, a la luz del estado donde se ubica.

Oaxaca constituye un referente central de lo que México es, en cuanto a la composición pluricultural y los conflictos interétnicos, marcados en gran medida por la dinámica migratoria nacional e internacional. El Estado contiene dentro de sí al mayor número de hablantes de lenguas indígenas. Obviar todas estas particularidades para explicar el caso zoquiteco lo considero inapropiado, así que el camino más viable para la comprensión del caso planteado, es la contextualización de la comunidad de origen en función de los datos significativos del Estado al que pertenece.

Este capítulo condensa información geográfica, estadística e histórica de la entidad oaxaqueña, procurando detenerse en las particularidades alrededor de los conflictos de filiación y pertenencia entre las comunidades serranas y de los valles centrales; para finalmente abrir paso a la comunidad protagonista de este trabajo: Santa María Zoquitlán. Esta última parte mira a detalle el contexto físico, de organización social y de contenidos culturales, que en alguna medida se relacionan con los datos contenidos en la primera parte de esta etnografía.

1.1. Entre planicies y cerros. Oaxaca, punto de partida

Oaxaca, con una superficie territorial de 95 364km, 3 438 765 habitantes y siendo el quinto estado más grande de la República Mexicana, es considerada una de las entidades más complejas del país por tres características esenciales: un paisaje natural accidentado marcado por la convergencia en este territorio de la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental, una composición poblacional pluriétnica notable y una historia fragmentada y dispar que resulta difícilmente asequible y comprensible en su totalidad. Sin perder de vista que los estados con los que Oaxaca limita geográficamente determinan también esta dinámica social, cultural, política y económica; al norte limita con Puebla y Veracruz, al sur con el Océano Pacífico, al este con Chiapas y al oeste con Guerrero, lo que le coloca en el centro del nudo del sureste mexicano.



Estado de Oaxaca. Fuente: [www. google.com](http://www.google.com)

Por la extensión del territorio y las marcadas diferencias geomorfológicas y culturales, Oaxaca se encuentra dividida en siete regiones: la Cañada, la Costa, el Istmo, la Mixteca, la Sierra Norte, Tuxtepec y los Valles Centrales.

Administrativa y políticamente se han estructurado treinta y un distritos: Teotlitlán, Tuxtepec, Choapam, Mixe, Juchitán, Tehuantepec, Yautepec, Pochutla, Juquila, Jamiltepec, Putla, Tlaxiaco, Juxtlahuaca, Silacaoyapan, Huajuapán, Coixtlahuaca, Cuicatlán, Ixtlán de Juárez, Villa Alta, Tlacolula, Ejutla, Sola de Vega, Nochixtlán, Teposcolula, Etlá, Ixtlán de Juárez, Tlacolula, Ocotlán, Zimatlán, Zaachila y el Centro.

Destaca también el que en Oaxaca se reconocen a 16 grupos étnicos: amuzgos, cuicatecos, chatinos, chinantecos, chochos, chontales, huaves, ixcatecos, mazatecos, mixes, mixtecos, nahuas, triquis, zapotecos y zoques, lo que convierte a la entidad, en el estado con mayor concentración de grupos étnicos y con el mayor porcentaje de hablantes de otra lengua diferente al español, esto es un 19.3% de bilingüismo a nivel nacional. Así pues, en Oaxaca hoy se reconocen a 10 500 localidades (comunidades) que se agrupan en torno a 570 municipios que en su mayoría se rigen políticamente por el sistema autónomo de usos y costumbres.

El clima del estado es en términos globales de tipo semiárido por su localización subtropical, teniendo un periodo de lluvias que va de mayo a septiembre. Sin embargo, por lo accidentado del terreno se generan multiplicidad de microclimas que hacen del estado uno de los mayores concentradores de diversidad ecológica. Así es posible hallar cerca de diez mil especies diferentes de plantas y todos los ecosistemas descritos para México: selvas húmedas (bosques perennifolios), selvas semihúmedas (bosques tropicales subcaducifolios), selvas secas (bosques tropicales caducifolios), bosques espinosos, pastizales, matorrales xerófilos (matorrales muy secos), bosques de coníferas y bosques de encinos y bosques de niebla, sin omitir que en la costa oaxaqueña hay presencia de esteros, dunas, playas y acantilados.

Siguiendo las investigaciones de Walburga Wiesheu y Marcus Winter (2000), la presencia humana en Oaxaca se remonta a diez mil años a.C., apareciendo las

primeras aldeas sedentarias alrededor del 1500, que dieron paso a la generación de centros urbanos mayores, ubicados aproximadamente dentro del año 500 a.C. -lo que se conoce como periodo pre - clásico-.

Monte Albán constituye el área de mayor representatividad del periodo clásico, establecido en el corazón del valle, encima de un conjunto de cerros. “Esta posición, central y dominante con relación al valle era estratégica (tal y como sucedía en el emplazamiento céntrico en San José Mogote en el Valle de Etna) y apropiada para la coordinación e integración de numerosas comunidades” (Winter; 2000:53), distinguiéndose por ser un concentrador urbano sostenido por una compleja organización social estratificada.

Es en el periodo posclásico (800 -1500 d.C.) que surge otro tipo de organización, comúnmente reconocida como señoríos, que hacen referencia a un conjunto de comunidades que se vinculan directamente con una cabecera, dentro de la cual vivían los linajes gobernantes y a los cuales se les rendía oficialmente tributo. Todo indica que es dentro de este periodo que se consolidan las ciudades estado, siendo las más representativas Mitla, Yagul y Zaachila.

A la llegada de los españoles, Oaxaca experimentó una serie de cambios paulatinos de notable relevancia. Se reconoce que los zapotecos de los Valles Centrales y del Istmo entregaron “fácilmente” las ciudades principales a los conquistadores, dando paso a una serie de reacomodos poblacionales que se distinguieron por la marginalidad de los grupos originarios. Es posible afirmar, que aquí nacen los conflictos de fronteras y de fricciones interétnicas, dado que estos reacomodos estructurales en cuanto al espacio, trajeron consigo impactos severos dentro del orden cultural y social.

Los zoquitecos, se remiten constantemente a este periodo de la historia, para explicar su origen, señalando que fueron víctimas de los reacomodos espaciales llevados a cabo durante la colonia. Aunque curiosamente lo que sostiene es una

versión en sentido contrario: ellos fueron expulsados de los valles centrales por los zapotecos, reconociendo que sus “antepasados” inmediatos son los españoles y negando -en un primer momento- alguna relación de pasado común con los grupos originarios.

Esta particular noción de la historia, trae consigo interpretaciones múltiples, pero Romero Frizzi (1996:208) sostiene que “al *huir* los zapotecos de la nueva realidad cultural y política, los valles centrales fueron dominados por los españoles”. Aunque es hasta tiempo después que la conquista se consolida en regiones más alejadas, es más, por las actuales investigaciones etnohistóricas es posible afirmar que muchas zonas nunca fueron realmente conquistadas, dando paso a un largo periodo de resistencia, que marca la historia local durante todo el siglo XVIII.

La misma autora considera que pese a que la ciudad era el corazón político, la sede religiosa y el espejo del poder colonial, ésta era sólo una isla de población blanca establecida en una entidad que, a pesar de todo, seguía siendo indígena, sin perder de vista que “la importancia de la población europea no radicaba en su número, sino en su posición política y económica”

El siglo XIX está marcado por el tránsito de un régimen colonial hacia un relativo régimen de independencia. Esta transición pese a estar regida por una “nueva” autonomía implica reconocer la continuidad de los abusos de poder y los despojos de tierra, que marcaron a la mayoría de las comunidades oaxaqueñas en este siglo. Los regímenes políticos de Benito Juárez y Porfirio Díaz, tuvieron impactos severos en cuanto a la reconstitución de los “nuevos” pueblos que se “integran” a la naciente nación mexicana.

De manera específica, debe ponerse atención en lo referido a las tierras comunales, que prácticamente fueron eliminadas a través de las leyes de reforma, puestas en marcha por Sebastián Lerdo de Tejada en 1856. La

intención básica de todas estas modificaciones legales fue abrir paso a un proceso de asimilación del indio y del campesino para poder insertar al país en un proyecto moderno.

El proyecto juarista es consolidado por Díaz, y es con éste último que propiamente se constituye el actual estado de Oaxaca, siguiendo viejas delimitaciones coloniales y trayendo de la mano el nuevo proyecto liberal y modernizador que apostaba por la descorporativización de la sociedad.

Durante el periodo del porfiriato se promovieron las mayores legislaciones anticomunales. Con el triunfo de la idea de la eliminación de la propiedad comunal, “la propiedad privada se convirtió en sinónimo de progreso” (Jarillo; 2000; 143) y esto se tradujo en el reavivamiento de los conflictos de resistencia y fricciones interétnicas, que marcarían la dinámica social y política de las comunidades durante todo el siglo XX.

Oaxaca llega a la Revolución Mexicana devastada por los severos impactos que generaron los proyectos de Díaz¹. Es preciso situar a la reforma agraria como la principal protagonista de las movilizaciones sociales de la población oaxaqueña, sacando a la luz la infinidad de conflictos sin solucionar respecto a la delimitación de linderos y a los derechos y deberes que implicaban las tierras comunales.

Junto con los conflictos agrarios pendientes, Oaxaca se convierte durante todo el siglo XX en el blanco de los proyectos integracionistas, al quedar claro que la presencia indígena y campesina era mayor de lo que se creía. Lo que se tradujo en considerar a todas estas comunidades como una “amenaza” permanente para el nuevo proyecto nacional.

¹Una de las acciones de mayor impacto ejercidas por el régimen de Porfirio Díaz fue la promulgación de las leyes de colonización durante 1880, que dieron origen a las compañías deslindadoras de tierras baldías. La ley se dirigió explícitamente hacia las comunidades campesinas y al clero, con el objetivo de transferir las tierras bajo su dominio a manos privadas.

Es sugerente considerar que quizá todas estas situaciones propiciaron el surgimiento de las ideas de reivindicaciones étnicas y autonómicas, aunque queda claro que todas estas movilizaciones tuvieron un verdadero eco hasta pasada la década de los setentas en el siglo XX, con la declaración de Barbados (1971)². Es a partir de este momento que las autonomías comunitarias, la ley de usos y costumbres y la supremacía de las asambleas, como principio de orden social y jurídico, cobraron un papel relevante en el debate de lo étnico, que a partir de este momento adquiere una fuerte carga política. Lo étnico ya no es exclusivamente un tema cultural y social sino también político.

El último cuarto del siglo XX está marcado por la presencia de movimientos sociales que persiguen principios de reconocimiento a la pluralidad cultural del estado de Oaxaca. Estas asociaciones civiles, tomaron varios frentes, actuando desde el sector educativo, cultural o agrario. Los fines perseguidos por estas agrupaciones fueron variados, sin embargo de forma implícita cobraba presencia lo referido las reivindicaciones étnicas, junto con la promoción de la ley de usos y costumbres. Sin embargo, todos estos discursos cobraron presencia y variadas connotaciones a partir del convenio 169³, la nueva reforma agraria en 1992, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el año de 1994 y los acuerdos de San Andrés en 1996.

Por su trascendencia social y política destacan en estos movimientos la Coalición de Maestros y Promotores Indígenas de Oaxaca (CMPIO), la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional (FIOB) y la Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez de Oaxaca (UNOSJO). Todas estas organizaciones, en alguna medida, marcaron el ritmo

² Debe señalarse que la Declaración de Barbados es producto de múltiples reuniones llevadas a cabo no sólo durante el año de 1971, recordemos que se dieron más encuentros con la misma temática de 1972 hasta 1977.

³ El convenio internacional 169 es promovido por la Organización Internacional del Trabajo de Naciones Unidas. Propone el reconocimiento de los pueblos indios como parte de las naciones y sugiere que estas comunidades pueden asumir el control de sus propias instituciones. En el año de 1989 México ratificó dicho convenio y se convirtió en ley. Teniendo impactos posteriores en las reformas constitucionales de los artículos 2º y 27 y de igual forma, realizados estos cambios hubo eco en las constituciones de varios estados de la República Mexicana, pero particularmente en la del Estado de Oaxaca, que reformó los artículos 12,16,94 y 151.

político de la entidad, logrando parte de sus cometidos y abriendo paso a reformas estructurales dentro de la constitución política del estado.

Es el 30 de agosto de 1995 que el Congreso Estatal aprobó modificaciones al Código de Instituciones Políticas y Procedimientos Electorales de Oaxaca (CIPPEO) mediante las cuales se reconocía el derecho de los municipios indios a elegir a sus autoridades por el sistema llamado de Usos y Costumbres. Esto significó la posibilidad de “elegir a sus autoridades sin necesidad de registrar planillas de partidos; no elegirlos en urnas mediante voto secreto sino en asamblea, y hacer la elección en la fecha que acostumbraran hacerlo” (Maldonado; 2003: 44) Por otro lado, en 1998 surge la ley de Derechos de los Pueblos y Comunidades Indígenas del Estado de Oaxaca, quedando expresado en el artículo 16 de la Constitución Política del Estado que:

El Estado de Oaxaca tiene una composición étnica plural, sustentada en la presencia y diversidad de los pueblos y comunidades que lo integran. El derecho a la libre determinación de los pueblos y comunidades indígenas se expresa como autonomía, en tanto partes integrantes del Estado de Oaxaca, en el marco del orden jurídico vigente; por tanto dichos pueblos tienen personalidad jurídica de derecho público y gozan de derechos sociales.

... Se reconocen los sistemas normativos internos de los pueblos y comunidades indígenas, así como jurisdicción a las autoridades comunitarias de los mismos.

Es interesante reconocer que todos estos movimientos socio – políticos impactaron no sólo a las comunidades indígenas sino también a las mestizas. Dado que la mayoría de los grupos se sumaron a esta “otra” forma de organización política autónoma al coincidir en la importancia de las asambleas. De una forma puntual, Benjamín Maldonado (2003:48) reconoce que “la estructura actual de las comunidades indias no es exclusiva de ellas; y también

se observa en un sinnúmero de comunidades que no hablan lengua india. El sistema indio de cargos y su lógica comunal, así como el trabajo y la fiesta y la tenencia comunal de la tierra están presentes en la mayor parte de las comunidades rurales”.

Sin lugar a dudas, la noción de autogestión en los pobladores oaxaqueños ha dado paso a la consolidación de las asambleas comunales como el máximo órgano de decisión. Es cierto que resulta difícil entender los procesos sociales de las comunidades indígenas y mestizas si no se considera que la asamblea constituye hoy día una base primordial de referente social y cultural. Es por medio de las asambleas que se eligen a las autoridades, se discuten asuntos comunitarios y se deciden las acciones y los acuerdos pertinentes para el bien común⁴.

La trascendencia de esta forma política autónoma ha sido notable, hoy día la mayoría de los grupos de oaxaqueños migrantes recurren a este nivel de organización en los nuevos espacios de residencia⁵. Tal es el caso de los zoquitecos, que mensualmente celebran una asamblea comunitaria “extra-territorial”, para decidir sobre lo que se ha de hacer en el pueblo y participan en estas reuniones dos veces al año autoridades venidas del municipio, que suelen estar encabezadas por el presidente de Zoquitlán en compañía de los síndicos y de algunos maestros de la escuela primaria⁶

⁴ Ahora bien, pese a que resulta cierto que las asambleas comunitarias en la actualidad tienen un peso relevante en cuanto a la organización social y cultural de indígenas y mestizos, no podemos idealizar el funcionamiento de éstas bajo una lógica horizontal; queda claro que muchas de estas asambleas, contribuyen al sostenimiento de regímenes partidistas y ocultan tras de sí relaciones de poder que poco tienen que ver con un verdadero acto autónomo y democrático.

⁵ Aunque cabe aclarar que estas juntas comunales “extra-territoriales” no son exclusivas de los oaxaqueños. Hoy día muchos de los grupos migrantes provenientes de Guerrero, Puebla y Veracruz recurren a este sistema de organización en la ciudad de México y área metropolitana.

⁶ La asamblea comunitaria que celebran los zoquitecos, tanto en el lugar de origen como de residencia, no escapa a las contradicciones que este órgano social trae consigo. Es cierto que a partir de estas reuniones se toman decisiones importantes en cuanto al desarrollo comunitario, pero también estos encuentros legitiman y fortalecen a un poder partidista, que directamente descansa en manos de “antiguos” priístas que hoy se deslindan de estas siglas, para fortalecer la idea de comunidad y hacer que los acuerdos sociopolíticos importantes fluyan de una mejor forma. Me atrevo a decir que es un secreto a voces que la asamblea zoquiteca es más priísta que comunitaria.

Pese a las múltiples aristas que pueden desprenderse de los objetivos, medios, impactos y fines de estas movilizaciones socio – políticas surgidas en el estado durante las últimas décadas del siglo XX; es preciso reconocer que estas “otras” formas autonómicas de organización social comunitaria han posibilitado la insistencia sobre temas pendientes nacionales, como los proyectos autonómicos. Finalmente las reestructuraciones a las leyes internas que rigen al estado oaxaqueño son una importante conquista de los grupos minoritarios, que se han convertido en interlocutores particulares del Estado y resulta más interesante que a este proceso se han sumando no sólo las comunidades indígenas, sino también las denominadas “mestizas” que exigen ser incluidas en este debate, cuestionando la viabilidad de políticas públicas hegemónicas. Por lo que resulta indudable que la población oaxaqueña se ha posicionado como protagonista en este debate que en mayor o menor medida nos involucra a todos.

1.2. La región: ¿Valles Centrales o Sierra Sur? Esa es la cuestión. Dudas permanentes de filiación

Es posible afirmar que Oaxaca está marcada esencialmente por dos espacios antagónicos: los valles centrales y las sierras. Estos escenarios han configurado los sistemas sociales y culturales de sus habitantes y han dado paso a una serie de filiaciones dudosas, que finalmente se traducen en conflictos interétnicos complejos.

Considero pertinente esta reflexión, dado que uno de los conflictos de origen que los zoquitecos plantean, es la “arbitraria” decisión de colocar al municipio como perteneciente a los valles, pese a que en la realidad, la comunidad está enclavada en el corazón de la sierra sur. Y aunque a simple vista, este parece ser un conflicto secundario; para la población de Santa María resulta ser un problema primordial de definición de fronteras, no por el espacio geográfico en sí, sino por las implicaciones de tipo cultural que encierra; es decir en términos simbólicos pertenecer a los valles o la sierra implica ser cierto tipo de persona.

Estos dos espacios geográficos son polares. Chance (1998: 21) afirma que “las empinadas laderas y los profundos cañones de la sierra zapoteca, yacen en contraste total con la planicie aluvial del Valle de Oaxaca. Así como a los españoles del siglo XVI muchos de los caminos locales les resultaron inaccesibles para el paso de sus caballos y carretas de carga, actualmente la mayor parte de los caminos de la sierra sólo son transitables por cierto tipo de camiones y por grupos de autobuses resistentes”. Todavía a muchos pueblos sólo se puede llegar a pie o a caballo y esto por sí sólo implica diferentes formas de aprehender la realidad y de vincularse con los centros urbanos.

Por esta misma razón, “los zapotecos de los Valles y del Istmo fueron presa fácil de los conquistadores, debido a que el poderoso señor de Tehuantepec había abdicado al trono y se había aliado a Hernán Cortés antes de que los españoles llegaran a Oaxaca. Pero los zapotecos, chinantecos y mixes de la Sierra percibían las cosas de manera muy distinta. Al no estar acostumbrados al sometimiento de pueblos extranjeros, los serranos lucharon con uñas y dientes para conservar su autonomía. Lograron evadir en gran medida el control español hasta el año de 1550, treinta años después de que las regiones de Oaxaca más desarrolladas y más accesibles geográficamente ya habían sido incorporadas a la estructura de la política de la Nueva España” (Chance;1998:37). En el mismo sentido Romero Frizzi (1996:107) considera que “los gobernantes zapotecos, tanto los del Valle y como los del Istmo, así como los mixtecos, se aliaron al extranjero, con la intención de ampliar su capacidad de dominio haciendo propio lo extraño. Los zapotecos serranos y otros pueblos indígenas se refugiaron en sus montañas tratando de quedar al margen”

De esta forma, las rupturas culturales se fueron acentuando cada vez más, al establecer las diferencias entre la Sierra Zapoteca y el Valle de Oaxaca en la época del contacto español. Burgoa (1934:96) señaló que “los pueblos de la Sierra, debido a su pobreza y a la impenetrabilidad de la tierra, generalmente

estaban menos civilizados, menos desarrollados políticamente y más inclinados a la “idolatría” y la “superstición” que sus contrapartes del Valle”.

Debe señalarse también que previo al contacto español, la zona serrana se caracterizó por la poca penetración azteca, Chance (1998:32) considera que “la triple alianza no insistió en someter a esa región por la marcada pobreza -no había tributo potencial para el embargo como en cualquier otro lado de Oaxaca- y los caciques locales de la sierra no tenían la ventaja de poseer lazos de patronazgo con los dominadores aztecas”

Esto hace que la zona serrana y el Istmo sean consideradas hasta nuestros días como las fronteras “incómodas” dentro del estado. Aunque paradójicamente la Sierra es parte esencial del paisaje y la historia oaxaqueña, dado que ésta determina el curso de los ríos, influye en la temperatura, en el régimen de lluvias, en los tipos de vegetación y en un grado importante en la vida de sus habitantes, por la convergencia de los dos sistemas montañosos más importantes del país, la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre Oriental (Sierra Norte).

La Sierra Madre del Sur penetra por el oeste y corre paralela a la costa del Océano Pacífico, con una altitud que oscila entre los 2000 – 2500 m.s.n.m, es también conocida como la sierra de Miahuatlán. La Sierra Madre Oriental o Sierra de Oaxaca, se inicia hacia el sur del volcán Pico de Orizaba y continúa hasta el norte del Istmo de Tehuantepec, lugar donde se une con la Sierra Madre del Sur. Su altitud oscila entre los 3500 m.s.n.m. La diversidad de cultivos, de plantas y animales recolectados y la enorme dificultad para lograr las cosechas en esas tierras inclinadas, así como la gran dependencia de un impredecible régimen de lluvias son aspectos que han influido de forma decisiva en la vida de los pueblos de Oaxaca. “Hombres y mujeres se han adaptado a este medio que los rodea, la estrecha relación con su tierra ha ido más allá de las siembras, los cultivos o la recolección; ha favorecido las relaciones económicas entre una y otra región por

medio del comercio y el intercambio y ha permeado las ideas que han dado un sentido a su existencia” (Romero; 1996: 30)

La región de los Valles Centrales se compone por seis distritos: ETLA, Ejutla, Ocotlán, Tlacolula, Zaachila y Zimatlán, que albergan a 121 municipios. En torno a la sierra Norte, se ubican tres distritos Ixtlán, Villa Alta y Mixe, con 125 municipios. Respecto a la Sierra Sur, es importante señalar que ésta no se incluye formalmente en la división regional del estado, sólo es reconocida como entidad administrativa y le componen cuatro distritos: Miahuatlán, Putla, Sola de Vega y San Carlos Yautepec; reiterando, a ésta no se le ha otorgado el “status” de región cultural, sólo de carácter administrativo, lo que propicia severas dudas respecto a la filiación étnica de muchas de las comunidades ahí establecidas, tal es el caso del municipio de Santa María Zoquitlán, que pese a autoreconocerse como serranos sureños, oficialmente pertenecen a la región de los valles centrales y dependen administrativamente del distrito de Tlacolula, aún cuando la gente manifiesta que sus contactos sociales prioritarios los sostienen con el distrito de San Carlos Yautepec y con algunos municipios del Istmo.

Una de las diferencias esenciales entre las comunidades del valle y las serranas son las prácticas de subsistencia, en tanto que el valle se distingue por su carácter enteramente agrícola, las zonas serranas hacen de la ganadería la principal actividad económica. Durante los años que van del 1560 al 1605, se reconoce lo accidentado del terreno serrano, lo que propicia el otorgamiento de mercedes de estancias para establecer ranchos ganaderos, principalmente en la zona sur de Tlacolula y en Zimatlán, así pues esto determina en gran medida la actual configuración del paisaje serrano, dado que los rebaños no permanecían en su estancia, sino que recorrían los campos trasladándose de sus sitios de verano a los agostaderos de invierno, produciendo a su paso daño a las milpas, una enorme alteración ecológica y un cambio profundo en el sistema tradicional de uso del suelo. Zoquitlán, es en nuestros días un municipio ganadero y fue conformado

como tal durante esta entrega de mercedes de estancia de ganado vacuno, principalmente.

Nacen así ciudades de la sierra fundadas en zonas con una densa población indígena de la civilización, principalmente zapotecos. “Estas ciudades, constituyeron en muchos sentidos, el corazón de la Hispanoamérica colonial y la presencia de grandes poblaciones indígenas sedentarias les dio un carácter muy especial” (Chance; 1993:16). De esta manera se consolida el sistema de una población cabecera, rodeada por infinidad de poblaciones satelitales separadas por grandes distancias. La actividad ganadera quedó concentrada en manos de algunos grupos mestizos y españoles, que procuraron enfatizar las diferencias culturales con los grupos indígenas que les rodeaban, así es posible afirmar que estos minúsculos asentamientos mestizos, finalmente se hallaron inmersos en un mundo mesoamericano.

A pesar de la permanente negación, Santa María Zoquitlán es un vivo ejemplo de una comunidad mestiza rodeada por grupos zapotecos que no escapa a su influencia respecto a su configuración cultural. Sin embargo debe considerarse que ellos sostienen que este intercambio es inexistente. Argumentado que fenotípica y lingüísticamente no comparten nada con los zapotecos; en este sentido la lengua, el color de la piel y los ojos significan un importante marcador de frontera cultural. Por tanto resulta necesario mirar a detalle lo que este municipio encierra dentro de sí, porque pese a la negación de la raíz mesoamericana, hay evidencias claras de este pasado detrás de la aparente uniformidad cultural de los zoquitecos.

1.3. En el corazón de la sierra: Santa María Zoquitlán

Los cronistas locales del municipio y la información contenida en la enciclopedia de los municipios de México que puede consultarse a través de la red electrónica,

señalan que los orígenes de Santa María Zoquitlán se ubican en el año 920 d.C⁷ y sitúan su fundación oficial como enclave mestizo en el año de 1562; obteniendo sus títulos de propiedad en 1760.

Es posible referirse a Zoquitlán como un municipio mestizo⁸ que pertenece al distrito de Tlacolula, ubicado en la sierra sur de Oaxaca, dentro de los márgenes finales de la parte sur de la Sierra Madre Oriental, considerado el último punto de la región zapoteca serrana y a la vez entrada a la región del Istmo.



Santa María Zoquitlán.

Fuente: <http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/oaxaca/municipios/20449a.htm>

⁷ Es interesante expresar, que cuando me entrevistaba con el cronista municipal, el Prof. Juan López Parada, me señalaba a manera de “secreto” que era probable que esos primeros habitantes fueran “yopes”; es decir zapotecos serranos. Él, junto con otros personajes promovieron una expedición local hacia el denominado “Cerro Viejo” y exactamente ahí encontraron vestigios materiales de su pasado que catalogan como precolombinos. Personalmente recorrí esta elevación y en efecto, hay indicadores importantes como algunos muros derruidos y ciertos cacharros. Evidentemente hay muchos pozos que son la huella de un saqueo en la zona.

⁸ A falta de una mejor categorización respecto a los diferentes asentamientos humanos que existen en Oaxaca, haré referencia a la dicotomía clásica de indígena y mestizo. Sin que ello implique el deslinde del análisis y la crítica a estas categorías, que como veremos más adelante poco aportan en la nueva relectura de estas comunidades a la luz de escenarios multiculturales.

Los habitantes del municipio se autoreconocen geográfica y culturalmente como serranos sureños pese a que jurisdiccionalmente pertenecen al distrito de Tlacolula, el cual es parte clave de la región de los valles centrales. La extensión territorial del municipio es de 32 034 has y se encuentra rodeada por dos grandes flujos de agua, que son el río Quiechapa y el río del Valle, lo que ha hecho de Zoquitlán una comunidad de difícil acceso, que quedó al margen de una serie de programas de desarrollo por más de cincuenta años durante el siglo XX y a lo cual se le atribuye el haber generado un movimiento migratorio desde los años cincuenta hacia la capital Oaxaqueña y el Distrito Federal.

Por la población, los ríos son llamados el “mansito” - Río del Valle- y el “latoso” - el Río Quiechapa- , a este último es al que se le culpa de todos los males acaecidos en Zoquitlán, debido a que su crecimiento en épocas de lluvia es incontrolable y antes de que se levantara el puente (2001), por culpa de esta crecida, la comunidad permanecía semanas enteras incomunicada. El río del Valle, al cual se le unen antes de llegar a la cabecera el Río Cabrito y el Río Seco, nace dentro del área correspondiente a Miahutlán. El río Quiechapa nace en Quiechapa y en San Pedro Liape, de esta manera Zoquitlán se ubica en una loma plana situada en medio de estos dos ríos, siendo sus coordenadas $16^{\circ} 45' 15''$ de latitud norte y $2^{\circ} 48' 12''$ de longitud este del meridiano de México y con una altitud de 1318msnm

La gente suele insistir que con esta ubicación, el pueblo quedó dentro de un triángulo que forma la “junta de los ríos”. Al converger los dos afluentes se forma lo que se denomina Río Grande, el cual sigue su cauce pasando por San Pedro Totolapan hasta desembocar en la presa Benito Juárez situada en el municipio de Jalapa del Márquez.

Los contactos inmediatos de Zoquitlán en el ámbito comunitario son con los pueblos de San Pedro Totolapa y San Carlos Yautepec ubicados en los márgenes de la misma región. Con ellos ha existido de forma tradicional una

serie de intercambios alrededor de las festividades religiosas y los trabajos comunitarios, de hecho a San Carlos Yautepec, se le nombra “el hermano mayor de Zoquitlán”; esta afinidad se manifiesta no sólo sobre territorio oaxaqueño sino al momento en que salen del terruño para buscar fortuna sea con destino a la Ciudad de México o hacia EUA. Lo que hace coincidir a estas tres comunidades es que se asumen como mestizas y fenotípicamente comparten características comunes como el color de ojos y piel.

Pese a la negativa de los zoquitecos en considerar que forman parte de la comunidad zapoteca o en su defecto, que sostienen alguna relación con ellos, debe señalarse que dada la ubicación físico - geográfica del lugar, es innegable que Zoquitlán se encuentra mucho más cercano a un enclave zapoteco que mestizo. Los límites territoriales hablan por sí solos, y más allá de esto, la textura indígena salta a la vista en la gente que vive en los alrededores del pueblo, así como en determinadas prácticas culinarias o religiosas, lo que me permite reconocer en este primer viso de negación, parte del contenido de este trabajo: lo referido a los límites y las fricciones interétnicas.

Zoquitlán limita al sur con los municipios de San José Lachiguirí y San Pedro Martir Quiechapa, al oriente con las comunidades de San Isidro Tapónala y San Antonio los Huajes, pertenecientes al municipio de San Carlos Yautepec, al poniente colinda con la comunidad de Santa Isabel, el Palmar, San Antonio Chiguibara y San Pedro Taviche y hacia el norte limita con los municipios de San Pedro Totolapa y Yaxe.



Zoquitlán y sus fronteras geográficas.

Fuente: www.google.com. Composición KVQ

Las vías que comunican a Santa María son variadas, pero la central es a través de la carretera federal Oaxaca – Tehuantepec. A la altura de San Pedro Totolapan se accede al camino de terracería de 22km que lleva al pueblo. Existen también accesos desde Santa María para salir a la Costa tomando el camino a Quiechapa, y sobre este mismo camino es posible llegar a Miahuatlán, Ocotlán, Ejutla y Oaxaca. Dentro de esta estructura de vías de comunicación destacan aquellos que por los habitantes del pueblo son reconocidos como “caminos reales de acceso a caballo o a pie” para cada comunidad. Los caminos reales más importantes son: camino a Buena Vista (la trampa) y la Rosa, camino al Agua del Huaje y San José Lachiguirí, camino por la ribera del Río Quiechapa a Yegolé, Guichá y Quiechapa, camino por la ribera del río Valle rumbo a río seco y Eoragua, camino de entrada por Taquiche rumbo al Vagial, Las casas y Yaxe, camino rumbo al Duraznillo.

Zoquitlán esta rodeado por un sin fin de cerros, dentro de los cuales destacan el Guilache que va de oriente a norte y sobre el cual se han hallado vestigios de poblaciones antiguas, Guivixí, cerro puntiagudo situado al norte de la población, en el cual persisten todavía algunas viejas murallas, Cerro Grande, el cual es límite de colindancia con San Nicolás Yaxe y Pueblo viejo, situado al sur de la población y en el que se dice se asentaron los indígenas que huyeron de Zoquitlán cuando llegaron los españoles.

El cerro de Pueblo Viejo constituye el de mayor importancia para la población, ya que es visto como su antiguo hogar, vamos, es propiamente donde reconocen sus orígenes y sobre el cual estructuran o “reinventan” su mito de origen. Es sabido por toda la gente del pueblo, que ahí se asentaron sus antepasados. Cuenta la población que Zoquitlán nació en el momento en que un grupo de zapotecos espantados por la presencia española, se refugiaron en el cerro, ya estando ahí escondidos, uno de esos “indios” vio a una serpiente que pretendía atacarlos, tomó una roca y se la arrojó fuertemente, la roca no mató a la serpiente pero golpeo el cerro de tal forma, que salieron de sus entrañas dos grandes “chorros” de agua, así nacieron los ríos y esa fue la señal que confirmó que ahí debían de vivir y que no tenía por qué huir, el agua era la fuente de vida y Zoquitlán fue bendecida desde ese momento con la presencia de los ríos, que les permitieron subsistir en un terreno hostil y seco⁹

⁹ Notas de campo. Año 2002



Q 2003

No hay precisión respecto a la llegada de los españoles, pero tomando como punto de partida las fechas de los títulos, se puede inferir que fue a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Evidentemente la penetración de grupos españoles a la región, principalmente ganaderos, hizo que los indígenas zapotecos fueron expulsados o marginados a las zonas menos favorables en cuanto a las actividades de subsistencia. En la monografía local se sugiere un exterminio total de esta población, sin embargo aunque en apariencia el municipio efectivamente no es de un perfil indígena, basta sólo recorrer un poco más los caminos y veredas para darse cuenta de que hasta hoy, la población zapoteca existe, sólo que por las grandes distancias que hay entre la cabecera y los ranchos que la componen, queda en apariencia oculta y por consiguiente es negada¹⁰, lo que da paso al permanente conflicto entre indios, mestizos y “españoles”. Es necesario enfatizar que muchos de los habitantes del lugar se reconocen como descendientes directos de españoles, es por ello que incluyo esta categoría. Ahora bien, esta composición étnica es la que ha dado la pauta para que hasta hoy persistan conflictos alrededor de la tenencia de la tierra.

¹⁰ Remitiéndonos nuevamente a los datos proporcionados por la Enciclopedia de los municipios de México, salta a la vista el dato de que en Zoquitlán sólo habitan 14 personas “indígenas” proviniendo de los grupos zapotecos y mixes. Por los recorridos que lleve a cabo en la comunidad, creo que esta cifra es más alta de lo que en esta página informativa se establece.

1.3.1 Organización Socio - Política

El municipio está dotado de tres agencias municipales: Candelaria Yegolé, Río Seco y Pino Suárez, las cuales permiten el vínculo de las rancherías y la cabecera municipal, estas agencias son las que dotan de voz y voto a los habitantes de estos 12 pequeños ranchos que son: Eoraguía, El potrero, El Agua del Huaje, El Vagial, La cañada Guichá, El Jabalí, El Gavilán, La Shishiga , Buena Vista, El Aguacate, Taquiche, y El Duraznillo.

En cuanto a los servicios educativos con los que el municipio cuenta están: un jardín de niños en la cabecera municipal, primaria en todos los ranchos y en la cabecera municipal, Telesecundaria en la cabecera municipal y Río Seco y un Telebachillerato en la cabecera municipal.

Hoy día la organización política se estructura alrededor del Presidente Municipal y sus respectivos regidores. Quienes actualmente desempeñan estas funciones fueron elegidos bajo el sistema de usos y costumbres, por medio de la asamblea comunitaria, no fueron votados por medio de ningún partido, sino por decisión unánime de la comunidad. Los actuales representantes¹¹ son:

- Presidente municipal: Noel Peralta Díaz, suplente Felicito Crucero
- Síndico: Apolunio Sosa Paz, suplente Justino Ríos
- Regidor de Hacienda: Alfredo Valera Ríos, suplente Eleazar Sánchez Aragón
- Regidor de Educación: Rene Ortiz Ortiz, suplente Benigno Altamirano Peralta
- Regidor de Obras: Hilario Garnica Díaz, suplente Severino Martínez Hernández
- Regidor de Salud: Mauricio Ventura Alavez, suplente David Lucero Cortes
- Secretario Municipal: Hortensia Maldonado Sánchez
- Tesorero municipal: Noe Sosa Jarquín

¹¹ Datos correspondientes al año 2004

Al realizar trabajo en los archivos del municipio, un dato que saltó a la vista fue la presencia constante de dos presidentes municipales que estuvieron al frente del cargo por más de cuatro años. Considero pertinente detenerme en esta información porque dentro del último capítulo volveremos al papel que estos dos personajes han jugado en la articulación de los migrantes con la comunidad de origen. Ellos son dos profesores rurales formados profesionalmente en Oaxaca, Anastasio Sosa Sánchez, quien actualmente reside en Oaxaca, fungió como presidente municipal cinco años y medio en los años de 1975, 1976, 1977, 1993, 1994 y 1995 y el Profesor Juan López Parada, quien reside en Santa María Zoquitlán, y fue presidente por seis años, tres meses y medio. 1978, 1979, 1980, 1989, 1990, 1991 y 1992. La legitimidad política y social que poseen estos dos hombres es crucial dentro de la comunidad migrante y residente en el pueblo y en gran medida ellos fueron los promotores de las asociaciones de migrantes, con base en un discurso politizado, que marcó en un primer momento el rumbo de la gente que salía del pueblo.

Por otra parte, hay un segundo nivel de cargos comunitarios, que están vinculados principalmente con la seguridad municipal; de este nivel participan 24 topiles, un sereno, un vaquero, de doce a veinte becerreros y caporales quienes están dedicados a cuidar el ganado de la virgen, acepción que significa el ganado de todos.

Finalmente los cargos religiosos constituyen un tercer nivel de organización social importante, dentro del cual participan migrantes y no migrantes. Sus responsabilidades descansan en el pago de los gastos de las fiestas religiosas más importantes del año, que son la del 8 de septiembre y la del 24 de junio. Los gastos a cubrir son los adornos del templo, los castillos, los toritos y la comida de la que participan las autoridades comunitarias y los invitados especiales.

Lo que un mayordomo gasta en promedio durante estas celebraciones son de cinco a diez mil pesos y la aceptación de cualquier cargo en este rubro le legitima

socialmente para poder aspirar a un cargo político o en su defecto, si es migrante, a poder tener voz y voto en las asambleas comunitarias por medio de su mujer o sus hijos. Es importante señalar que de estos cargos participan exclusivamente varones y es hasta hace muy poco tiempo que la mujer se ha integrado en un cargo secundario instituido cuatro años atrás, denominado mayordomía del manto de la Virgen. Su obligación es dotar a la Virgen de una mantilla que le cubre la cabeza y la espalda el día que inician sus celebraciones y ofrecer una comida a la comunidad que asiste a la primera de cuatro procesiones. Este cargo ha abierto la posibilidad de que las niñas de ocho a catorce años no nacidas en territorio zoquiteco, se vinculen con el pueblo. Son sus madres la que hacen el compromiso, pero las infantas son las que dan la cara y muchas veces, de forma paralela a la entrega del manto de la Virgen ofrecen su pelo para cambiarle la peluca que cubre a la cabeza de la imagen religiosa.

Hay otra serie de cargos en el ámbito religioso que se relacionan con el aseo del templo y el cuidado de los santos, se regulan a partir de comisiones mensuales, y participan exclusivamente mujeres. Lo referido a la tesorería y la sacristía queda en manos de los varones, y se estructuran igualmente a través de comisiones mensuales.

Dentro de estas celebraciones religiosas es donde se observa la interacción de los tres niveles de cargos que sostienen a la organización comunitaria y por ello, el papel de estos festejos es relevante en múltiples sentidos, porque es cuando el pueblo propiamente cobra vida al recibir a todos los zoquitecos migrantes. Este reencuentro da paso a la recreación y al fortalecimiento de la comunidad, frente a los otros que llegan a visitar a la virgen o a los amigos. Finalmente la fiesta constituye un momento clave para reconocer cara a cara las relaciones interétnicas y la calidad de las mismas.

1.3.2 Sistema festivo – religioso. Punto clave de coerción y fricción

El sistema festivo de Santa María lo articula en gran medida con toda la región de la Sierra Sur, dado que se reconoce que es en este sitio donde se celebran las fiestas más suntuosas y a las que asiste gente proveniente de infinidad de lugares, que dotan de un particular ambiente a todos los festejos.

Zoquitlán siendo la cabecera municipal logra reunir en el festejo principal a personas venidas de los Valles Centrales, el Istmo, Ocotlán, Ecatepec, Edo. México y Estados Unidos, principalmente por dos factores: porque se sabe que es una de las fiestas en las que más se gasta dinero por la entrada de las remesas de los migrantes y al ser un pueblo característicamente de migrantes, se presupone que llegan invitados de muchas regiones del estado y del país, incluso de los Estados Unidos. Por tanto en esos días de fiesta, el pueblo se convierte en una arena propicia para fortalecer lazos sanguíneos y de afinidad, que abren la puerta para intercambios matrimoniales, económicos y políticos.

Pese a lo reducido de su ciclo festivo, es justo reconocer que a lo largo del tiempo estas celebraciones han permitido consolidar al pueblo como un gran anfitrión y pese a las diferencias que puedan existir al interior de la comunidad, es en estos momentos donde todos coinciden y se organizan bajo un común denominador: el prestigio de Santa María Zoquitlán. Los festejos poseen una carga simbólica importante en cuanto al posicionamiento de los zoquitecos frente a los otros y es por ello que la presencia de todos es casi indispensable. De ahí que se convoque a los festejos con tres o cuatro meses de anticipación, para comprometer públicamente a la gente que no reside actualmente en el lugar.

La fiesta principal, inicia con la participación de la comunidad migrante los días 6 y 7 de septiembre. Es responsabilidad de éstos efectuar la calenda¹² el día seis. Con este paseo por las calles del pueblo se anuncia que los migrantes han

¹² La calenda es una celebración común en todas las regiones del estado de Oaxaca y consiste en invitar a toda la gente a participar de las celebraciones por medio de carros alegóricos, desde los cuales se arrojan presentes como dulces, trastes de plástico y tamales.

llegado y que invitan a la misa del día siete, que es cuando se celebra la misa del zoquiteco ausente y se reconoce públicamente a todos aquellos que han salido del terruño y han triunfado; por ejemplo en los últimos dos años se han entregado reconocimientos y presentes a todos los jóvenes que han terminado una carrera universitaria, independientemente de que muchos de ellos no sean ya de Zoquitlán; este día termina con la quema de castillos y toritos en la plaza principal, gastos que son cubiertos casi en su totalidad por los zoquitecos ausentes.

Finalmente es el día 8, que se festeja oficialmente a la Virgen en su natividad. Llevándose a cabo la misa principal a las doce del día y el baile y jaripeo por la noche, pero debe aclararse que este día se torna más colorido y cobra mayor relevancia porque muchos de los migrantes han solicitado celebrar en paralelo, los bautizos y las comuniones de sus hijos.

Existen otras fiestas secundarias, que son catalogadas por la gente como “menores”, en función de que en la mayoría de estos festejos no se cuenta con la presencia física de la comunidad migrante. Se celebra la Semana Santa, a San Juan, el día 24 de junio, a Santa Cecilia el día 22 de noviembre, a todos los santos los días 1 y 2 de noviembre y en la primera semana del mes de enero se llevan a cabo las denominadas fiestas de corral, que se hacen en honor al ganado de la virgen, sellando los becerros que han nacido a lo largo del año anterior.

Como he señalado en el título de este apartado, las fiestas constituyen un punto clave de coerción tanto como de fricción. Un buen principio para acercarse a esta idea, es que la gente que no profesa la religión católica no tiene cabida en el lugar, de hecho, en el pueblo no se registra ninguna otra religión y en los últimos años se ha condicionado la participación de la gente de San Pedro Totolapa y de San Carlos porque en estos municipios si hay presencia de grupos cristianos y

evangélicos, lo que se ha traducido en un distanciamiento notable con estos grupos.

Por otra parte, es innegable que todo lo que acontece en esos días coloca de forma pública muchos de los conflictos interétnicos de la región. Los marcadores de frontera se enfatizan en cuanto al vestido, el habla y la comida de los zoquitecos. Por citar algunos ejemplos, en esos días todas las mujeres portan un rebozo que se colocan en el cuerpo de una forma particular, lo atraviesan por sus dos hombros, para no confundirse con las mujeres de los ranchos; los varones portan su sombrero Tardan inclinado hacia el lado derecho, no lo utilizan de forma centrada o hacia el lado izquierdo porque ello significa ser zapoteco o de San Carlos Yautepec.

Indudablemente de primera impresión uno puede suponer una convivencia armónica entre todos aquellos que se hacen presentes en los días de fiesta, pero poniendo atención a ciertos detalles es posible reconocer lo dudoso de esta imagen que se obtiene en un primer momento. Todas las casas del pueblo abren sus puertas y ofrecen comida a todo aquel que se pasee por ahí, pero a los zapotecos no se les permite sentarse en la mesa principal y los patios traseros son los que se les acondiciona para dormir, en tanto que a algún “mestizo” o “sureño” se le permite dormir en la habitación principal y comer sentado en una silla dentro del comedor.

Cuando uno indaga el por qué de estas acciones, suelen coincidir en que es lo mejor para no “mezclarse” y para que quede claro, que los zoquitecos son un grupo aparte, que incluso no comparte muchos de los rasgos culturales con otros “mestizos”, principalmente con los de los valles centrales.

Esta noción de no “mezclarse” va de la mano con las posibles alianzas matrimoniales que puedan consolidarse durante estos días; se cuida demasiado que las mujeres solteras sólo sirvan y platiquen con los zoquitecos migrantes,

porque si llegan a un acuerdo y entendimiento no se pone en riesgo la integridad del grupo. Adelantando parte de la interpretación de todas estas acciones, resulta evidente que toda acción simbólica esconde tras de sí, relaciones de poder.

1.4 Santa María Zoquitlán 2005. Tierra de migrantes

Asistir a Santa María Zoquitlán durante los días comunes, confronta al que observa con un escenario solitario y quedado, poblado por mujeres, niños y ancianos. La migración en los últimos años ha sido la constante dentro de sus pobladores, justificando su salida por lo accidentado del terreno, las pocas oportunidades de tener una mejor situación económica y por la anclada tradición en el pasado de los padres y abuelos que obligan a las jóvenes a insertarse en un rígido sistema de cargos de los cuales ya no desean ser partícipes por las obligaciones laborales y económicas¹³.

Las oleadas migratorias en el pueblo han tenido dos grandes momentos y tres grandes destinos. El traslado hacia la Ciudad de Oaxaca, el Distrito Federal y el Estado de México se llevó a cabo durante los años sesenta – setenta; eran estos espacios los más propicios para encontrar trabajo y tener acceso a la educación media superior y superior. A este periodo corresponden los migrantes con los que he desarrollado esta investigación, que en un primer momento salen rumbo a Oaxaca y después se trasladan hacia Ecatepec; su trascendencia reside en que son ellos los que establecen las bases de las asociaciones comunitarias extraterritoriales.

El panorama actual de la migración en Zoquitlán se ha transformado. Hoy día son pocos los jóvenes que aspiran a trasladarse a la ciudad de Oaxaca o México y el área conurbada. Los ojos están puestos más allá: Carolina del Norte y Michigan, sitios que de 1990 a la fecha son punto de llegada para todos los

¹³ Debe resaltarse que aunque de forma efectiva los jóvenes hoy critican a ese rígido sistema de cargos, curiosamente cuando se establecen en Ecatepec o en la Ciudad de México, reinventan este sistema y recurren a él para hacer más llevaderas las adversidades que enfrentan en la aventura de migrar y para recrear a la comunidad de origen básicamente por medio del sistema festivo.

zoquitecos. Sin embargo, las evidencias etnográficas dejan al descubierto que previo a la salida rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica, es casi obligatorio su paso por Ecatepec o la ciudad de Oaxaca, en donde se vinculan con las respectivas asociaciones de migrantes, ahorran dinero por los trabajos temporales que van teniendo y afianzan las redes sociales que les vincularan con los polleros “más efectivos”. Transcurrido el tiempo y logrando consolidar estos importantes aspectos, es que vuelven al pueblo para concluir que lo más viable es salir rumbo al país vecino del norte, en función de las percepciones económicas a las que aspiran.

El papel de las asociaciones es crucial en la articulación de estos tres destinos disímbolos. Estas agrupaciones tienen su origen en la década de 1980, dentro de la ciudad de Oaxaca y Ecatepec, con la intención inicial de generar un terreno menos áspero para todos los jóvenes que poco a poco abandonaron el pueblo y de forma paralela, se proponen mantener un vínculo permanente con el lugar de origen por medio de organizaciones civiles, que procuraran estar al tanto de lo que acontecía en Zoquitlán, para así poder participar con voz y voto; dado que en todo momento se promueve la idea del retorno y del establecimiento permanente en el pueblo, para finalizar ahí sus días de vida.

Cuando se indaga con los informantes sobre la urgencia del salir del pueblo, la respuesta inmediata es que las condiciones geográficas de Santa María no son las mejores para poder desarrollarse educativa y económicamente, por lo cual salir se convierte en la única vía para satisfacer estas necesidades, que consideran prioritarias. Estudiar es para los zoquitecos una necesidad inminente, en función de que sólo los “yopes” son los que no consiguen un grado mayor de preparación, por lo que estudiar en Oaxaca o en el Distrito Federal tiene diversas connotaciones en cuanto a prestigio económico y social.

En el periodo que comprende la década de los cincuentas y sesentas, los varones salieron rumbo a la capital oaxaqueña con la intención de fincar ahí un

nuevo espacio de residencia y así no estar tan lejos de su pueblo natal. Sin embargo estando en Oaxaca tuvieron noticia de que en el Distrito Federal había mejores oportunidades laborales y lo más importante, se decía que eran mejor remuneradas, así que durante la década de los setenta toman camino hacia la Ciudad de México y estando ahí deciden buscar oportunidades en la naciente industria del Valle de México, siendo Ecatepec, el lugar más propicio para establecerse. Durante estos años el número de zoquitecos que llegaban a Ecatepec fue creciendo de forma notoria, lo que dio la pauta para generar una red de zoquitecos residentes en la Ciudad de México que se sustentara en la ayuda mutua, en tanto que se perteneciera al pueblo, lo que considero fue el detonante para dar forma a una nueva y particular configuración étnica y sentido de pertenencia, por sobre el hecho de ser oaxaqueño.

Es preciso detenerse un poco en los periodos de movilidad espacial de sus pobladores, que coinciden con el “boom” migratorio de los años setenta hacia los centros urbanos, generados por la gran crisis del campo mexicano. Por supuesto, la mirada estaba en la ciudad de México, era deseo de los primeros migrantes establecerse ahí y dar forma a una nueva vida; sin embargo el desencanto llegó al momento de pisar suelo ciudadano. Cuentan los primeros migrantes que no había buenos trabajos; ellos aspiraban a labores menos pesadas con la intención de no sufrir el mismo desgaste que enfrentaban en el campo, querían realizar actividades en oficinas. Sin embargo, rememoran que a su llegada todos los buenos trabajos ya estaban dados, así que sólo eran contratados como cargadores en el Mercado de la Merced, como molineros de maíz o como obreros en la naciente industria del Valle de México, lo cual se tradujo en bajas percepciones económicas, con las cuales no lograban cubrir sus nuevos gastos, como la renta de una vivienda, la comida, los pasajes etc. Así que con todos estos embates fue que decidieron organizarse para ayudarse mutuamente, viviendo varios individuos en un mismo espacio, que les hiciera más llevaderos los gastos y ello les orilló a la búsqueda de sitios menos caros para residir y así fue como “descubrieron” a Ecatepec, que durante ese tiempo ofrecía predios

baratos y ofertaba múltiples plazas para obreros en las fábricas de la Costeña e Ideal Stándar, donde propiamente se desarrolló la vida laboral de estos primeros migrantes, que con el tiempo pudieron trasladar a toda su familia para que accedieran a las instituciones educativas del Estado de México y del Distrito Federal.

1985 marca a la comunidad zoquiteca, dado que durante este tiempo enfrentaron una serie de muertes accidentales de gente perteneciente a la comunidad, quienes en su mayoría fueron acaecidos al ser atropellados por el tren y los autobuses debido a la poca familiaridad que se tenía con la dinámica urbana. Recuerdan con precisión el número de muertos en ese año: Juan Cortés Peralta, Carlos Barriga, Jesús Ríos Maldonado, Juan Manzano y Juan Santos, con la muerte de este último, toma forma el proyecto de generar una asociación que asegurara la “buena” muerte de los zoquitecos y el regreso a su tierra para el descanso eterno.

Ese fue el objetivo central con el que veintidós zoquitecos se reúnen el día 6 de Octubre de 1985 y formalmente se plasma en un acta, el surgimiento de la Asociación de Zoquitecos Residentes en la Ciudad de México y Área Metropolitana (AZORECMAM) y se nombra a una mesa directiva provisional, dejando por sentado que podrán afiliarse a este grupo la gente perteneciente a Zoquitlán, cooperando mensualmente con un peso, para establecer un fondo de ahorro comunitario que cubriera los gastos de marcha y traslado en caso de fallecer alguno de los asociados y/o sus familiares inmediatos. Provisionalmente, la asociación se estableció en las viviendas de los primeros participantes del proyecto y es ahí donde mes con mes se llevaron a cabo las juntas para comentar acerca de las problemáticas personales y comunitarias. Posteriormente se vislumbró la posibilidad de contar con un espacio propio, en tanto que los asociados se comprometieron a aportar más dinero y a colaborar por medio del tequio en la construcción del inmueble; este fue un logro más de la comunidad,

para 1986, queda formalmente establecida la Asociación en la colonia San Agustín, Ecatepec, Estado de México.



Sede de AZORECMAM, Ecatepec, Edo. México. Foto KVQ

Ecatepec, constituye hoy el segundo hogar de los zoquitecos, aquí han enfrentado difíciles trayectos en cuanto a su vida personal y comunitaria, por ello es necesario conocer su percepción de este sitio, junto con la descripción de las formas de organización social, que les permite aislarse o integrarse a esta dinámica pluriétnica enmarcada dentro de un espacio urbano. Este singular municipio está dotado de una historia compleja, marcada en gran medida por ser un espacio permanente de recepción de poblaciones venidas de muchos de los estados del sur del país, es pertinente acercarse a su pasado y a su presente, que le colocan como el municipio más poblado de México.

CAPITULO II

ECATEPEC, ESTADO DE MÉXICO. UN ENCLAVE URBANO COMO DESTINO

INTRODUCCIÓN

Por más de treinta años, Ecatepec de Morelos ha sido el destino de múltiples comunidades venidas del interior del país, como resultado de un proceso de descentralización promovido por el propio Estado, ante la sobrepoblación que enfrentó la Ciudad de México en la década de los setenta.

Hoy día, Ecatepec es el municipio más poblado de México, según consta en el XII Censo de Población y Vivienda del año 2000. Ello le configura como un espacio saturado de complejidades socioculturales que desembocan en una desigualdad económica y social notable. Pero por otra parte, en el lugar se advierten sinnúmero de manifestaciones culturales, sociales, políticas y económicas que van en proporción a la cantidad de migrantes que ahí se han establecido a lo largo del tiempo y en diferentes periodos históricos, convirtiéndolo así, en un espacio sumamente interesante para poner a prueba a la mayoría de las categorías, los conceptos y las metodologías antropológicas.

Con una extensión de 155 km. cuadrados y 400 metros, “Ecatepec es considerado el municipio con mayor crecimiento en toda América Latina” (Muñoz; 2001:31) No es posible perder de vista que esto es resultado de la inserción de este municipio como centro urbano, dentro de un sistema urbano aún más amplio: el Área Metropolitana de la Ciudad de México (A.M.C.M); Ward (1990) define a esta área metropolitana en función de la contigüidad de crecimiento con el Distrito Federal.



Ecatepec de Morelos, Estado de México.

Fuente:<http://www.ecatepec.gob.mx/>

La consolidación de estos centros conurbados, nacen de operaciones estructuradas por parte del Estado, con la intención de reducir las polaridades económicas que se gestan a lo largo del tiempo dentro de la ciudad, y así abrir paso a los llamados “polos de crecimiento” (Ward; 1990:57) con el fin de hacer una mejor distribución de la población urbana.

Particularmente en las décadas de 1960 y 1970, el impacto del crecimiento económico nacional se sintió en la capital mexicana. Durante este periodo “la política pública actuó para concentrar en la ciudad de México, la producción industrial, que resultó especialmente favorecida en su acceso a la generación de electricidad, petróleo y otras fuentes de energía y productos para las industrias petroquímicas, la provisión de instalaciones de agua potable y drenaje y, por último, pero no por ello menos importante, la inversión en programas de construcción de carreteras” (Ward;1990: 29) y aunque ello se tradujo en la

consolidación de la capital como un fuerte polo de atracción por la localización industrial en el área metropolitana, también trajo consigo problemáticas en cuanto a la sobrepoblación, la contaminación, el transporte público y la distribución equitativa de los servicios básicos. Esto acentuó las desigualdades existentes entre la capital y la provincia.

Ecatepec es un mosaico pluricultural complejo, que obliga a detenerse en la reflexión de las experiencias vividas por los migrantes a su llegada a la “tierra prometida”. El marco de la ciudad impacta de diversas formas a la organización social y a las formas simbólicas de las comunidades migrantes y originarias, dado que dentro de este tipo de escenarios harto complejos, se entrecruzan lecturas múltiples en torno a los otros y al espacio compartido. Y de igual forma, ante la prioridad de sobrevivir “pese a todo”, se ponen en marcha ajustes al interior de las comunidades migrantes para hacer frente a las polarizaciones económicas, la ausencia de seguridad social que les procure servicios de salud o que cubra los gastos de marcha en caso de fallecimiento. Tal como lo pregunta Ward, es necesario responder ¿cómo es que se resuelven todas estas problemáticas cotidianas en el marco de la dinámica urbana?

Previo a dar respuesta a tan amplia interrogante, resulta necesario hacer un alto en la reflexión de la población originaria, que parece eclipsada ante la noción compartida de que Ecatepec es un municipio emergente y poblado de forma exclusiva por migrantes. Al respecto puedo decir que esto es parcialmente cierto, dado que el municipio cuenta con una amplia historia detrás de sí que se remonta a tiempos prehispánicos. Así que, dentro del capítulo procuro ver a este espacio en función de su historia pasada y reciente, que en alguna medida han dado forma al escenario que hoy tenemos frente a nuestros ojos.

2.1 Historia antigua de un destino inesperado

El nombre de Ecatepec, evoca a Ehécatl, que en lengua nahua significa “Cerro del Viento”. Se reconocen vestigios de vida en el lugar desde el 2000 a.C., pero

es con el florecimiento de Teotihuacan (200 a.C.) que aparecen las primeras aldeas sedentarias y los habitantes de Ecatepec figuran como grupo custodiado por los teotihuacanos, “esto se demuestra por medio de los indicadores arqueológicos, la arquitectura de plataformas piramidales y las grandes plazas encontradas en diversas partes de este lugar” (Muñoz; 2001:70) Con la caída de Teotihuacan, en el siglo V d.C., vino un repoblamiento del sitio por parte de grupos chichimecas y otomies. Es en Xaltocan que se reconoce al centro principal de este nuevo periodo, dominando a todo Ecatepec hasta finales del siglo XII.

Hacia los siglos XIII y XIV el poder del valle se encontraba distribuido entre los tepanecas de Azcapotzalco, los acolhuas de Texcoco y Cuautitlán. Los pobladores de Ecatepec fueron presa de continuos enfrentamientos y saqueos por parte de estos señoríos que buscaban controlarlos. Para el siglo XV y las primeras décadas del XVI cuando llegaron los españoles el espacio estaba totalmente sujeto a la expansión mexicana entre las redes de la triple alianza.

“La ubicación geográfica de Ecatepec como punto de entrada y salida de la ciudad de México hacia zonas estratégicas como Veracruz, vía Otumba o el llamado camino “tierra adentro” hacia Zacatecas signó, junto con el agua y el cielo su historia interna”(Muñoz;2001:74). Así se constituyó en una zona de comercio en la que por tierra y por agua se veían pasar todo tipo de mercancías y se fue afianzando como una ciudad de paso de pobladores venidos de sin fin de lugares. Las crónicas municipales señalan que por su ubicación no hubo movimiento social o personaje histórico que no pisara suelo ecatepense dentro de ese natural ir y venir a la ciudad.

Durante la Colonia, Ecatepec pasa a ser parte del sistema de encomiendas. Según consta en la connotada obra de Gibson (1967:66), a partir del 1530, Ecatepec pasó a ser posesión perpetua de la hija de Moctezuma (Leonor), quedando el territorio clasificado como “perpetuo, heredable de generación en generación y sin restricción”

Siguiendo al trabajo de Gibson, encontramos un dato interesante, “a la entrega de Ecatepec como encomienda, se menciona a “Acalhuacan, Coatitlan y Tizayuca como sujetos de Ecatepec, incluidos en la concesión” (1967: 425) Y ahí mismo se establece que “los indios de Ecatepec eran otorgados en dote y arras”.

Previo al periodo de Independencia, en las últimas décadas del siglo XVI, “la jurisdicción de Ecatepec comprendía las cabeceras de Chiconauhtla, Ecatepec, Tecama y Xaltocan, con sus sujetos” (Gibson; 1967:457). El mismo autor (1967:457) establece que:

El principal cambio subsecuente fue la separación de Xaltocan. El área comprendía un número bastante grande de estancias de Tenochtitlán y Tlatelolco, incluyendo Ozumbilla, Xaloztoc, Tolpetlac y Xoloc, sobre las cuales perdieron gradualmente el control las dos parcialidades.

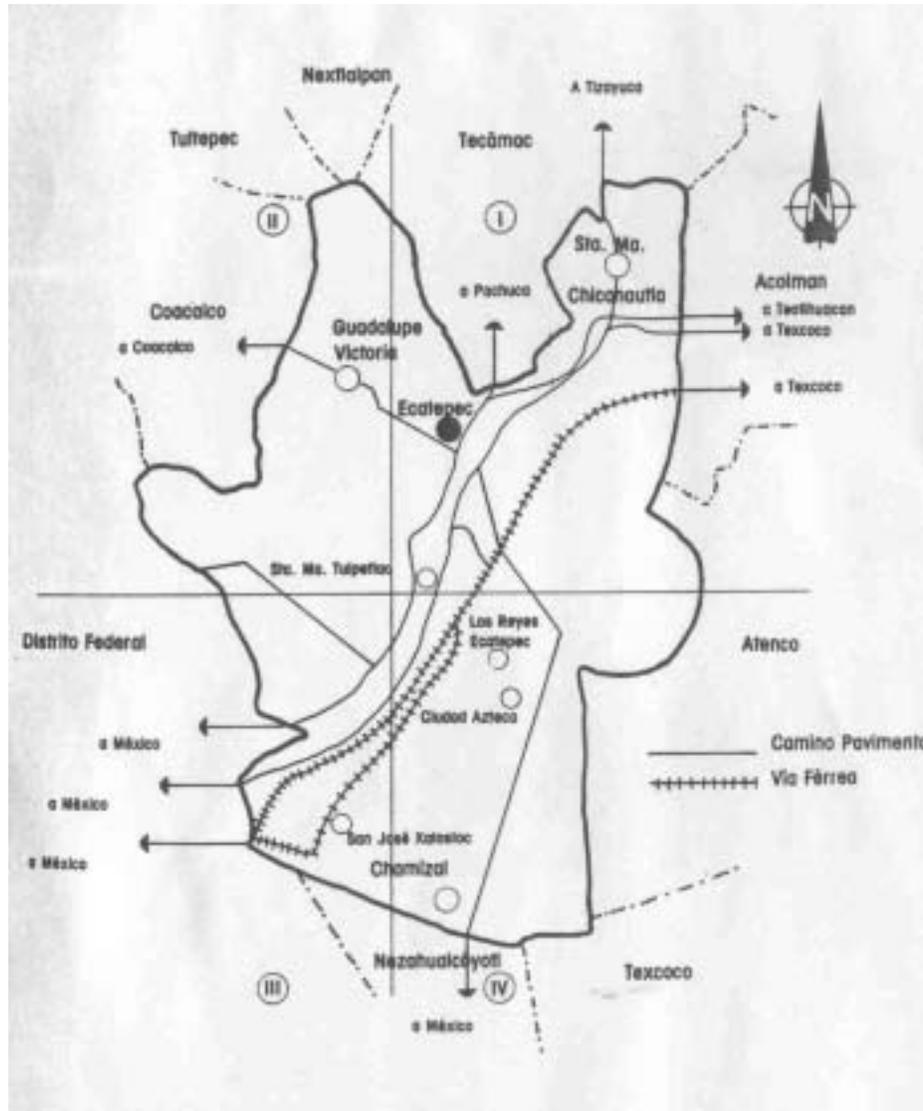
Teniendo como marco al periodo independentista, Ecatepec se constituye en municipio conforme a lo marcado por la Constitución de Cádiz. Su categoría fue confirmada por el gobierno local cuando nació el Estado de México en 1824 y posteriormente con la Ley de Municipios de febrero de 1825. El 1º de octubre de 1877 se anexa a Ecatepec el nombre de Morelos. Así queda formalmente reconocido como Ecatepec de Morelos, ya que fue en este sitio donde José María Morelos fue juzgado y fusilado por tribunales civiles y eclesiásticos y en la iglesia del lugar su cadáver fue inhumado.

La cabecera municipal quedó instituida en San Cristóbal, lugar donde actualmente se localiza el Palacio de Gobierno; sede del ayuntamiento y donde existe un salón dedicado a los siete pueblos fundadores del municipio. En San Cristóbal se ubica dos de los sitios más significativos del municipio, por un lado el templo de San Cristóbal que fue edificado en el siglo XVI por los dominicos y concluido por los

franciscanos y la Catedral del Sagrado Corazón de Jesús, última catedral construida en el siglo XX.

Los límites naturales de Ecatepec son al poniente la rívera del Lago de Texcoco y al sur el Río de Xaltocan. Geográficamente se encuentra referido a los 19° 19'24" latitud norte y a los 19° 19'49" longitud oeste, con una altitud de 2200 m.s.n.m. El terreno en el que geográficamente está situado el municipio es un llano, que pertenece a la parte central de la cuenca de México y está ubicado sobre la vertiente de la sierra de Guadalupe. Sin embargo pese a su cercanía con el lago de Texcoco, Ecatepec se distingue por la ausencia de ríos, aunque hoy día le atraviesa en su totalidad el gran canal de desagüe del DF, que corre a cielo abierto por todo el municipio y por los zoquitecos es llamado "el río negro".

Los actuales límites geográfico – administrativos de Ecatepec son al norte con el municipio de Tecámac, al sur con el municipio de Nezahualcóyotl y el Distrito Federal; al oriente, con los municipios de Acolman y Atenco y al poniente con Tlalnepantla y el Distrito Federal.



Límites geográficos de Ecatepec de Morelos. Fuente: Monografía municipal 2001

2.2 Los pueblos originarios

A primera vista, Ecatepec luce como un municipio reciente dada su moderna infraestructura material, pero no puede obviarse que el sitio en su conjunto tiene un nexo históricamente importante con la Cuenca de México, que se halla poblada desde tiempos prehispánicos.

Pese a los embates de la sobrepoblación y los anhelos modernizadores del auge industrial, sobreviven infinidad de pueblos que hoy son denominados como originarios y que dotan de una textura particular al municipio por su fuerte

influencia nahua. Acercarse –aunque sea parcialmente- a parte de su historia permite, por un lado, conocer el ciclo festivo tradicional que rige a los habitantes de Ecatepec y por otro, entrar en contacto con la lectura particular que esta gente hace de sus vecinos recientes, para así acercarse a las formas de relaciones sociales que se generan o se restringen con las múltiples comunidades de migrantes.

Son siete los pueblos reconocidos como originarios: San Pedro Xalostoc, Santa Clara Coatitla, Santa María Tulpetlac, Santo Tomás Chiconautla, Santa María Chiconautla, Guadalupe Victoria y San Isidro Atlahuhtenco. Sintetizo parte de su amplia historia¹, aclarando que no es una revisión profunda dado que no es el tema central de este trabajo, pero no por ello omito datos relevantes, que en cierta medida colaboran con la mejor comprensión del espacio al que hago referencia.

San Pedro Xalostoc, que en lengua nahua significa “Lugar de cuevas arenosas”, se reconoce como una de las comunidades más antiguas del municipio, en función de que ahí se establece uno de los primeros templos franciscano dedicado a San Pedro Apóstol y que según constan datos en las crónicas municipales, fue construido en el siglo XVI, aunque fue realmente terminado hasta el siglo XIX. Su fiesta patronal se celebra el 29 de junio con la procesión del santo patrono. Teniendo como particularidad la elaboración de tapetes de flores y de aserrín pintado, en el marco de ferias, juegos pirotécnicos y de la presencia de los otros pueblos contiguos que participan de estas celebraciones, intercambiando imágenes religiosas entre los barrios del lugar.

Santa Clara Coatitla “lugar donde hay serpientes”, es un pueblo con una interesante historia en torno a su fundación, ya que los datos proporcionados por los cronistas señalan que éste fue fundado por el hijo de de doña Mariana Leonor Zuchimatztint y Cuauhtémoc, a quien le ponen por nombre Diego, que fue señor de

¹ Los datos históricos contenidos en esta parte, fueron retomados de la monografía municipal (Muñoz; 2001), de las crónicas cortas que se pueden consultar en el palacio municipal de Ecatepec y de la página electrónica www.ecatepec.gob.mx

Tlatelolco, Santa Clara Cuauhtitlan y Rincón de don Diego. Por otro parte, las fuentes señalan que fue aquí donde nació Cuauhtlitzantzin (Juan Diego) hijo de Netzahuapilli señor de Tezcoco.

El templo se rige por la imagen de Santa Clara de Asís, celebrando la fiesta patronal el 12 de agosto con una procesión que marcha por las calles y de dicha procesión participan gran parte de las comunidades migrantes y originarias.

Santa María Tulpetlac (Tolpetlac), “Lugar de petates de tule”, destaca por ser la comunidad limítrofe con el Lago de Texcoco. En sus orillas crecían muchos tulares, que utilizaron los pobladores como materia prima para tejer canastas, y petates. También trenzaban cuerdas para el consumo de la misma población o para intercambiarlos en el mercado de Tlatelolco, el de Nepohualco y el de Acólman.

El templo de este pueblo fue construido en el siglo XVI por la orden de los franciscanos. Este recinto histórico cuenta con cuadros de los siglos XVI, XVII y XVIII entre los que destaca el de Santiago Matamoros. En el atrio de la iglesia se encontró la lápida de Diego Huanitzin, último señor de Ecatepec. Es famosa también la capilla de la Quinta Aparición. El 25 de noviembre se llevan a cabo las fiestas a Cristo Rey y el 12 de diciembre a la Virgen de Guadalupe en el santuario de la Quinta Aparición.

En Tulpetlac había cantera de colores: azul y rosa por lo cual, el presidente Porfirio Díaz concedió permiso para explotarlas a los señores Teodoro Reyes y posteriormente a Don Nicolás Valdés, quien solicitó la introducción de un ramal de la vía del ferrocarril a la cantera del barrio de Los Reyes, de donde salió gran parte de la piedra empleada para construir las estaciones ferroviarias de México a Veracruz, utilizándose también esta cantera para la construcción de la fachada del edificio de Correo Mayor en la Ciudad de México.

El topónimo en nahua de Chiconauhtlan (Santo Tomás Chiconautla) , significa “Chiconauh “ – “ tlan “ lugar de 9 sitios (4 barrios, 4 cerros y el pueblo) o de 9 mercados, dado que aquí se controlaban los mercados de la región, así como la distribución de las múltiples mercancías que llegaban.

El templo del lugar fue edificado en el siglo XVI y está bajo la advocación de Santo Tomas Apóstol “Didimo” el gemelo, fundada por la orden de San Francisco. Este templo, es el más sencillo de todos los pueblos, pero su fiesta patronal (21 de diciembre) convoca a gente no sólo de Ecatepec, sino de múltiples estados del país, como son Puebla, Veracruz y Morelos.

En el pueblo de Chiconautla o Nepohualco (Santa María) “lugar de los números”, se establece el templo dedicado a Santa Maria cuya construcción se inicia en el año de 1547, con la erección del Convento franciscano, orden que rigió a todo el municipio de Ecatepec. El inmueble destaca por su iconografía cristiana contenida dentro de sus muros y techos que evocan al cielo, utilizando de forma saturada el color azul. Dentro de este recinto histórico y religioso se encuentra una escultura de tamaño natural de Santiago Apóstol, realizada de bagazo de caña por artesanos de Tarímbaro Michoacán. La fiesta patronal se celebra a la Natividad de la Virgen el día 8 de septiembre, día que corresponde a la celebración patronal de la comunidad zoquiteca, por tanto, aquellos que no asisten a la fiesta del pueblo, están obligados a participar de la celebración en Santa María Chiconautla, colaborando con flores para el adorno del interior del recinto y apoyando en los trabajos previos al festejo.

El nombre original del pueblo de Guadalupe Victoria es Tecpayocan Coatlalpan “lugar de piedras rojizas”, “donde abundan las serpientes”. Su actual nombre se remonta al siglo XVII cuando existía un pueblo a las faldas del cerro frente a Guadalupe Victoria, que estaba construido sobre los restos o ruinas de un sitio prehispánico. La segunda razón de su nombre es porque fue anexo a la hacienda

de Santa Maria de Guadalupe de los Portales y la tercera es en honor al primer presidente de México, Guadalupe Victoria.

En la iglesia de este pueblo estaba una imagen que perteneció a la familia de Juan Diego y Maria Lucia procedente de Tulpetlac, y tenia en la espadaña una campana que estuvo en la iglesia de la Asunción en Tulpetlac consagrada a la virgen de Guadalupe, esta campana pasó después a la nueva parroquia de Guadalupe Victoria. Su fiesta patronal se celebra a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre, que prácticamente convoca a gran parte de la población católica de dicha entidad, es quizá dentro de este festejo que se manifiesta la riqueza multicultural de Ecatepec, dado que asisten migrantes, pobladores originarios e invitados de muchas de las comunidades del Valle de México.

San Isidro Atlahuhtenco, “en la boca de la barranca”, no es un pueblo que esté nombrado en la historia prehispánica, pero fue muy importante para la región ya que durante este periodo, en este lugar nació la madre de doña Mariana Leonor Zuchimatzin Moctezuma señora de Ecatepec y esposa de Cuauhtemoc, y aquí fue donde contrajo matrimonio la hija mayor de estos dos personajes con un señor de Xochimilco.

San Isidro Atlahutenco fue considerado por largo tiempo como ranchería y es hasta el año del 2003, cuando entró en la categoría de pueblo. Es uno de los pocos pueblos que cuentan con un código original: el Código San Cristóbal Ecatepec, realizado en el año de 1612. La fiesta patronal de este pueblo se celebra en honor a San Isidro Labrador, el 15 de mayo y al ser una fiesta de carácter agrícola se limita la participación a los pueblos campesinos de la zona.

**CUADRO I: FESTIVIDADES RELIGIOSAS CELEBRADAS EN LOS PUEBLOS
ORIGINARIOS DE ECATEPEC DE MORELOS**

Pueblos originarios de Ecatepec	Fiesta Patronal	Participación población originaria en la fiesta	Participación población migrante en la fiesta
San Pedro Xalostoc	29 de junio	X	–
Santa Clara Coatitla (Coatitlan)	12 de agosto	X	X Múltiples comunidades
Santa María Tulpetlac (Tolpetlac)	25 de noviembre 12 de diciembre	X	X Sólo en la procesión del 12 de diciembre
Santo Tomás Chiconautla (Chiconautlan)	21 de diciembre	X	X Comunidades de migrantes provenientes de Puebla, Morelos y Veracruz
Santa María Chiconautla (Nepohualco)	8 de septiembre	X	X Comunidad migrante de Santa María Zoquitlán, Oaxaca
Guadalupe Victoria	12 de diciembre	X	X Múltiples comunidades
San Isidro Atlahutenco	15 de Mayo	X	–

En este cuadro podemos ver como las festividades religiosas articulan a las comunidades originarias con las comunidades migrantes. Para el caso que analizo tiene particular relevancia la fiesta celebrada en Santa María Chiconautla, dado que es dentro de este festejo que los zoquitecos conviven cercanamente con otros grupos. Es interesante que como resultado de esta participación, han podido solicitar el “préstamo” de una virgen para el día que celebran el aniversario de la asociación que ha conformado este grupo de migrantes.

Destaca también que con el paso de los años, muchos de los vecinos de los zoquitecos han accedido a asistir a su fiesta anual en función de que se ha consolidado cierto compromiso de tipo religioso y por otra parte, el que se les ubique como un grupo participativo de las celebraciones religiosas les ha otorgado la “licencia” para llevar a cabo procesiones en las calles contiguas de la Colonia San Agustín.

Indudablemente es alrededor del aspecto religioso que se han posibilitado relaciones sociales importantes con los grupos que rodean al universo zoquiteco. Aunque debo aclarar que esta convivencia no deja de tener sus limitaciones y prejuicios. De hecho, puedo señalar que a partir de esta convergencia se renuevan los deseos de marcar las fronteras de pertenencia comunitaria, porque pese a que aparentemente se hace una invitación abierta a estos festejos, el sistema de cargos –tanto de los grupos originarios como migrantes- no deja de ser restrictivo.

2.3 Ecatepec y su historia reciente

Los datos del XII censo general de población y vivienda (2000) arrojan que en Ecatepec se establecen 1 622 697 habitantes, lo que marca un ritmo de crecimiento anual del 43%, si se comparan las cifras actuales con el censo municipal de 1974 que daba cuenta de 850 000 habitantes. Esto significa uno de los mayores crecimientos poblacionales a nivel mundial y todo indica que esta tendencia seguirá por lo menos diez años más, dado que existen factores que la

propician, como son la obras de infraestructura construidas por los gobiernos federal, estatal y municipal y por los diversos asentamientos irregulares que continúan surgiendo en el lugar, a causa de la migración como un fenómeno constante de toda la zona conurbada de la entidad mexiquense.

De hecho si se revisa la página electrónica oficial del municipio², se reconoce que la cifra proporcionada por el INEGI en cuanto al número de habitantes es tan sólo una aproximación, dado que extraoficialmente las autoridades municipales reconocen a tres millones y medio de personas; lo cual implica una densidad de población de 12 861 mil habitantes por kilómetro cuadrado.

En cuanto al origen de la población de Ecatepec, se identifica a un 10% como población originaria, en tanto que el 90% restante son migrantes, de los cuales 64% provienen del Distrito Federal; y el 26 % proviene del interior del país, con las siguientes proporciones porcentuales: 4% de Oaxaca; 4% de Michoacán; 5% de Veracruz; 5% de Puebla y 8% de otras entidades.

Retomando otros datos estadísticos relevantes, es en este municipio que se concentra gran parte de la población joven de México, con una edad promedio de 23 años en los hombres y de 24 años en las mujeres. De este grueso poblacional, el 54.2% tiene un ingreso de hasta 2 salarios mínimos y el 45.8% de la población, tiene un ingreso mayor a 2 salarios mínimos. La población económicamente activa es de 591,262. La presencia femenina es mayor a la masculina, son 824,808 mujeres y 797,889 hombres.

² Los datos estadísticos que se concentran en esta parte del trabajo, provienen de las páginas electrónicas: www.inegi.gob.mx refiriéndome a los datos definitivos del XII Censo General de Población y Vivienda, así como de la página electrónica www.ecatepec.gob.mx

Ecatepec cuenta con una amplia infraestructura urbana en cuanto a servicios de salud, servicios educativos y sistemas de transporte, se reconoce que el 99% del territorio es urbano y según los datos municipales tan sólo el 0.7% de las viviendas no tienen drenaje ni sanitario exclusivo y el 0.4% de dichas viviendas no tiene energía eléctrica.

Sin embargo, la saturación de habitantes por cada unidad habitacional es notable, al ser la mayoría hogares extensos, lo que se traduce en un 46.2% de cierto tipo de hacinamiento. De aquí que resulte necesario reconocer el perfil de Ecatepec como un municipio emergente que en los años setenta recibió a grandes flujos migratorios y que no ha dejado de ser un fuerte polo de atracción para las poblaciones que siguen abandonando el campo mexicano para buscar un mejor destino en la zona conurbada del Estado de México.

2.3.1 Ecatepec. La recreación de un municipio emergente

La población total del Estado de México es de 13 096 686 habitantes³, es la entidad más poblada del país y si equiparamos el dato con el número de pobladores de Ecatepec de Morelos, significa que uno de cada seis mexiquenses se establece en este municipio. El porcentaje que marca cuanta población del Estado de México habita en Ecatepec es de 12,39013 %. Ahora bien, de los datos que da cuenta el último censo de población, dentro de los 15 municipios o delegaciones más poblados del país, tres -Ecatepec, Nezahualcóyotl y Naucalpan- se localizan en el Estado de México, lo que evidentemente obliga a mirar a detalle lo que en cada uno de ellos sucede, si consideramos que gran parte de la población no es originaria de la entidad, de hecho se reconoce que la entidad recibe más población de la que emigra, y crece en función de la población migrante, no de la originaria, esto en porcentajes se traduce así: anualmente el Estado de México crece un 4% por la población migrante y 1% por la población originaria.

³ XII Censo General de Población y Vivienda. 2000

De la población total de Ecatepec, 968 884 habitantes proceden de otra entidad, lo que da cuenta de la importancia que para este municipio cobra el grueso de migrantes. Y dentro de este universo de personas provenientes de sin fin de lugares del país, resalta la presencia indígena con 27 802 personas que se reconocen como tal e interesante es incluir en estos números a todos aquellos que dudan en su filiación, (aquí se ubican los zoquitecos), siendo un total de 4 703 individuos que no se asumen como indígenas pero tampoco como mestizos.

Con estas tendencias demográficas se ha propuesto una integración metropolitana de las periferias de la Ciudad de México, pero esto no es tarea fácil si consideramos las permanentes confrontaciones que en los últimos años han existido entre el Estado de México y el Distrito Federal, aunque como afirma (Lina; 2003:2) “es claro que por este entrecruce permanente entre las dos entidades podemos hablar de una ciudad policentralizada” o en palabras de Ward (1990) “una megaciudad”.

Al ubicarse Ecatepec en la frágil línea que divide al Estado de México del Distrito Federal, su configuración como centro urbano ha sido accidentada, dado que por el flujo permanente de pobladores, coexisten barrios antiguos y nuevos con equipamientos “modernos”. De forma poco planificada se han anexado al paisaje parques, espacios comerciales y recreativos, junto con redes de transporte emergentes que comunican a las colonias y barrios populares establecidos de forma irregular.

Esta configuración del espacio no responde a una lógica de continuidad social, ambiental y económica, ya que finalmente está correlacionada con la expansión de la ciudad de México en el siglo XX durante las décadas de 1940 y 1950, producto de las primeras oleadas migratorias internas. Así pues estas zonas se erigieron como centros urbanos en la década de 1970 golpeando el ritmo, todavía rural, de varios municipios, principalmente del Estado de México, como son Naucalpan, Ecatepec, Tlalneplantla, Nezahualcóyotl, y posteriormente hacia

Chalco, Ixtapaluca y Texcoco, lugares en donde se asentaron los sectores de los más bajos estratos económicos.

En toda esta dinámica demográfica, el papel de la expansión industrial ha sido clave, dado que es a partir de los años cincuentas que el Estado de México abre sus puertas –literalmente- a todos los grupos industriales para establecer sus empresas en la entidad como parte del proyecto de modernización. Así que la población migrante demandante de empleo y vivienda encontró en Ecatepec el lugar perfecto para sus aspiraciones de bienestar social y económico. Sin embargo la industrialización y urbanización del municipio, no siempre se gestó bajo un régimen de planeación, sino que se fue dando al libre albedrío, esto es, en el caso del crecimiento urbano muchas veces éste se dio cerca de los parques industriales, absorbiéndolos por completo y en muchos otros, tal crecimiento se dio en zonas de difícil acceso a los servicios urbanos (agua, luz y drenaje).

Esta situación comenzó a ser aguda con el paso de los años, y no fue hasta la segunda mitad de la década de 1970, que el Estado de México comenzó a planificar el crecimiento urbano y la diferenciación industrial a través de acciones concretas, tales como la Ley General de Asentamientos Humanos (LGAH), que constituyó el marco jurídico institucional, para la planeación y ordenación de la población; así como de las diferentes actividades económicas, principalmente la industrial. Sin embargo el proceso de crecimiento urbano, estaba dado y muy difícilmente se detendría. Lina (2003:3) establece que “desde las décadas de 1970 y 1980 el crecimiento de la mancha urbana en la zona metropolitana de la Ciudad de México continuó absorbiendo a municipios como Chalco, Chicoloapan, Chiconcuac, Ixtapaluca y Tecamac”.

Con este escenario de fondo, es que los zoquitecos llegan a Ecatepec con itinerarios accidentados, en la década de 1970 y así nacen las historias que hoy constituyen la parte medular de este trabajo, que insiste en reflexionar sobre el

surgimiento o reavivamiento de lo que podemos llamar una identidad étnica, partiendo del entrecruce de una rica cultura depositada en este grupo de migrantes y que es atravesada por sin fin de historias –oficiales y no oficiales- en el marco de un espacio urbano multicultural.

2.3.2. La llegada: asombro y caos dentro del nuevo hogar

Con doscientas siete colonias, noventa y nueve fraccionamientos, seis ejidos, dos rancherías, once barrios, una ciudad y una población mayoritariamente migrante, Ecatepec se convirtió en el espacio de residencia de los zoquitecos migrantes a partir de los años setenta. Este traslado está lleno de anécdotas y pesares profundos, que dan cuenta de ganancias y pérdidas culturales sentidas por el grupo y que básicamente descansan en la inicial desarticulación de su comunidad al llegar a un escenario que ellos llaman “caótico” en función de su magnitud que da paso al anonimato inmediato. La gente al referirse a su vida en Ecatepec, suele decir *“aquí usted, no es nadie, sólo un yope más que camina sin rumbo fijo, nadie se detiene a saber quien es o que problemas tiene”*

Como ya lo he señalado, la justificante central para explicar el por qué es que abandonaron su lugar de origen tiene que ver con las condiciones físico-geográficas de Santa María Zoquitlán. Migrar fue la “solución” para hallar mejores condiciones económicas y sociales y aunque en un primer momento su destino fue la capital oaxaqueña, resultó imposible no hacer caso de las noticias que se tenían de todos aquellos avezados que habían tomado camino rumbo a la Ciudad de México y que estaban logrando fincar un mejor escenario de vida.

Llegar a la capital implicó esfuerzos y sacrificios por parte de la familia de los primeros migrantes. Hubo que separarse, juntar cierta cantidad de dinero para hacer frente a los primeros días sin trabajo, adaptarse a la comida, buscar un lugar accesible –económicamente hablando- para vivir y generar incipientes redes comunitarias para hacer de este trance una experiencia menos

complicada, frente a un espacio abrumador por su simple magnitud, en comparación con el lugar de origen.

En un primer momento fueron exclusivamente los varones los que salieron del pueblo y se establecieron en los márgenes de la Ciudad de México con la intención de encontrar un trabajo bien remunerado, pero al paso de los meses y con el obligado desplazamiento hacia las zonas –todavía en ese entonces marginadas de la capital- decidieron traer consigo a sus mujeres e hijos para lograr cierta estabilidad emocional, en función de volver a estar todos juntos otra vez y de participar en esta lucha común por un mejor status económico. Así inicio la participación de las mujeres y los niños, que inmediatamente a su llegada empezaron a colaborar en el gasto a través de la venta de comida típica de la región en los paraderos de taxis y combis colectivos.

De esta manera hacia los años ochenta, la gente seguía saliendo de Zoquitlán pero ya no en plan solitario sino con toda la familia, estableciéndose en un primer momento en las viviendas de aquellos primeros migrantes. Don Nicolás Maldonado y Don Carlos Garnica fueron de los primeros en establecerse en tierra mexiquense y recuerdan con precisión que en sus casas llegaron a habitar hasta 16 persona al mismo tiempo y todos buscaron fortalecer la noción de ayuda mutua para encontrar trabajo y vivienda, lo que dio paso a la conformación de la asociación de migrantes a la que ya se ha hecho referencia en el primer capítulo.

El transitar del espacio rural hacia el espacio urbano trae consigo problemáticas complejas en cuanto a la percepción del espacio y del tiempo. La noción de la vida comunitaria se fragmenta en un espacio donde la prioridad es sobrevivir. Me decían los zoquitecos “aquí el tiempo se te escurre”. Por otro lado, el contacto con la ciudad trajo para la comunidad zoquiteca hechos trágicos como las muertes sucesivas de muchos de los paisanos en el año de 1985, quienes fueron

atropellados en las avenidas centrales del municipio por la poca familiaridad con el efervescente ritmo citadino.

Este hecho posee una relevancia crucial porque expuso a los zoquitecos frente a los otros al no saber cómo resolver los trámites de defunción y traslado de las víctimas. Así se dio el primer contacto cara a cara con los *otros*. Fue necesario recurrir a los vecinos del barrio, -provenientes en su mayoría de los estados de Morelos y Puebla- para poder solucionar administrativa y legalmente estos conflictos emergentes. Pasado este trance, surgió el proyecto de constituir una asociación exclusivamente de zoquitecos que velara económicamente la seguridad social de los migrantes.

En un primer momento este fue el principal objetivo de coerción. Sin embargo muchos de los primeros fundadores señalan que detrás de esta idea también estaba como prioridad reivindicar su posición como un grupo “civilizado” que era capaz de solucionar sus problemas de una mejor manera. Recuerdan que fue penoso pedir ayuda a la gente de Morelos y que éstos los veían como unos “indios” que no entendían nada de la vida urbana; es este quizá el momento clave que da paso al cuestionamiento de pertenencia y confrontación étnica. A partir de este hecho se reivindicaron y recrearon muchas de las virtudes comunitarias como son las fiestas, la comida y la ayuda mutua, viniendo de la mano la reinención de una historia común dotada de cierto “misticismo” indígena, que en el lugar de origen no tiene cabida ni sentido, pero en el nuevo espacio de residencia esta noción cobra un peso relevante.

Después de fundada la asociación, poco a poco se fue consolidando con la permanente llegada de más gente del pueblo. La migración de los zoquitecos hacia Ecatepec se hizo evidente y todos empezaron a establecerse directamente en los alrededores de donde se estableció el inmueble de AZORECMAM (Asociación de Zoquitecos Residentes en la Ciudad de México y Área Metropolitana) La actual Colonia de San Agustín fue prácticamente

construida y poblada por gente zoquiteca, aunque debe señalarse que gente proveniente de San Carlos Yautepec y Totolapa fueron también acogidas dentro de este espacio y se les hizo partícipes de los beneficios que el grupo ofrecía en tanto que colaboraran con su cuota respectiva, lo que permitió que también ellos tuvieran cabida en dicha colonia.

El actual panorama del espacio que ocupan los zoquitecos migrantes se torna un tanto más complejo. Más allá de la infraestructura común de los espacios habitacionales conurbados que suelen ser obras a medio terminar, han quedado establecidos en el medio de dos colonias importantes, la de Jardines de Casa Nueva, poblada en su mayoría por gente proveniente del Estado de Morelos y la 1ª Azteca donde se establecieron comunidades poblanas, veracruzanas y guerrerenses. En dichas colonias existen templos católicos que permiten la convergencia de las múltiples comunidades en algún momento del año; sin embargo en San Agustín no hay un espacio intermedio que de paso a la articulación con los *otros* dentro de un lugar relativamente imparcial, como suelen ser los templos religiosos.

Es el inmueble de AZORECMAM el que ha cubierto esta carencia y al ser reconocido por los agentes externos como un lugar en el que exclusivamente tienen participación activa los que tienen “sangre zoquiteca”, se ha convertido en un importante marcador de frontera. La “otra” población migrante suele decir que ahí sólo los “oaxacos” se entienden por sus fiestas y costumbres. Les resulta “curiosa” su comida, su música, su forma de bailar y de organizarse y en esta observación detallada que específicamente la gente de Morelos y Puebla suele hacer, no dejan nunca de reconocer la capacidad zoquiteca para “organizarse y conservar sus tradiciones”.

En el radio inmediato del inmueble de AZORECMAM viven los zoquitecos – mexiquenses, que hoy se hacen cargo de carnicerías, tortillerías, papelerías, y misceláneas, que son atendidas en su mayoría por las mujeres y los ancianos

de la comunidad, ya que los hijos y nietos estudian o trabajan todo el día y no se hacen presentes hasta la noche. Suelen decir que bien ha valido la pena el sacrificio al ver a sus hijos profesionistas y a los nietos en ese mismo camino que pondrá en alto el orgullo zoquiteco, sobre todo porque pese a sus nuevos conocimientos están ciertos del rico pasado que tienen tras de sí.

De ello se ha encargado la asociación al hacerlos participar del sistema de cargos desde adolescentes, al enseñarles su historia, al promover el tequio como base del avance común (tanto en Zoquitlán como en Ecatepec) y al inculcar la fe católica como la única vía posible de salvación, que se manifiesta en los suntuosos altares que se distinguen al interior de las viviendas de todos los zoquitecos migrantes. Suele ser constante la presencia de tres imágenes religiosas claves: la Virgen de Guadalupe, la Virgen de la Soledad y la Virgen de la Natividad. Es curioso, pero muchos de los jóvenes y niños no han ido aún al pueblo, pero tienen una idea muy clara de cómo es y pueden hablar con precisión de gente y lugares que no conocen.

Esto es sólo una parte del itinerario zoquiteco en su trayecto hacia el Estado de México. Hablaré con más detalle de ciertos aspectos en el último capítulo, pero no puedo omitir en este momento la situación permanente de discriminación que han enfrentado durante todos estos años los zoquitecos en Ecatepec. De hecho, por muchos esta situación es considerada como el motor actual de AZORECMAM, porque finalmente han accedido a la seguridad social pública y muchos de los hijos ya profesionistas tienen mejores empleos y sueldos que el de sus padres, pero todo ello no les ha salvado de seguir siendo “los oaxacos”, mote que suelen utilizar sus vecinos provenientes de los estados de Morelos y Puebla para referirse a ellos. Así que día a día por diferentes vías buscan reivindicar su filiación de origen y es justamente a partir de esas acciones sociales identificadas, que es posible dar paso al análisis teórico y etnográfico de la situación descrita hasta el momento.

CAPÍTULO III

CULTURA E IDENTIDAD: ENTRE EL CONTEXTO Y LA ACCIÓN

INTRODUCCIÓN

La valía del análisis antropológico reside en transitar del ejercicio etnográfico hacia el análisis teórico de los datos. Ubicados los contextos de origen y destino donde la vida de los zoquitecos se ha desarrollado, es posible ubicar y conocer al cuerpo teórico que permite la comprensión de los significados múltiples que se esconden detrás de cada acción y discurso que se manifiestan en la vida pública y que ante todo buscan comunicar algo.

Las concepciones simbólicas y descriptivas de la cultura, dan respuesta a las preguntas planteadas dentro de esta investigación. Es posible identificar rasgos distintivos cuantitativamente y por otro, entrar en el terreno de las significaciones que se ubican en el ámbito de lo cualitativo. A decir verdad las dos concepciones son más complementarias que opuestas y el énfasis que de alguna de ellas se haga es decisión exclusiva del que escribe en función del caso de estudio.

La cultura junto con la identidad son dos campos significativos que acotan de una manera ordenada lo contenido dentro de las acciones de los individuos y sus comunidades. Ambos conceptos son parte medular de la reflexión antropológica y variados son los caminos teóricos. La vía elegida para explicar el caso zoquiteco descansa en el concepto estructural de la cultura (Thompson;2002), en el sentido de ubicar a las formas simbólicas dentro de un contexto social e históricamente constituido. Y en cuanto a la identidad recupero la propuesta de Barth, Cardoso de Oliveira y Giménez –principalmente- con la intención de reconocer el papel que

juega la interacción social en la construcción de la identidad y particularmente de la identidad étnica.

La elección de estos modelos responde al énfasis que hacen alrededor del contexto en el que tienen origen las formas simbólicas, viendo a éste no sólo como el lugar donde se generan dichas formas sino también como un elemento constitutivo de las mismas y por otra parte, me permiten reconocer que todo el complejo simbólico del grupo se vuelve trascendente al momento en que diversos sujetos sociales interactúan bajo diferentes situaciones públicas.

La cultura, entendida como formas simbólicas, representa algo, pero esta representación se ubica en un contexto, posee significados divergentes y conflictivos y la mayoría de las veces carga consigo huellas del pasado. Diría Thompson (2002:216) que “una frase simple, enunciada por una persona a otra en el curso de la interacción cotidiana, se inserta en un contexto social y puede llevar las huellas – en términos del acento, la entonación, el modo de dirigir la palabra, la elección de la palabra, el estilo, la expresión, de las relaciones sociales características de tal contexto”.

El poder definir lo que se es y no, como grupo o comunidad, implica operaciones permanentes de selección. Diría que es un eterno proceso creativo que mantiene constantes y variables; por tanto la cultura al igual que la identidad se han posicionado como los conceptos centrales que permiten comprender la lógica de este complejo proceso.

3.1. Cultura. El paradigma de la antropología

Los humanos no pensamos ni construimos de manera aislada los límites de nuestra pertenencia y acción sociocultural. Desde que nacemos participamos de un largo proceso de socialización a través del cual aprehendemos los conceptos

y categorías que nos permitirán marcar las fronteras de pertenencia y exclusión en cuanto a género, clase, familia, grupo étnico y edad -por citar sólo algunos-. Durante este camino se forja la personalidad social, sostenida por una carga de valores subjetivos e inconscientes que operan en la vida cotidiana y por tanto la mayoría de las veces se convierten en poco reflexivos e inasequibles.

En este marco, resulta viable la comprensión y el uso de los conceptos de identidad y cultura, que teniendo sus bases en la antropología y la sociología han procurado dar cuenta de las acciones humanas primordiales y la transición de las mismas hacia la esfera social y pública. La cultura constituye el canal central de comunicación entre el hombre y la sociedad y la identidad implica el conocimiento y manejo de la cultura para poder delimitar lo que se es.

Referirse a estos términos implica el recuento con algunos de los principios clásicos y la relectura de los mismos a la luz de las propuestas teórico-metodológicas de la antropología moderna.

La cultura, es el punto nodal del quehacer antropológico, desde el “todo complejo...” de Tylor hasta las versiones renovadas de ser ésta un molde mental colectivo, según A. Kupper. Es siempre enriquecedor mirar los puntos de partida, para así establecer la posición personal del observador, sin perder de vista que la importancia del concepto cultura, descansa en que “es esta construcción abstracta, la única forma que conocemos de hablar sobre las diferencias existentes entre las gentes del mundo, diferencias que persisten, desafiando los procesos de homogeneización” (Kupper; 2001: 247)

En torno a los significados múltiples del concepto cultura, hay un sin fin de convergencias y divergencias; aunque resulta siempre útil remitirse a las primeras para poder cimentar de la mejor forma toda investigación social. Un buen principio es reconocer a la cultura como concepto –una abstracción- y no así una realidad concreta y tangible. Esta abstracción se sostiene a través del ejercicio

permanente de operaciones mentales y comunicativas, mismas que constituyen un entramado de ideas que dan un lugar en el mundo a los individuos y sus respectivas comunidades.

Al hablar de cultura, difícil es omitir que lo que de ella se diga responde a posiciones teóricas particulares; aunque parece haber coincidencia en cuanto a que ésta pertenece al orden simbólico de la vida humana. A partir de este principio es que se diversifican las formas de abordarle y concatenarle con otros conceptos tales como sociedad, identidad, organización social y estructura. Gilberto Giménez (1986:53) señala que “si la cultura se reduce a procesos y estructuras de significado socialmente establecidos, todo análisis cultural tendrá que ser en primera instancia, un análisis interpretativo que descifra”. Es necesario puntualizar que existe una relación estrecha entre la estructura social y la estructura simbólica, pero ambas constituyen dos niveles diferentes de análisis¹.

Ahora bien, es verdad que por muchos años y bajo la influencia evolucionista y culturalista, a finales del siglo XIX y principios del XX, se consideró viable el “inventariar” a la cultura, para así reconocer diferencias observables a partir de la identificación de rasgos materiales específicos. Esta acción hoy constituye sólo un principio pero no así el fin único del trabajo de campo, cuando lo que se pretende es trascender más allá de lo objetivado².

¹ Según Parsons –citado por Kupper- (2001:65) la cultura es una guía de conducta para introducirse en el campo de la acción social. A partir de esta afirmación se pregunta cómo aislarla y estudiarla, para después trascender a la conexión de ésta con procesos sociales más amplios. Atender y comprender esta transición no es tarea fácil, pero procurando un trabajo acucioso en campo, es posible trazar ciertas directrices que otorguen respuestas satisfactorias

² En este ámbito de discusión remitirse a Lévi- Strauss y Geertz es importante, al ser quienes en diferentes momentos revalorizan los contenidos significativos en las acciones de los grupos humanos. Es decir vuelven la vista hacia los significados imbricados dentro de

Hablar de la concepción simbólica de la cultura implica remitirse a Kroeber, Levi-Strauss, Parsons y Geertz, -principalmente-, quienes retomando principios venidos de la lingüística y la semiótica sientan las bases de un concepto renovado³. Desde las corrientes estructuralistas e interpretativas se sugieren nuevas propuestas reflexivas en torno al concepto de la cultura, con un énfasis claro hacia el universo simbólico⁴

Todos estos enfoques teóricos nacidos a mediados del siglo XX han posibilitado el surgimiento de nuevas lecturas en torno al concepto cultura. Indudablemente hay posiciones que han logrado articular tanto a lo objetivado como a lo subjetivado. En este sentido la propuesta de John B. Thompson –el concepto estructural de la cultura- es útil para cubrir los objetivos del presente análisis, al sintetizar de buena forma la relación clara que existe entre las formas simbólicas y el contexto en el que dichas formas surgen y se manifiestan. Es imprescindible transitar de lo simbólico hacia lo contextual.

3.1.1 La concepción estructural de la cultura

“En el enfoque simbólico, la cultura es el patrón de significados incorporados a las formas simbólicas – entre las que se incluyen acciones, enunciados y objetos significativos de diversos tipos- en virtud de los cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias” (Thompson; 2002: 197), pero es de igual forma importante reconocer que los fenómenos

las relaciones sociales, lo que implica reconocer dentro de las múltiples formas simbólicas, procesos complejos de valoración, evaluación y conflicto.

³ En el artículo publicado en 1958, “The Concepts of culture and of Social System” Kroeber y Parsons ofrecen una definición sugerente diciendo que la cultura se refiere a contenidos y patrones de valores, ideas y otros sistemas significativamente simbólicos creados y transmitidos en tanto que factores modeladores de la conducta humana y de los artefactos producidos mediante la conducta (1958: 583)

⁴Levi - Strauss insistió en el hecho de que la cultura pertenece al orden simbólico y es desde ahí que debe ser analizada. En versiones más recientes, Clifford Geertz en “La interpretación de las culturas” considera que “la cultura es un sistema ordenado de significados y símbolos en cuyos términos los individuos definen su mundo; expresan sentimientos y emiten juicios” (2001:26)

culturales están también insertos en relaciones de poder y de conflicto. “Los enunciados y las acciones cotidianas, así como los fenómenos más elaborados como los rituales, los festivales o las obras de arte, son producidos o actuados siempre en circunstancias sociohistóricas particulares, por individuos específicos que aprovechan ciertos recursos y que poseen distintos niveles de poder y autoridad” (Thompson; 2002: 201)

Es cierto que las formas simbólicas dependen de su estructura interna pero también del contexto y de las instituciones que las generan y las mediatizan. Esto implica reconocer que: una consecuencia de la inserción contextual de las formas simbólicas es que con frecuencia son objeto de complejos procesos de evaluación y conflicto. Las formas simbólicas son valoradas y evaluadas, aprobadas y refutadas constantemente por los individuos que las producen y reciben.

Bajo esta concepción, es posible enfatizar de una manera equilibrada tanto en el carácter simbólico de los fenómenos culturales como en el contexto en el que se generan y se comunican. De forma efectiva son los símbolos los elementos constitutivos de la vida social, pero tales símbolos deben ser vistos y analizados más allá de su propio contenido, es decir, en un contexto amplio considerando que no son entidades autónomas ni ajenas a lo que en el entorno ocurre.

Gilberto Giménez afirma “la cultura no es una superficie lisa, sin fracturas ni desniveles de clase” (1986: 26); es necesario reconocer que la cultura se encuentra inserta en una estructura más amplia, que obliga al analista a tomar en cuenta su contextualización social⁵.

Con tal lógica he definido el rumbo de la investigación. En función de las preguntas que busco responder, resulta difícil comprender a la cultura de los

⁵ Es quizá este pequeño detalle el que escapó a muchos de los primeros pensadores influenciados por la escuela estructuralista francesa.

zoquitecos si se pierde de vista el contexto en el que ésta ha cobrado forma y ha adquirido un peso significativo para hacer frente a la vida dentro de un nuevo espacio de residencia. Es mi intención equilibrar los significados junto con los contextos de transmisión, dado que cuando uno observa a los zoquitecos en el pueblo de origen, su cultura cobra matices notablemente diferentes en relación a lo que sucede en el nuevo espacio de residencia. Un ejemplo central para sostener dicha afirmación es lo referido a su filiación étnica: en Zoquitlán se asumen como descendientes de españoles, en tanto que en Ecatepec, se autoreconocen como un grupo étnico muy particular que levanta la bandera zapoteca y en algún momento la “mestiza”.

Por ello, hacer referencia al contexto, implica “reconocer tiempos y espacios diversos que en cierta medida determinan relaciones asimétricas de poder, un acceso diferencial a los recursos y oportunidades y mecanismos institucionalizados” (Thompson; 2002: 203). En otro sentido, hablar de las formas simbólicas lleva también implícito el reconocimiento de sus características esenciales, que según Thompson (2002: 208) son las siguientes:

Ante todo son *intencionales*, alguien busca expresar algo para situarse de una forma particular, por otra parte son *convencionales*, implican típicamente la aplicación de reglas, códigos o convenciones de diversos tipos, poseen también una propiedad *estructural*, todos sus elementos guardan entre si determinadas relaciones de una forma ordenada y articulada. Una característica más, es que son *referenciales*, es decir representan y dicen comúnmente algo y finalmente son *contextuales*, se insertan siempre en un terreno sociohistórico específico en los cuales y por medio de los cuales se producen y se reciben.

Sumando las características del contexto y de las formas simbólicas, podemos hacer uso del concepto estructural de la cultura y trasladarlo al análisis de los datos empíricos obtenidos con la comunidad de migrantes zoquitecos. Detrás de

los rasgos culturales identificados en el grupo a lo largo de la labor etnográfica, se esconden multiplicidad de significados. Así pues, en Zoquitlán, portar un sombrero inclinado hacia el lado derecho, es un rasgo observable que significa marcar un criterio de distintividad para con los demás grupos que rodean a la comunidad de origen.

Es interesante que muchas de las formas simbólicas generadas en un contexto de origen suelen trasladarse y transformarse en el nuevo espacio de residencia, para marcar límites de exclusión y pertenencia, en función de una nueva situación de contacto. Así que cuando insisto en la importancia del contexto, no quiero hacer referencia exclusiva al lugar donde ocurre la acción, sino enfatizar en que este contexto es también un elemento constitutivo de las formas simbólicas.

Esta lógica es indispensable para entender los procesos de cognición y acción que se manifiestan al momento en que los individuos interactúan con los otros, y que finalmente dan paso a la noción de identidad, que constituye el segundo eje de esta reflexión y que mucho tiene que ver con el ámbito de lo social. En este sentido es importante establecer que los órdenes de creación y estructuración social de lo simbólico se dan juntos, por tanto difícil es remitirse a estos dos de forma separada y el insistir en el uso del concepto cultura, responde a que “ésta es una dimensión de la sociedad por la cual se expresa o muestra a sí misma en forma de rasgos distintivos” (Giménez; 1986: 51).

La cultura se expresa de diversas maneras, en artefactos, en el vestido, en la lengua, en la comida, en los discursos y las fiestas, lo que confirma la relación dialéctica existente entre la estructura social y la cultura, ambas son piezas claves en la constitución del todo. Por tanto cuando el propósito de cualquier investigación es estudiar a la cultura, queda claro el hecho de que lo pertinente en una primera instancia es descifrar los mensajes diversos contenidos en cada acción u objeto público, y posteriormente, es preciso reconocer el lugar que ocupa ese objeto o acción.

Gilberto Giménez (2000:28) considera que “la cultura específica de una colectividad implica una síntesis original de tres dimensiones: a) un modo de comunicación b) un modo de conocimiento c) una visión del mundo. Esta síntesis delimita la capacidad creadora e innovadora de la colectividad, su facultad de adaptación y su voluntad de intervenir sobre sí misma y su entorno”.

3.2 Transitando de la cultura hacia la identidad

La cultura opera a través de los actores sociales (portadores) y demuestra su eficacia en la identidad. Giménez (2000:45) reconoce que “en cuanto dimensión subjetiva de los actores sociales, la identidad no es más que el lado subjetivo de la cultura, resultante, como queda dicho, de la interiorización distintiva de símbolos, valores y normas”.

Así que la identidad es una operación posible en tanto que los individuos compartan el mismo código cultural. Asumirse como parte de un grupo o una comunidad implica el conocimiento pleno del complejo simbólico cultural. Tal como lo considera Gilberto Giménez:

... los procesos simbólicos así dinamizados se hallan sujetos a una lógica de distinciones, oposiciones y diferencias, uno de cuyos mayores efectos es la constitución de identidades y alteridades (u otredades) sociales. Se trata de una consecuencia normal de la definición de la cultura como hecho de significación o de sentido que se basa siempre, como sabemos desde Saussure, en el valor diferencial de los signos (1986: 41)

La identidad es una dimensión subjetiva de la vida social por su carácter contrastivo y distintivo. Los zoquitecos sólo en situaciones de fricción o contacto con otros grupos suelen cuestionarse abiertamente el por qué se afilian o no a determinada comunidad. En estricto y apeándonos a cánones un tanto ortodoxos y clásicos, el ejercicio riguroso de esta reflexión correspondería a los científicos

sociales y son ellos los que proponen los modelos explicativos en cuanto a las nociones de pertenencia y exclusión.

Por las características del quehacer antropológico, es pertinente señalar que esta investigación no pretende ahondar ni discernir en torno a los niveles individuales del proceso identitario. Tomando en cuenta que para la antropología la prioridad es el contacto directo con grupos humanos, llámense comunidades o sociedades. Asumo que la identidad es ante todo un fenómeno que oscila dentro de niveles individuales tanto como grupales y sólo cobra sentido a partir de la confrontación con los otros, sea directa o indirectamente. Es de enfatizar el que los individuos son conscientes de su particularidad sólo a través de los procesos de interacción y comunicación social. De ahí la necesidad de partir de una lógica interaccionista, considerando que es la que permite con mayor fluidez incluir en la fase explicativa los eventos que se entrecruzan dentro de todo fenómeno identitario. Como lo señala Bartolomé (1994: 207), “las identidades sociales reflejan la dialéctica interacción entre el individuo y la sociedad de la que forman parte”.

Dentro de la multiplicidad de conceptos que buscan definir a la identidad, retomo el propuesto por Gilberto Giménez (1986:41) dado que en su planteamiento consigue referirse tanto a la participación individual como colectiva:

...ésta [*la identidad*] es una percepción colectiva de un “nosotros” relativamente homogéneo (in-group) por oposición a “los otros” (out-group), en función del reconocimiento de caracteres, marcas y rasgos compartidos (que funcionan también como signos o emblemas), así como de una memoria colectiva común.

Se debe reconocer que la identidad posee tal grado de ambigüedad que “no es sintetizable a partir de una sola de las estructuras que intervienen en su conformación” (Bartolomé; 1988:151), por lo cual resulta imprescindible el marco

de los otros y de la cultura como medio de comunicación. La cultura cumple una función diferenciadora, dota a la persona de una identidad y construye el puente que comunica al hombre con los demás.

En este sentido, Giménez (2000;54) asienta que “la identidad es el conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos), a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás en una situación determinada, todo ello dentro de un espacio históricamente específico y socialmente estructurado.

Las categorías que como individuos vamos adquiriendo a lo largo de nuestra trayectoria social, son una serie de expresiones verbales o no, que descansan en un conjunto de representaciones asumidas como formas de conocimiento socialmente compartidas, mismas que como concepto tienen su antecedente inmediato en lo enunciado por Durkheim como “construcciones sociocognitivas” (1968: 22-23). Éstas constituyen comúnmente el núcleo de las agrupaciones humanas y resaltan por su carácter inconsciente al ser producto de una combinación de factores múltiples a través de los cuales resulta complejo reconocer a un autor único. Parafraseando a Durkheim podemos decir que estas representaciones son producto de una multitud de espíritus que mezclaron sus ideas y sentimientos.

Considerar a estas representaciones como sintetizadoras y delimitadoras de un universo social determinado, implica reconocer que trascienden la mera noción individual. Por lo que coincido en el señalamiento de Cardoso de Oliveira (1992:52) al decir que estas expresan una realidad más elevada, a saber, la de la propia sociedad. “Es una realidad de “orden intelectual y moral”, un “ser social”, irreductible –en su totalidad- a las conciencias individuales que, a su vez, en su práctica cotidiana, no podrían aprehenderla sino de manera fragmentaria”.

Estas representaciones, por principio, tienen sustento en una serie de valoraciones subjetivas, lo que no implica asumir que por esta dotación “natural”

de subjetividad, sea imposible acceder a su núcleo e identificar la serie de fenómenos estructurales que paralelamente las atraviesan, tales como eventos históricos, económicos y geográficos.

Las representaciones sociales son identificables a través del discurso, los valores, las imágenes o las conductas, por tanto las representaciones colectivas aparecen como eventos observables. Atendiendo al señalamiento de Bartolomé (1997:45), “éstas subyacen a los eventos en la medida en que constituyen contenidos de conciencia comunes a los protagonistas de los mismos, desempeñándose así como categorías de entendimiento de la realidad susceptibles de ser identificadas”.

Antes de dar un paso más en torno al concepto de identidad que aquí utilizo con la intención de engarzarse con lo étnico, es necesario señalar que existen multiplicidad de identidades colectivas y que cada una posee sus propias particularidades. Sin embargo bajo una perspectiva personal, considero que la identidad étnica es hoy día la que cobra mayor relevancia en función del auge migratorio internacional, que más que llevarnos a un estado homogéneo nos manifiesta la reavivación clara de las particularidades étnicas. George de Vos (1995: 16) establece:

Today, however, ethnicity has become an important issue in modern states because of the ethnic interpenetration that has resulted from increasing social mobility (related to individual achievement) and from increasing geographic mobility (due to shifting labor markets).

Previo a referirme al campo étnico es posible dejar por sentado ciertas generalidades alrededor de toda pertenencia y representación social. Giménez (2000:59) considera que toda representación social se conforma de cinco elementos claves, que son identificables y que permiten el correcto abordaje de esta temática:

- a) Una tradición archivada en la memoria colectiva, que remite a una línea de ancestros comunes.
- b) La reivindicación permanente de sus territorios ancestrales como lugares de anclaje, memoria colectiva, contenedores de su cultura y referente simbólico de su identidad social,
- c) La valoración del lenguaje, dialecto o sociolecto no sólo como medio de comunicación intragrupal, sino como archivo vivo de su visión del mundo y símbolo distintivo de su identidad cultural,
- d) La valoración del sistema de parentesco como fundamento primordial de su pertenencia grupal
- e) Un complejo religioso-ritual que actualiza, reafirma y renueva la identidad del grupo, mediante la dramatización de su visión del mundo, la vida y la muerte.

Así pues, hablar de cualquier identidad social implica la identificación del cuerpo de valores reconocidos y compartidos por el grupo de estudio, mismos que se traducen en prácticas específicas y que se explicitan a través de los componentes a los que ya se ha hecho referencia.

Si la cultura es un nivel de ordenamiento de la realidad, un discurso coherente construido en un espacio y tiempo determinado y promovido por el grupo social de filiación para eliminar las contradicciones del sistema social, es posible afirmar que es la cultura la encargada de preservar la identidad. “Sin cultura no hay identidad, dado que la identidad de las personas implica una distinguibilidad cualitativa (y no sólo numérica) que se revela, se afirma y se reconoce en los contextos pertinentes de interacción y comunicación social” (Giménez; 1997:12)

Partiendo de la lógica: conocimiento = acción, el proceso cognitivo constituye un primer nivel de análisis, en tanto que el comportamiento público (acción) constituye la parte complementaria. Estos dos niveles conforman una unidad y permiten comprender el curso de la vida social de los individuos, sin perder de

vista que no forzosamente existe una correspondencia exacta entre lo que se piensa y lo que se hace, -resulta humano la presencia de contradicciones-. Pero es claro que la cultura es el principio ordenador que permite el tránsito hacia la identidad y dentro de esta relación dialéctica es importante dejar por sentado que la identidad, es parte de una esfera analítica más amplia, así que omitir el principio cultural conllevaría a la construcción de un objeto irreal que como bien señala Cardoso de Oliveira, parecería que flota en el aire. Por tanto, asumir una perspectiva esencialista y ahistórica que reduzca a la identidad como evento aislado, implica en este caso, un intento fallido de reflexión.

Por las características que posee la comunidad zoquiteca, la teoría de las identidades sociales me permite acceder a las nociones generales en las que se sustenta la noción de pertenencia y de igual manera, en un segundo momento acercarme a las especificidades de la identidad étnica, la cual es sólo una de las múltiples identidades que un individuo y una comunidad manifiestan.

Asumo el principio general que concibe a la identidad como una distintividad cualitativa socialmente situada. Esta distintividad persiste a través de las formas simbólicas que son comunicadas y a partir de los procesos de interacción y comunicación es que la identidad cobra vida como hecho empírico, es decir se vuelve observable.

Haciendo un seguimiento puntual de lo que la gente dice y hace se pueden reconocer tres principios sobre los que descansa la identidad: “la existencia de una red de pertenencias sociales, un sistema de atributos distintivos y una biografía personal que se dinamiza a partir de la memoria colectiva” (Giménez; 1997:13). Bien es cierto que estos principios enfatizan en el aspecto organizacional y por muchos este aspecto es el que propiamente define la identidad de los grupos, baste remitirse al clásico libro de Frederick Barth (1976) para identificar el peso que se le ha dado a la organización social en la consolidación de los grupos identitarios. Sin embargo considero necesario sumar a

todos ellos la cuestión cultural, entendida no en el sentido boasiano como la suma llana de rasgos culturales, sino como una red de entramados complejos que posee un contenido simbólico. Giménez (1997:14) señala “nos referimos a las formas internalizadas de la cultura expresadas por los agentes sociales. Por tanto es viable reconocer que la identidad se halla entrecruzada por aspectos de la teoría de los actores sociales y la teoría de la cultura”

Resulta cierto que cualquier tipo de identidad, busca manifestar la diferencia. En esta medida es vital reconocer las vías principales por las cuales se expone la diferenciación. Toda identidad pretende apoyarse en una serie de criterios, marcas o rasgos distintivos que permiten afirmar la diferencia y acentuar los contrastes. Giménez (1986:41) considera que los rasgos más decisivos son “aquellos que se vinculan de algún modo con la problemática de los orígenes (mito fundador, lazos de sangre, antepasados comunes, gestas libertarias, madre patria, suelo natal, tradición o pasado común)”.

La permanente tendencia humana a manifestar sus diferencias constituye un acto comunicativo, pues según Bartolomé (1997:48) “las formas culturales compartidas tales como la lengua, la historia o la religión, pero también un detalle en la indumentaria, la preferencia por ciertos alimentos, e incluso los modismos de un habla regional, se manifiestan como vasos comunicantes que vinculan individuos y reúnen colectividades a partir de sus contenidos emotivos”.

En este sentido es que sumamos a la discusión el concepto de representaciones sociales, dado que éstas son las que exponen las formas que caracterizan a un grupo y lo definen, a partir de compartir el mismo complejo simbólico – cultural. En esta dinámica es pertinente agregar que lo que consolida a dichas representaciones es el auto y el heteroreconocimiento. Como lo manifiesta Cardoso de Oliveira (1992:55) “las identidades sólo son inteligibles cuando se relacionan entre sí, en contraste, como identidades complementarias”, quedando de manifiesto que los aspectos de carácter estructural son un componente

esencial en cuanto a la presencia y permanencia de las identidades sociales. Es decir, ésta no es ajena ni inmune a los acontecimientos históricos, geográficos, económicos, políticos y de contacto y confrontación.

3.2.1 Identidad étnica: un tipo de identidad colectiva

La identidad étnica es tan sólo un tipo de las múltiples identidades colectivas en las que el individuo participa. La característica central que le define como concepto es que se sostiene en función de la identidad cultural.

Hablar de identidad étnica, etnia, grupo étnico o etnicidad es complicado al ser términos polisémicos, que transitan entre el discurso académico y el discurso político. Hoy se sugiere la distinción entre identidad originaria e identidad étnica (Cftr. Pérez, González), siendo la primera la que propiamente define a una comunidad y la segunda la definición del grupo a partir de entidades políticas más amplias como el municipio, la región o el Estado.

Sin omitir esta diferenciación, en el trabajo me referiré a la propuesta de Maya Lorena Pérez (2002:59) que reconoce a la identidad étnica como “una dimensión de las identidades sociales y como concepto aplicable a cualquier conglomerado humano, siempre y cuando se defina por su identidad cultural y participe de una dinámica de grupo subordinado (sea mayoría o minoría) en función de un grupo cultural dominante”. Es decir, la identidad étnica es una construcción social que adquiere un pueblo en la interacción con otros grupos dominantes.

La dimensión étnica implica conflictos, confrontación y negociación y se expresa en ámbitos locales, municipales, regionales y nacionales. La circunstancia central que permite la manifestación pública de la identidad grupal es el movimiento socio – espacial, el pasar de un lugar a otro incrementa el sentimiento de diferencia. Bajo un contexto de confrontación es que la cultura, la identidad y las representaciones sociales se ejercen y se consolidan, por medio de mecanismos

varios, como la recreación del territorio de origen y de las redes de sociabilidad, por citar sólo algunos.

De los diversos tipos de identidad, la dimensión étnica es quizá la más visible y merece observarse desde ángulos diversos sabiendo que hoy día el reavivamiento de los particularismos étnicos marca el ritmo de este mundo “global”. La filiación étnica es uno de los criterios básicos de distinguibilidad social y se torna como una discusión actual ante la constante movilidad espacial de los grupos humanos, que pese a las grandes distancias geográficas que les separa de su lugar de origen redefinen o reinventan su historia y enfatizan discursos y prácticas alrededor de su particularidad. Es posible afirmar que la identidad étnica constituye uno de los principios básicos de integración social junto con el género, la familia y la comunidad.

Las categorías étnicas son sólo una forma de la identidad. Como reflexiona Guillermo de la Peña (1992:121) “la cuestión es reconocer en qué condiciones la categorización étnica se vuelve más relevante que otras (vrg. clase, militancia política, afiliación religiosa) para definir alianzas, oposiciones y expectativas de conducta”. Siguiendo esta idea, Liliana Tamagno (1988:59) explica “las categorías étnicas portan contenidos cognitivos, simbólicos y comunicacionales, por lo que el analista debe atender las prácticas sociales y a los significados que acompañan esas prácticas”. Esto se traduce en la identificación de los criterios objetivos (lengua, religión, territorio y organización social) y subjetivos (conciencia individual, internalización de los valores y símbolos y creencias en torno al origen común).

La identidad étnica constituye una entidad analítica ubicada dentro del sistema amplio de relaciones sociales. Es por medio de la identificación étnica que se manifiesta empíricamente la relación que sostiene el individuo con la sociedad. Así que “la identidad étnica puede ser definida como la identidad específica resultante de la trayectoria histórica de un grupo humano, poseedor de un sistema

organizacional, eventualmente lingüístico y cultural diferenciado de otras unidades sociales” (Bartolomé; 1988:145).

Harald Eldheim (1976:71) aduce que “es el *status* étnico el que fundamenta y delimita las relaciones en el sistema público. En este sistema las personas con diferentes identidades interactúan en díadas o conjuntos de papeles rigurosamente definidos y existen “acuerdos” para el intercambio si se alcanzan ciertos objetivos pragmáticos afines”.

Debe considerarse el que la identidad étnica se produce en una relación diádica, en la que coincide la autopercepción como la percepción por otros. Los rasgos étnico-distintivos son manifestados comúnmente dentro de niveles grupales y en una situación de confrontación, por lo cual la pervivencia de un grupo étnico depende de su articulación con otros grupos. En este sentido lo étnico es una unidad independiente respecto al término cultura. Son dos niveles, que en algún momento se complementan pero que no propiamente hacen referencia al mismo objeto. Así pues, se vuelve necesario definir al grupo étnico.

George de Vos (1995:18) expresa respecto al grupo étnico que:

An ethnic group is a self-perceived inclusion of those who hold in common a set of traditions not shared by others with whom they are in contact. Such traditions typically include “folk” religious beliefs and practices, language, a sense of historical continuity, and common ancestry or place of origin.

Con esta idea, acercarse al núcleo en el que se gesta la identidad de origen de un grupo, implica desechar la idea de que existe una esencia única que le da forma. Es la noción de proceso social la que permite en alguna medida ubicar dónde y por qué nace una trinchera étnica. Cardoso de Oliveira (1992:60) considera que “independientemente del uso de uno u otro modelo, la verdad es que las representaciones colectivas, las ideologías o las identidades étnicas, solamente

serán comprensibles a condición de ser referidas al sistema de relaciones sociales que les dieron origen. En esto, tal vez, se halle la peculiaridad del concepto antropológico de identidad”.

Dos de las preguntas centrales que han dado origen a este trabajo, residen en cuestionar si es posible considerar a los zoquitecos como grupo étnico y de ser esto afirmativo, ¿cuáles son los procesos que intervienen al interior del grupo de migrantes zoquitecos residentes en Ecatepec para lograr generar y conservar límites étnicos dentro y fuera del lugar de origen y residencia pese a la movilidad espacial? Responder en un primer momento, que todo ello es posible gracias a la suma de rasgos culturales resulta una idea corta, debido a que en estos tiempos es cada vez más difícil creer que existan grupos únicos y aislados que conserven de forma “pura” una serie de rasgos culturales observables que los diferencian de los otros. Finalmente todos estamos inmersos en un mundo cada vez más estrecho y la uniformidad en cuanto a formas de vestir, comunicarse y mostrarse públicamente es un tanto clara, por lo cual la intención es involucrarse con lo que hay más allá, es decir con las formas de organización, de autopercepción y de la percepción de los otros.

Ello implica asumir que la acción contrastante es por demás relevante y de hecho considerada como la esencia de la identidad étnica, al ser el momento en el que se afirma un nosotros frente a los otros. “Cuando un grupo o persona se definen como tales, es que se hallan frente a un contexto de oposición no así de aislamiento” (Cardoso: 1992:23). Identificar la trayectoria por la cual la identidad étnica se va construyendo y persiste implica desechar la idea del aislamiento geográfico ya que la comunicación, la confrontación y el tránsito continuo de personas son el motor que genera y/o reactiva la noción de pertenencia y filiación étnica. De esta manera, diría Margarita Nolasco (1992:75) “la función de la identidad étnica no es solo el diferenciar a un grupo de otro, sino el proporcionar a los individuos un conjunto de elementos que le permitan relacionarse con los demás de ese grupo, con los otros grupos, con el medio, e incluso con lo

desconocido y lo sobrenatural. Todo lo anterior es lo que confiere estabilidad y capacidad de acción al grupo y al individuo”.

Pertenecer a un grupo étnico, implica ser cierto tipo de persona y ante todo poseer un mismo código de comunicación, el cual persiste a través de normas que regulan el comportamiento de los individuos y dan paso a un proceso social de identificación grupal. Volver al principio cultural es prioritario, ya que finalmente la identidad étnica constituye un clasificador que en un primer momento opera dentro de ese nivel. De hecho la identidad étnica es considerada como una categoría cultural, que parte de un principio ordenador. Reforzando lo anterior es oportuno citar a Cardoso (1992:36) con relación a la consideración que hace de las categorías étnicas como componentes de un sistema ideológico, las cuales están cargadas de valor; y los valores son hechos empíricos posibles de ser descubiertos, “pues no son construcciones del analista sino puntos de vista de los propios agentes”.

Dentro de los objetivos específicos que este trabajo se propone cumplir, destacan los referidos a la identificación de las formas en las que la identidad étnica se manifiesta. Dichas formas implican “la aprehensión de sí en situación”, que han generado los grupos, de acuerdo a las variables modalidades históricas y contemporáneas del proceso de las relaciones interétnicas (Bartolomé; 1988: 146).

Hacia el último capítulo se describirán estas formas de delimitación de lo étnico en un tiempo y espacio determinado, sin perder de vista que existen principios ideológicos y culturales, lo que implica que no puede omitirse el que las etnias son también producto de un largo proceso histórico. Rodolfo Stavenhagen (1992:54) señala que:

Los grupos heterogéneos que se distinguen unos de otros por sus características étnicas se fueron formando y adquiriendo identidades

propias como resultado de procesos históricos diversos. Así, algunos tienen un origen muy antiguo y pueden trazar su continuidad desde épocas remotas hasta la actualidad. Otros parecen tener un comienzo más reciente y su proceso de formación aún no ha terminado. Otros más, que alguna vez existieron, han desaparecido, ya sea por extinción física, o por transformaciones socioculturales y políticas que han contribuido a su desaparición.

Por tanto, observar a un grupo étnico determinado implica remitirse a contextos socio-históricos específicos y “observar” al pasado para comprender las acciones presentes y adentrarse un poco a la noción de un futuro, que la mayoría de las veces se imagina ideal.

Tampoco puede obviarse el que las identidades étnicas cobran una vitalidad notoria a partir de un sistema de contrastes. Las relaciones interétnicas son el núcleo mismo dentro del cual se reavivan todas las particularidades sociales y culturales. En palabras de Barth (1976:10) “las distinciones étnicas categoriales implican procesos sociales de exclusión e incorporación por los cuales son conservadas categorías discretas a pesar de los cambios de participación y afiliación en el curso de las historias individuales”. Cardoso (1992:76) en el mismo sentido expone que “los grupos étnicos en contacto continuo y sistemático elaboran las representaciones de sus respectivas situaciones de contacto, dándoles forma de ideologías étnicas. Tales ideologías están fundamentadas sobre conjuntos de “autodefiniciones” o de concepciones de sí en contraste con una concepción o definición de la(s) otra(s) etnias(s) en conjunción”.

3.2.2 El territorio. Elemento constitutivo de la identidad étnica

El territorio es un soporte nodal de carácter simbólico, que como asienta Giménez (2000:26) “se caracteriza por el papel primordial de la vivencia y del marco natural inmediato (pie de montes, valles o colinas) justamente con la posibilidad de

desplazamientos frecuentes, si no cotidianos. Serían a la vez espacios de sociabilidad comunitaria y refugios frente a las agresiones externas de todo tipo” Sin embargo tomando en cuenta la actual dinámica migratoria nacional e internacional, es preciso reconocer que la desterritorialización física no implica la ruptura en términos simbólicos, ya que “éste [*el territorio*] es un espacio de inscripción de la memoria colectiva, como soporte material de la vida comunitaria y referente simbólico de la identidad colectiva (Giménez; 2000: 61)

Es cierto que por mucho tiempo se ha considerado al territorio como el núcleo bajo el cual las identidades étnicas nacen, pero hoy día es imposible considerarlo como único factor explicativo, tomando en cuenta que los movimientos migratorios son cada vez más constantes. De hecho se presume la existencia de comunidades extendidas o comunidades sin límites territoriales (cfr. Oehmichen y Sánchez). El territorio, en este sentido, es sólo un referente que posee ciertas propiedades al ser asumido como la herencia de los antepasados, pero no es en estricto el elemento único que sostiene a las identidades étnicas. Como señala Barth (1976:17) “los grupos étnicos no están basados simple o necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos; necesitamos analizar los diferentes medios por los cuales logran conservarse, pues no es sólo mediante un reclutamiento definitivo, sino en virtud de una expresión y ratificación continuas”.

Es adecuado referirse a un espacio social dentro del cual los individuos se desenvuelven y logran consolidar su propia identidad étnica a través de una organización específica. Otorgo un peso significativo al territorio, “como una entidad moral y cultural que resulta de la apropiación simbólico-expresiva del espacio” (Giménez:2000:51), pero no considero que sea la única vía de acercamiento para la comprensión de la cuestión étnica en los contextos actuales, que en demasía son sobredeterminados por cuestiones estructurales y justamente el evento migratorio obliga a enfatizar sobre otros tantos aspectos, dentro de los cuales indudablemente la organización social, cobra una vital trascendencia.

Pese a esta compleja dislocación de las comunidades con sus espacios de origen, la noción de territorio no deja de ser útil en la reflexión del origen y permanencia de la identidad étnica. Consideremos el señalamiento de Cardoso (1992:69) en cuanto a que:

...para que los grupos étnicos persistan es indispensable un territorio, un *setting* que les asegure la actualización de formas de organización social típicas, esto es, consistentes con las particularidades estructurales del grupo étnico, incluso – o sobre todo – cuando se hallan en proceso de adaptación a la situación interétnica (o en otras palabras, en proceso de articulación étnica)

Con la intención de complementar esta idea, Cristina Oehmichen (2000:55) establece que “a la luz de las migraciones, podemos considerar, además, que una comunidad ya no es solamente un grupo residencial, sino una colectividad cultural basada en un conjunto de relaciones sociales primarias significativas, en virtud de que sus miembros comparten símbolos comunes y tienen como referente de identidad al territorio ancestral o de origen”. Son las relaciones sociales las que cobran una vitalidad relevante en lo que a identidad étnica se refiere.

Siguiendo a George de Vos (1995:19-23) es posible concluir –parcialmente- que los elementos básicos constitutivos de la identidad étnica son: “*racial uniqueness, territoriality, economic bases, religion, aesthetic cultural patterns and language*” No perdiendo de vista que todos estos aspectos logran ser trascendentes en función de la efectividad que manifiesten al momento en que el grupo interactúa en una esfera pública, sea en situaciones de contacto o de fricción.

Si una comunidad logra articular todos estos aspectos de forma efectiva, es posible considerar que la noción de pertenencia étnica es social y simbólicamente exitosa. Aunque ello implique la existencia de una permanente tensa calma al momento de relacionarse con otros grupos. La riqueza de este tipo de situaciones es que genera campos semánticos variados; es justo considerar que tales

significados no son permanentes, no son ahistóricos, no son inmutables, establecen límites y se consolidan a través del contacto.

Es mi intención reconocer el peso del repertorio cultural en la operación étnica. Aunque no puedo omitir que en dicha operación la situación de clase juega un papel importante. Sin embargo, detenerme en este aspecto, implica obedecer a un distinto orden de análisis, así que al respecto me parece pertinente citar a Bartolomé (1994:218) en cuanto a la siguiente consideración: “dicho repertorio [*el cultural*] es usado de manera estratégica frente a las condiciones de desigualdad y de confrontación. Se debe recuperar la dimensión cultural en la caracterización de lo étnico, ya que lo organizacional [*y la situación de clase*] sin un referente cultural puede aparecer sólo como un espacio político, vacío de la alternativa que representa la tradición cultural”.

Llevando estas consideraciones teóricas al caso etnográfico que nos ocupa, reconozco que los zoquitecos han trascendido hacia el campo de lo étnico, poniendo de forma pública y efectiva todo su capital cultural a través de una asociación, que se rige por dos principios claves: el origen común y los lazos de parentesco. Es también cierto que en este proyecto común ha habido discrepancias, sin embargo la fuerza del entramado cultural se ha impuesto por sobre las diferencias y aunque hoy exista una amplia comunidad propiamente mexiquense, no ha habido rupturas significativas que dañen a este sistema cultural y organizacional, finalmente han apostado a marcar límites de pertenencia y exclusión dentro del nuevo espacio de residencia a través del sistema religioso-festivo, la comida, la lengua, el acento y el vestido.

El caso zoquiteco se vuelve trascendente porque las valoraciones culturales oscilan dentro del complejo mundo del mestizaje y la indianización. Es claro que su filiación étnica cambia según el contexto, pero los “yopes⁶” son el alter ego

⁶ Siempre que los zoquitecos quieren referirse a los “otros” recurren a este término. Los yopes son los zapotecos, la gente de Morelos, del Estado de México, de Puebla y los “chilangos”. El objetivo de AZORECMAM sigue siendo pese a todo, marcar un límite con los yopes.

constante que permite la autoadscripción comunitaria y cultural. Tanto Ecatepec como Zoquitlán son escenarios que dan paso a una interacción social amplia con múltiples sujetos sociales y los encuentros y desencuentros con tantos “otros” permiten construir –al menos idealmente- una noción de límite étnico, que opera por medio del complejo simbólico compartido.

3.2.3 Los límites étnicos

Toda vez que se ha reconocido el repertorio cultural que el grupo posee y la situación que lo lleva al contacto con otras comunidades, podemos trascender hacia la identificación de los límites étnicos, que constituyen el núcleo de los grupos humanos. Fabregas Puig (1994:24) establece que:

El límite étnico no está localizado en los márgenes de la cultura de un pueblo y sus formas de organización social, sino que constituye su núcleo, el lugar exacto de su definición como tal. La frontera no está en la orilla sino en el centro. Desde allí se canaliza la organización de la sociedad, el comportamiento complejo de las relaciones sociales.

Por otra parte, Graciela Rodríguez (1988:23) reconoce que “los límites de todo grupo humano se constituyen a partir de lo que denomina “etno-núcleo”, que pone de manifiesto aquellos rasgos diferenciadores que al transmitirse a través de sucesivas generaciones permiten delinear las fronteras étnicas de un grupo, colectividad, etc.” Son los límites étnicos los que hacen persistir a un grupo, que se halla inmerso permanentemente en situaciones de fricción o contacto; diría Barth (1976:18) que “la estructura de interacción es la que permite la persistencia de las diferencias culturales”, así como el establecimiento de límites étnicos culturalmente significativos, que definen y canalizan la vida social del grupo.

A la luz de esta síntesis, busco especificar los aspectos que convergen en la generación de lo que denomino aquí como identidad étnica; que como podemos ver posee una lógica diferente a cualquier otro tipo de identidad social. Es posible

establecer que dos de las principales condiciones para que ésta opere, son la existencia de un complejo cultural común (internalizado por los individuos) y la inserción del grupo en un sistema interétnico más amplio. Esto me permite dar un último paso en lo que se refiere a las consideraciones teóricas de este trabajo: las relaciones interétnicas y los procesos que en ellas se conjugan.

3.3 Relaciones interétnicas: conjugación de procesos

La idea de que el grupo étnico se consolida al momento en que interactúa con otros, permite acercarnos a la noción de sistema interétnico. Dicho sistema cobra un peso relevante, dado que es el que finalmente influye para consolidar ciertos rasgos distintivos en cuanto a la lengua, el vestido o las formas de comer. Son las relaciones interétnicas las que dan paso a la consolidación de criterios diferenciadores.

Las relaciones interétnicas a su vez, se hallan insertas en sistemas históricos específicos y en determinadas situaciones de clase, lo que genera contradicciones permanentes y muchas veces las categorías étnicas que se definen dentro del sistema interétnico son también aprovechadas por diferentes grupos dominantes para justificar ciertas desigualdades sociales.

No se puede perder de vista, como lo señala Navarrete (2004:30) que “las diversas identidades que tenemos no conforman nunca un conjunto único o congruente, sino que se complementan, se contradicen y se influyen unas a otras, de modo que el resultado no es una identidad única y auténtica, sino una suma de diferentes identidades en continua modificación”. Lo interesante de reconocer a este sistema, reside en tratar de descifrar las modalidades articulatorias que se dan entre los sectores confrontados, es decir, cómo son cara a cara dichas relaciones, no pensar exclusivamente en el vínculo sino en la calidad del mismo.

El carácter contrastante de la identidad étnica nos lleva a pensar en la historia y desarrollo de la comunidad junto con la historia de las relaciones entre diferentes grupos humanos. Sin perder de vista, según Tamagno (1988:52) que

...esta historia jamás ha estado desligada de las relaciones de poder, de las relaciones de pertenencia/exclusión y dominación/subordinación que se establecieron entre los hombres y que, interpretadas dialécticamente se expresaron tanto a niveles de las prácticas: surgimientos concretos de sociedades, naciones, civilizaciones, imperios coloniales, estados; como a nivel de las representaciones: las categorías clasificatorias que surgían de las ideas que los grupos así constituidos tenían de si mismos y de los demás.

El sistema de relaciones interétnicas es la base para la inteligibilidad de la identidad étnica y la consolidación de su unidad representativa: la etnia. Cardoso de Oliveira (1992:68), sugiere que “el cruzamiento de dos (o más, dependiendo del número de etnias en conjunción) historias distintas crea un “puente diacrónico” de intersección que marca un momento determinado del contacto preliminar, y que va a repercutir en su desarrollo posterior”.

La pertenencia étnica orienta a los actores sociales para hacer frente a una situación de contacto interétnico. Esto, dado por las propiedades estructurales que la pertenencia en sí posee. Cardoso (1992:38) reconoce entre las más importantes:

a) el carácter contrastante y su fuerte contenido de “oposición con fines de afirmación individual o grupal y b) su manipulación en las situaciones de ambigüedad, cuando se presentan al individuo o al grupo alternativas para la “elección” (de identidades étnicas) con base en el criterio de “ganancias y pérdidas” (como criterios de valor y no como mecanismos de aculturación) en la situación de contacto.

Frente a una situación de contacto, los grupos humanos inventan o invocan a una filiación étnica, recurriendo a cualquiera de estas dos propiedades. Es pertinente

establecer los tipos de situación de contacto interétnico, tomando en cuenta que la mayoría de las veces todas estas modalidades convergen. En el estudio desarrollado por Cardoso de Oliveira en el Brasil, logra reconocer tres tipos de contacto:

- 1.- Unidades étnicas relacionadas de manera simétrica.
- 2.- Unidades yuxtapuestas de manera asimétrica y jerárquica.
- 3.- Unidades étnicas en relación asimétrica, ligadas a un sistema de dominación y sujeción (como ocurre en las áreas de fricción interétnica, o como bien lo representan las relaciones entre indios y blancos en la forma como se da en contextos coloniales, incluyendo aquí al “colonialismo interno”)

Los elementos comunes a estos tres tipos de contacto descansan en el carácter contrastante y en la manipulación de la pertenencia en situaciones de ambigüedad. Son estas situaciones de contacto las que generan actitudes y valores enmarcados comúnmente dentro de un contexto de fricción. Barth (1976:18) asienta que “la persistencia de los grupos étnicos en contacto implica no sólo criterios y señales de identificación sino también estructura de interacción que permita la persistencia de las diferencias culturales”.

Por tanto debe de existir complementariedad para que los grupos se comuniquen, si tal complementariedad no existe no hay formas de interacción ni mucho menos referencia a la identidad étnica. Harald Eldheim (1976:639), en su estudio sobre los lapones, establece que “es en la articulación de estas dos esferas, esto es, en el establecimiento rutinario de ámbitos públicos versus ámbitos étnicamente herméticos, donde se revela con mayor claridad el significado organizacional de la identidad”.

Es necesario reconocer los niveles que conforman a la situación interétnica, un primer momento lo constituye el contacto interétnico que es definido por Cardoso

de Oliveira (1992:19), como “las relaciones que se dan entre individuos y grupos de diversas procedencias “nacionales” “raciales” o “culturales”. Es un hecho bien conocido que la expansión de las así llamadas civilizaciones y el encogimiento del mundo gracias a los modernos medios de transporte posibilitaron dichos contactos”.

Establecido el contacto, es posible la configuración de un sistema interétnico que hace referencia a un sistema cultural inclusivo o, en otras palabras, “la gramaticalidad de las relaciones de identidad estarían en función de las etnias en contacto en un sistema interétnico” (Cardoso; 1992:55). Siguiendo la propuesta del mismo autor, el resultado de la suma de estos dos niveles es “*la cultura de contacto*, que representa una amalgama, una mezcla genérica de diversas cosas, muchas veces descrito como una suma de ganancias y pérdidas entre sistemas culturales en conjunción”. Interpreto así, que la cultura de contacto da forma a parte de las representaciones que un grupo humano determinado construye, partiendo de las situaciones particulares que viva dentro del sistema interétnico en el que se halle inmerso, dando paso a la clasificación de si mismo y de los otros.

Por último, es pertinente considerar la situación que enfrentan las comunidades extendidas. Al estar aparentemente dislocadas, fuera de un territorio y del sistema interétnico de origen, se sugiere sumar otras variables de análisis. Gilberto Giménez (2000:53) en función de estas “otras” comunidades, reconoce a la etnia como “una nación desterritorializada, es decir, como una colectividad cultural (generalmente minoritaria) disociada de su territorio y, consecuentemente, marginal y discriminada”.

Las condiciones estructurales de desigualdad que en nuestros días enfrentan las comunidades, nos lleva a identificar una fricción interétnica que de forma paradójica permite la articulación social. Parafraseando a Cardoso de Oliveira, este hecho parece dar forma a un permanente equilibrio inestable. Independientemente de que cada grupo étnico posee una estructura y dinámica

interna, es la situación de fricción y discriminación étnica la que impide la disolución del sistema interétnico.

La reflexión de lo étnico puede vincularse con diferentes variables: las relaciones de clase, las relaciones campo – ciudad, la marginalidad, la urbanización y la migración. Todos estos eventos son atravesados por la noción de pertenencia étnica. Sin embargo ante la amplitud de cada una de ellas, me he propuesto reflexionar directamente lo que sucede alrededor de la pertenencia étnica frente al fenómeno migratorio.

La migración directamente implica conflictos económicos, sociales, políticos y culturales. La comunidad de zoquitecos establecida en Ecatepec, ha enfrentado a todos estos aspectos con resonancias diversas. Propongo ver qué sucede culturalmente con este grupo, al momento en que se enfrenta y se confronta con gente diversa que habita en Ecatepec. Efectivamente, el sistema interétnico existente tanto en el lugar de origen como de residencia pone en marcha diferentes acciones públicas para delimitar lo que este grupo considera ser: “zoquiteco – mestizo – mexiquense”.

Así, en el siguiente capítulo abordo la situación de la identidad étnica bajo contextos migratorios. Dado que esta situación propicia la generación de particulares mecanismos de diferenciación, mismos que no escapan a contradicciones y reacomodos en la organización social y cultural, pero que finalmente permiten vincularse o no con los otros y construir la propia noción de pertenencia.

CAPÍTULO IV

IDENTIDAD ÉTNICA Y MIGRACIÓN

INTRODUCCIÓN

La migración es hoy día el fenómeno social que con mayor ahínco ha dado paso a la recreación y fortalecimiento de las comunidades originarias. Son evidentes los nuevos procesos de identidad social, tanto como la reivindicación en la escena política y pública. El caso zoquiteco es una muestra clara. A lo largo del trayecto permanente de estos hombres y mujeres -que van y vienen entre espacios diversos y antagónicos-, ha resurgido la noción de la comunidad de origen y han buscado consolidarla a través de una amplia red social que les permite vincularse con su pueblo y a la vez, reivindicar su pasado “tradicional” frente a un escenario “moderno”. Así que debemos detenernos por un momento en la reflexión del importante nexo que existe entre la migración y los procesos identitarios de tipo étnico.

La movilidad de los grupos humanos en el mundo es el motor de la historia. No es la migración un evento nuevo ni reciente. Baste acercarse a cualquier historia regional y quedará manifiesta la importancia que los grupos migrantes han tenido en los desarrollos locales, regionales, nacionales e internacionales. Lo que es cierto es que el fenómeno migratorio en las últimas décadas ha cobrado matices y coloraturas nuevas en cuanto a la densidad, los destinos, los impactos, los significados y los objetivos de aquellos que salen, dando paso a nuevas lecturas acordes a la complejidad de este siglo.

Alrededor de la migración, diversas disciplinas desarrollan temáticas de estudio que van desde la urbanización, las relaciones campo - ciudad, la invasión de tierras y los asentamientos irregulares hasta la organización familiar, la pobreza, los grupos marginados, los patrones de movilidad, la creación de asociaciones, la

adaptación cultural, las remesas y su impacto en la economía, por citar sólo algunas.

Al momento en que la gente decide salir o es atraída por núcleos urbanos más grandes, se ponen en movimiento aspectos esenciales de la vida social, tales como la fuerza laboral, el poder económico, las aspiraciones educativas y los aspectos socio- psicológicos. Estos aspectos de forma conjunta o individual repercuten directa o indirectamente en el sistema cultural de las comunidades, lo que posiciona a la antropología en un lugar privilegiado para desarrollar trabajos analíticos.

Para asentar en el papel la reflexión del fenómeno migratorio y su vínculo con el fortalecimiento de la identidad étnica, resulta indispensable partir de una definición de la emigración. Retomando la propuesta conceptual de Donato Ramos (1992:35), es posible establecer que:

La emigración es un proceso multifacético de desplazamiento poblacional, cuya causa es la necesidad o aspiración de superar una insatisfacción emanada de factores físico – naturales, socioeconómicos y psicológicos, históricamente determinados. La carencia o deficiencia de satisfactores en más áreas y la presencia de los mismos en otras obligan a ciertas personas o grupos sociales a cambiar su residencia, intra o interregionalmente, en forma definitiva o por un lapso determinado, en relación con el grado de desarrollo de una sociedad más amplia a la cual pertenecen.

Emigrar impacta directamente en dos aspectos centrales del desarrollo humano: el espacio y el tiempo, suponiendo, como lo establece Kearney (1999:559) “un desplazamiento significativo de un lugar a otro u otros, por un periodo significativo, durante el cual se produce una forma parcial o completa de integración y provoca algún cambio de identidad”.

Atravesar una frontera político – territorial, implica atravesar también una frontera cultural. Ambas, convergen e impactan en las transformaciones que las comunidades migrantes van experimentando, tanto en su aparato simbólico como en el de la organización social. La migración trasciende como fenómeno de estudio al momento de reconocer que ésta es un desplazamiento significativo que impacta en más de un aspecto de la vida social.

Durante el siglo XX, a partir de que la migración se convirtió en la constante social, surgieron infinidad de líneas de investigación dentro de la antropología social. Las propuestas son variadas, y autores notables han dejado importantes reflexiones en torno a este fenómeno; baste citar a Robert Redfield y a Oscar Lewis como un buen ejemplo¹.

Las décadas de 1960 y 1970 permitieron promover con mayor interés los estudios del impacto de la migración en los grupos étnicos, ya que es cuando más se acentúa la movilidad de los grupos rurales hacia los centros urbanos y el proyecto de modernización se pone en marcha en América Latina. Estos trabajos de investigación lograron trascender el aparato descriptivo y consolidaron un discurso crítico, sostenido en la idea de que la migración es resultado de las contradicciones del sistema capitalista. Enfatizando que el evento migratorio es entrecruzado también por cuestiones económicas.

Las migraciones del campo hacia la ciudad fueron motivadas por el crecimiento industrial y urbano del periodo que va de 1940 a 1960. “Hacia finales de los años sesenta, las migraciones con destino a la ciudad de México se intensificaron debido a que la crisis agrícola, el crecimiento poblacional, la centralización de las

¹ Los trabajos de Lewis y Redfield son un punto de partida importante para acercarse a temáticas amplias como la adaptación socio – cultural y la marginalidad urbana. Es viable considerar que uno de los legados más trascendentes de estas investigaciones llevadas a cabo dentro de un universo citadino, fue “una redefinición de la antropología en México al incluir los estudios de urbanización y migración” (Kemper;1990:15)

actividades productivas y la falta de inversión en el campo dejaron en la pobreza a miles de familias” (Oehmichen; 2001:183) ²

La imagen del México “moderno” pudo consolidarse –al menos parcialmente– gracias a los grandes flujos migratorios que emergieron del campo hacia la ciudad durante estos años. Quedó asentada la noción de que la migración debía ser vista a la luz de la estructura social y de las contingencias históricas de la comunidad de origen. Ello implicó ver a las comunidades y no así, a los individuos de una forma aislada.

En el transcurrir de la antropología mexicana muchas lecturas y propuestas han surgido a partir de que los espacios de migración se han extendido y hoy no sólo se enfrenta a una migración interna sino también internacional. Hay obras importantes y actuales que observan a detalle diferentes aspectos como las relaciones de género (Oehmichen;2000) , las reinterpretaciones significativas de los nuevos espacios de residencia (Clifford;1999), las redes sociales, las comunidades extendidas o sin límites territoriales (Sánchez;1995; Oehmichen;2001), las diásporas y las comunidades transnacionales (Besserer; 1999) y la etnización (Stavenhagen;1989,1992).

Todos estos aspectos son por demás relevantes. Pero por el caso etnográfico que he trabajado considero pertinente detenerme en lo referido a la migración y su trascendencia al interior de las comunidades en cuanto a la redefinición étnica. Considerando la importancia del nuevo contexto en el que se desarrollan relaciones sociales significativas, que en mayor o menor medida son atravesadas por diferencias culturales.

² Con estos cambios estructurales significativos vinieron estudios importantes como los de Larissa Lomnitz (1970), Margarita Nolasco (1979) y Lourdes Arizpe (1975). Trabajos que sumaron a la variable cultura, los factores económicos, la marginalidad urbana y la importancia de las redes sociales.

4.1 Los grupos étnicos dentro de un contexto migratorio

Uno de los mayores impactos que produce la movilidad espacial es el cambio social y cultural al interior de los grupos. Resulta innegable que tal noción de cambio, implica pensar en dislocación, readaptación y reinterpretación de los contenidos culturales significativos adquiridos y forjados por los individuos dentro del grupo de origen.

En este marco, las comunidades originarias se hallan en una situación vulnerable al provenir de un universo antagónico con relación al de las grandes ciudades. Evidentemente la noción de comunidad y el desconocimiento de los códigos urbanos, propician la reformulación de la situación de pertenencia y filiación, “es cierto que se conservan líneas de continuidad con los elementos culturales que portan desde sus lugares de origen, pero dichos elementos son reformulados y adaptados permanentemente en la urbe” (Oehmichen; 2001: 186). Las relaciones de parentesco, sean por consanguinidad o afinidad, son el eje primordial sobre el cual se articula la comunidad migrante en su nueva situación. Estos vínculos, como señala Oehmichen (2001:185) “constituyen un elemento definitorio de la pertenencia a la comunidad y uno de los capitales sociales más importantes con los que cuentan los indígenas para sobrevivir en un medio hostil. A través de las relaciones parentales se naturaliza el vínculo social”.

El status de migrante en un medio comúnmente urbano y por tanto complejo, reactiva las nociones de lealtad y reciprocidad pero con nuevos significados, “lo que pone en evidencia que la identidad étnica no se torna como un objeto de estudio estático y plano, está siempre en movimiento, reconstruyéndose y reinterpretándose” (Giménez; 1994: 195). A pesar de que el traslado hacia un núcleo urbano va respaldado por la presencia de iguales que ayudarán al nuevo residente en la vida cotidiana, no puede restarse importancia al hecho de que esto constituye una experiencia nueva. Bien es cierto, como lo establece Margarita Nolasco (1992:72), que “la presencia de “paisanos” permite la continuidad de la vida comunitaria, pero las estructuras sociales y simbólicas no dejan de verse

afectadas, dado que el espacio para la interacción familiar es otro, y la interacción misma está ya cambiada porque las tareas a dividir ya no son iguales. Incluso surgen dudas sobre los roles sociales familiares”.

Bajo un nuevo espacio de residencia, la noción de pertenencia se reestructura. El individuo se confronta ahora con categorías más amplias: etnia, nación y la relación conflictiva con el Estado. Sin perder de vista también, que las historias regionales de los migrantes son diversas. Kemper (1970:613), al respecto considera que “las migraciones periódicas se deben a condiciones variables, tales como revoluciones, violencia rural, sequías o cosechas perdidas”. Esto origina reproducciones específicas de la identidad étnica, acordes a todo el pasado que consigo llevan los migrantes en la espalda.

Resulta cierto, que dentro de todo este entramado (social, económico, político y cultural) que se conforma en los nuevos espacios de residencia, la magnitud del prejuicio racial y étnico juega un papel preponderante en la conciencia de sí y de los otros; no obviemos que el racismo es y opera como sistema ideológico. “Son los grupos rurales e indígenas sujetos de discriminación permanente, dado que las categorías indígena o campesino son asociadas con una valoración negativa. Quienes son identificados como indígenas enfrentan situaciones de competencia desventajosa en su lucha por el empleo, la vivienda, la educación, la salud, la justicia y otros ámbitos de la vida social” (Oehmichen; 2001:182). La condición de marginalidad social, reactiva y fortalece al aparato simbólico de los grupos migrantes, que en un primer momento se sostiene por el sistema de parentesco y la representación compartida de un origen y ancestros comunes.

Este proceso da pauta a la constitución de una primera delimitación de lo propio y lo ajeno. Así se construye la noción del límite étnico, que es observable a través de la identificación de vecindarios étnicos que agrupan en su interior a personas venidas de la misma comunidad, “no podemos perder de vista que el destino del migrante está determinado por el lugar en el que vive su parentela” (Kemper;1970:

612) y “son las relaciones parentales y el matrimonio endogámico los que permiten la reproducción de la comunidad en contextos migratorios” (Oehmichen; 2001:185) La comunidad zoquiteca, responde a este patrón. La colonia San Agustín es prácticamente un nicho zoquiteco inmerso dentro de un amplio universo de migrantes. La existencia de este vecindario étnico posibilita la comunicación inmediata y la solidaridad en cuanto al desarrollo de eventos importantes para la comunidad, como puede ser una fiesta o un velorio.

Los entrecruces espaciales, sociales y culturales, implican la reestructuración de la pertenencia étnica. Se consolida un campo social nuevo, dentro del cual se dan expectativas, demandas, presiones, ofertas, bienes, producciones, consumos, etc. Puntualiza Margarita Nolasco (1992:76) “las relaciones son cada vez más nacionales (e internacionales, incluso, para algunos) y cada vez más tensas, porque conforme participan en este nuevo campo social, les imponen y ellos imponen reglas nuevas y en este proceso los individuos (tanto personalmente como en grupo) emergen como nuevos sujetos sociales”.

Por otra parte, es también importante preguntarse si en algún momento, el migrante deja de ser considerado por los otros como “ente” ajeno, invasor, vamos, migrante. Las evidencias obtenidas dentro del trabajo de campo con los zoquitecos, demuestran que la primera generación nunca concluye plenamente el proceso de integración dado que en todo momento hace referencia a su autoadscripción y mantiene un nexo permanente con la comunidad de origen. Sin embargo en las generaciones subsecuentes (básicamente la segunda y la tercera), la curva de autoadscripción y pertenencia se torna crítica sin que ello implique romper los nexos con la comunidad. La noción de pertenecer al grupo no se torna integra –cierto-, finalmente ellos han nacido en otra realidad y los espacios significativos poco tienen que ver con el lugar de origen de sus padres o abuelos, pero no por ello puedan “borrar” de tajo las marcas de su pasado rural o indio y por tanto, no dejan de ser vistos como “los hijos de los migrantes”. El que compartan ciertas prácticas simbólicas y sociales, les ata permanentemente a Zoquitlán y ello fortalece a la comunidad, junto con las estrategias que dentro de

AZORECMAM se promueven para seguir posicionándose como un grupo originario. Dichas estrategias implican la reinención del pasado, la recreación de las fiestas comunitarias más importantes, el fortalecimiento de un sistema de cargos religioso y la participación obligada en las faenas.

Es posible afirmar que la organización de las comunidades oaxaqueñas migrantes, suelen moverse en la misma dirección. Desde luego que por el contexto de origen el contenido simbólico varía, pero en cuanto a lo organizacional, es sabido que comparten rasgos comunes. El que Oaxaca y sus comunidades sean de las más estudiadas por antropólogos y sociólogos responde a que el fenómeno migratorio en contextos nacionales e internacionales ha impactado de una forma notoria a todos los grupos que le componen. Los oaxaqueños son estadísticamente uno de los grupos migrantes más significativos establecidos en diferentes entidades de la República Mexicana y de los Estados Unidos de Norteamérica. Dadas las condiciones geográficas del estado y la complejidad pluriétnica que dentro de sí contiene, es posible reconocer formas múltiples de reavivamientos étnicos, conflictos étnico – nacionales, asociaciones regionales y comunitarias, así como posicionamientos políticos importantes que de un modo u otro han colaborado al reconocimiento de México como un país pluricultural.

4.2 El fenómeno migratorio en Oaxaca

Oaxaca contiene dentro de sí todas las contradicciones existentes en nuestro país. Posee una geografía accidentada, un patrimonio monumental que es muestra de los grandes periodos históricos de México, un rico pasado en instituciones sociales tradicionales que regulan las relaciones locales, una diversidad étnica y lingüística notable que dan paso a manifestaciones simbólicas variadas; pero de forma paralela dentro de la entidad son notorias también las formas desmesuradas del ejercicio del poder y la dominación, tanto como las condiciones de desigualdad, injusticia social y discriminación étnica. Esto ha hecho de Oaxaca una entidad con características particulares en cuanto al fenómeno migratorio. Lewin (2003:188) establece que “Oaxaca reúne tres aspectos particulares que la

caracterizan en torno a este hecho: es generadora y receptora de migrantes al igual que juega un papel importante como zona de tránsito migratorio”.

Los índices de pobreza y marginalidad oaxaqueña son abrumadores, si se considera la permanente crisis del campo, el terreno hostil, las comunidades enclavadas en el corazón de la sierra, la multiplicidad de grupos étnicos -muchos de ellos monolingües- y el reciente posicionamiento del narcotráfico al interior de muchas comunidades marginales. Todo esto ha propiciado que en la entidad poco se promuevan planes de desarrollo globales, como ocurre con otros estados del país. Baste reconocer que durante la etapa de industrialización que se inicia en los años cuarenta en México, esta zona no fue espacio atractivo para la inversión de capital estable.

Es posible afirmar que la migración en Oaxaca se debe, en un primer momento, a las condiciones de atraso y marginación que priva en el estado, las cuales no permiten un uso eficiente de los recursos humanos y materiales. Así, puntualiza Luque (1992:17) “La migración constituye una válvula de escape que permite disminuir la presión que ejerce la mano de obra excedente sobre la economía estatal”.

Oaxaca es uno de los estados de la república de mayor expulsión de mano de obra. De sus 570 municipios, 76% presenta un alto y muy alto grado de marginación. En términos de la distribución municipal, se considera que del total de sus municipios, 60% son de fuerte expulsión. “Esto ubica a Oaxaca en el quinto lugar de migración neta nacional y en primer lugar en expulsión de jornaleros agrícolas al noroeste del país junto con el estado de Guerrero” (Lewin; 2003: 188)³

El crecimiento de la migración, impacta en la transformación estructural del país. Al ser los oaxaqueños uno de los grupos con mayor presencia a lo largo del

³ Dato extraídos del XII Censo General de Población y Vivienda. 2000

territorio nacional y en los Estados Unidos, no puede perderse de vista las múltiples formas en que su presencia ha colaborado en el cambio del país. Por ejemplo, no es casualidad que durante la década de los sesenta, cuando se acentúa la presencia de los oaxaqueños en la Ciudad de México y el área metropolitana, México comienza a constituirse como una nación mayoritariamente urbana y por tanto esta área se convierte en blanco de nuevas políticas que transforma la dinámica poblacional, económica y cultural. Esto a mi parecer es incomprensible si se omite la presencia de migrantes no sólo oaxaqueños, sino también guerrerenses, poblanos, veracruzanos y mexiquenses.

En los datos recabados por Margarita Nolasco (1992:71) durante la década de los setenta, Oaxaca destacó por el volumen de la población migrante: 200 000 indígenas contaban con experiencia migratoria durante ese periodo, cifra que duplicaba el porcentaje nacional. “Esta tendencia se acentuó en los años ochenta al grado de que, para 1990, más de 400 000 indígenas vivían fuera de Oaxaca, es decir un tercio de la población nativa del estado”. Resalta el que la población migrante a la que se hace referencia proviene de las regiones más deprimidas y marginadas del estado y es mayoritariamente indígena, pero a todo ello es también imprescindible sumar la presencia de grupos campesinos “mestizos”, que en los años citados, colaboraron también a incrementar la dinámica migratoria nacional.

La pobreza ha sido asociada de forma directa con la emigración en Oaxaca, se considera que son los grupos económicamente vulnerables los que toman la difícil decisión de salir de sus lugares de origen. Es innegable este trasfondo económico, pero con relación a los datos obtenidos durante el trabajo con los zoquitecos, podemos sumar la idea de que la migración también responde –en este caso- a factores ideológicos que, como lo establece Lewin (2003:185) “una vez internalizados como estrategias de cambio social y cultural, asumen una dinámica propia cuya lógica no depende estrictamente de las condiciones económicas contextuales”.

Es necesario considerar a la movilidad espacial también como factor de transformación social y cultural. Este perfil debe ser integrado a los nuevos estudios, dado que al centrar las causas exclusivamente en los factores económicos, nos lleva a perder de vista elementos que enriquecen la lectura del fenómeno en su conjunto. Finalmente “el migrar es también un nuevo ritual de iniciación que convierte al individuo en una persona apta para desenvolverse en el mundo contemporáneo” (Lewin; 2003: 185), es decir, el prestigio va de por medio en esta acción y el caso específico de los zoquitecos nos deja reconocer estos ricos contenidos. Siempre que cuestionaba a los migrantes zoquitecos del por qué habían decidido salir de su lugar de origen me respondieron que por lo malo del terreno del pueblo y la falta de trabajo, aunque en paralelo siempre consideraron que lo hicieron también para demostrar que podían ser mejores en relación a los demás pueblos, teniendo la clara idea de que el emigrar es una acción asociada con progreso no sólo económico sino también simbólico. Cuando alguien sale del pueblo rumbo a Ecatepec, la Ciudad de México o Carolina del Norte, puede decir que ha conocido al mundo.

4.2.1. Migración rural – urbana

La migración rural-urbana tiene un tiempo específico de desarrollo. Los estudiosos coinciden en señalar que ésta se manifiesta y consolida durante las décadas de los cincuentas y sesentas, cuando el crecimiento industrial y urbano cobran auge en el Distrito Federal y el Estado de México, sin perder de vista que “durante este periodo la crisis agrícola, el crecimiento poblacional, la centralización de las actividades productivas y la falta de inversión en el campo dejaron en la pobreza a miles de familias” (Oehmichen; 2001:183)

Es posible considerar que la migración interna en México es básicamente de tipo rural-urbana y se orienta principalmente hacia las ciudades más importantes del país, aunque esta ruta comúnmente tiene inicio en las capitales de cada entidad. En el caso zoquiteco, el punto de partida es el traslado hacia la capital, Oaxaca, casi la totalidad de los migrantes hoy establecidos en la zona conurbada de la

Ciudad de México, han pasado un tiempo en la capital del estado y de ahí han estructurado la siguiente ruta que comúnmente tiene como destino final al Distrito Federal. Es posible ubicar una ruta inter – urbana, que corresponde a un segundo momento de traslado, dentro del cual los migrantes están ya parcialmente familiarizados con los núcleos urbanos.

Este tipo de migración es parte vital de la historia sociocultural de todo Oaxaca. A través del estudio de las fuentes etnoarqueológicas y etnohistóricas es posible hallar infinidad de referencias que se hacen con relación a la presencia de migrantes oaxaqueños dentro de las capitales de los hoy estados de Guerrero, Veracruz, Puebla, Morelos y México.

Ahora bien, por mucho tiempo ha permanecido la idea de que son los “pobres” y los “indios” quienes propiamente constituyen el grueso de los grupos migrantes que se dirigen hacia los núcleos urbanos, pero debe de considerarse que la movilidad espacial significa un gasto considerable en cuanto al pago de pasajes, renta provisional de una vivienda y el mantenimiento cotidiano del individuo y/o los familiares que le acompañan, por lo que es preciso identificar el perfil económico de mestizos e indígenas migrantes, que si bien es cierto justifican su presencia en la ciudad por la falta de dinero en la comunidad de origen, no siempre existe una correspondencia exclusiva de ese tipo. La movilidad oaxaqueña va también asociada a situaciones de trabajos temporales, como el caso de los jornaleros mixtecos, el prestigio y/o prejuicios étnico – raciales, como la situación de los zoquitecos, que suelen reconocer que “debían salir no sólo por la falta de dinero, sino también para demostrar que ellos no eran como los yopes, que se quedaban esperando a que algo les cayera del cielo”⁴

Las diversas causas que generan la migración oaxaqueña, matizan de muy diferentes maneras a la zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM). Hay vecindarios étnicos distribuidos en diferentes puntos y cada uno posee una lógica

⁴ Notas de campo. Año 2003

interna específica, marcado en gran medida por su origen étnico. Por ejemplo las asociaciones de migrantes establecidas en Nezahualcóyotl son mayoritariamente zapotecas, en cambio, AZORECMAM es una red sostenida por la idea de ser *mestizos zoquitecos*. Así, las categorías étnicas, en alguna medida, determinan el impacto y la participación de estos grupos en los lugares de residencia.

La presencia de los oaxaqueños en el centro de México es abrumadora, según los datos del estudio realizado por el Colegio de la Frontera Norte (1995:224) en 1990 se reconocían a 986 611 migrantes, de los cuales, 768 797 se encontraban establecidos en los principales núcleos urbanos del país. Complementando este dato con los tabulados obtenidos por el INEGI durante el año 2000, los grupos migrantes oaxaqueños se concentran en los municipios de Nezahualcóyotl con una población residente de 44 289 y en Ecatepec de Morelos con una población residente de 34 990 habitantes, ocupando así el cuarto lugar de los grupos migrantes que se establecen en el Estado de México, después de los venidos del Distrito Federal, Puebla y Veracruz.

Cuadro II. Emigrantes oaxaqueños internos absolutos (1950-1990)⁵

ENTIDAD DE RESIDENCIA	1950	1960	1970	1980	1990
Baja California	647	2 075	2 257	5 017	23 728
Chiapas	5 745	10 558	9 702	16 106	20 132
Distrito Federal	56 139	107 234	170 234	215 176	200 710
Guerrero	3 153	4 769	9 930	17 150	26 267
México	1 575	7 098	55 737	158 169	213 452
Morelos	2 269	3 339	6 666	9 314	13 220
Puebla	14 725	19 065	23 641	35 245	45 288
Sinaloa	250	1 434	1 687	3 475	21 678

⁵ Fuente: COLEF (1995:241)

Veracruz	32 644	58 442	67 346	100 128	133 671
Total parcial	117.147	214.174	347.200	559.780	698.146
Total en México	125.073	234.854	369.399	596.013	768.797

Este cuadro estadístico, tienen por objetivo reconocer la importancia del flujo migratorio oaxaqueño dentro de México y por otro lado, busca no omitir que cada grupo, con su pasado cultural y organizacional a cuestas, dota de especificidades a las relaciones interétnicas que tienen origen en los actuales espacios de residencia.

Debe también puntualizarse que hoy día, el caso de los oaxaqueños migrantes se torna más interesante por su traslado hacia los Estados Unidos, que está dando forma a nuevos tipos de organización, que impacta los ámbitos no sólo locales sino nacionales e internacionales.

4.2.2. Migración internacional: la constante oaxaqueña

Referirse a la migración internacional oaxaqueña es imprescindible al ser una de las más notables en cuanto a impactos culturales y económicos. El papel desempeñado por los oaxaqueños establecidos en el norte de México y sur de los Estados Unidos colabora de forma por demás evidente en el nuevo mapa del vecino país del norte y en el crecimiento económico de México, en función de las remesas enviadas por los trabajadores.

Siguiendo los datos estadísticos proporcionados por El Colegio de la Frontera Norte (1995), podemos rescatar -por su notoriedad- lo referido al conteo llevado a cabo en el Valle de San Quintín, Baja California Sur, donde el 66% de la población asentada en esta zona proviene de la mixteca, un 9 % más son triquis y un 6% son zapotecos, lo que indica que el 73% de la población del Valle de San Quintín son oaxaqueños, que por supuesto tienen como objetivo pasar la línea fronteriza y establecerse en los Estados Unidos. Según estimaciones de la

COESPO – Oaxaca, entre 50 y 100 mil oaxaqueños emigran al año rumbo a los Estados Unidos y el 50% de ellos se dirige hacia el estado de California.

Así, mientras que en 1950 Oaxaca ocupaba el noveno lugar con un saldo neto absoluto negativo de -78 055, en 1990 este saldo negativo ascendió a -576 038. En esta última década pasó de ser, después de Michoacán, el segundo estado expulsor de toda la República Mexicana (Lewin; 2003:189).

Aparte del impacto de estas cifras en lo que a la economía y política internacional se refiere, no puede dejarse de lado la trascendencia que el hecho cobró en los círculos de investigación social y antropológica. En los albores de los años ochenta, la migración oaxaqueña captó la atención de investigadores extranjeros y nacionales que coincide con los desplazamientos masivos de los migrantes hacia el otro lado. Muchos de los trabajos generados en este tiempo buscaron demostrar que ésta respondía a la especialización laboral de ciertas comunidades en el área agrícola (Hulshof,1991, Stavenhagen y Kearney 1992) y a través de estos seguimientos se reconocen comportamientos diferenciados de organización social entre las comunidades mixtecas, zapotecas y mestizas

“Durante los años setentas y ochentas la población migrante había contribuido al desarrollo de empresas agrícolas del norte de México orientadas a la exportación, utilizando este escenario como trampolín para introducirse a los campos agrícolas de California” (Anguiano;1992: 105, citado por Lewin; 2003: 186) En este sentido y acorde a las condiciones de desigualdad social imperantes en los Estados Unidos de Norteamérica, los migrantes oaxaqueños fueron “bien” recibidos como mano de obra barata y numerosa que les permitió contrarrestar las presiones ejercidas por los sectores obreros organizados; al no haber resistencia por parte de los oaxaqueños en cuanto a las condiciones poco favorables de orden laboral y quedando nula toda prestación social. Éstos fueron asumidos como parte importante del escenario agrícola de los Estados Unidos, aunque sumidos en la clandestinidad y colaborando en lo que Lewin (2003:187) denomina “la injusticia

histórica” que es resultado de los desequilibrios mundiales de los mercados económicos y las demandas.

Hoy, el papel de los trabajadores oaxaqueños en los Estados Unidos ha rebasado el ámbito de las actividades agrícolas, insertándose en labores de limpieza, ensamblado electrónico, maquila textil e instalación de sistemas de aire acondicionado y el lugar de residencia se ha extendido más allá de California, creando nuevas redes y núcleos en Carolina del Norte, Michigan y Chicago, sitios en donde muchos de los zoquitecos coinciden, junto con otros grupos mestizos provenientes del occidente de México, básicamente de Jalisco⁶

4.3 Identidad y etnicidad entre migrantes oaxaqueños.

La relevancia que ha cobrado la población proveniente de Oaxaca, establecida dentro y fuera del país, resulta significativa en lo que al desarrollo urbano y económico se refiere. Sin embargo es injusto reducir su trascendencia exclusivamente a estos ámbitos, es también pertinente hablar de su papel en los reordenamientos territoriales, culturales y sociales.

Es preciso acentuar su labor en la reestructuración de la geografía social y étnica de México. Su establecimiento en los principales centros urbanos ha puesto de manifiesto la noción –negada por muchos años- de que este país es ante todo pluricultural. Ello ha implicado concepciones divergentes en torno a la idea de un Estado – Nación homogéneo, lo que obliga a mirar con detalle a todas estas comunidades, que se ubican en el medio este conflicto, es decir entre lo comunitario, lo étnico y lo nacional, promoviendo un discurso de revalorización de la cultura de origen dentro de espacios caracterizados comúnmente como urbanos y por consiguiente “mestizos”.

El ensanchamiento de la comunidad en espacios regionales, nacionales e internacionales ha permitido la etnización, es decir, cada grupo ha adquirido

⁶ Notas de campo. Año 2002 – 2003

conciencia de sí y ha podido reivindicar su posición política y cultural a través de una organización social sólida, que iza como principal bandera a la cultura de origen.

George de Vos (1995:25) enfatiza la trascendencia de la etnicidad, en función de que:

ethnicity, therefore, is, in its narrowest sense, a feeling of continuity with a real or imagined past, a feeling that is maintained as an essential part of one's self-definition. Ethnicity is also intimately related to the individual need for a collective continuity as a belonging member of some group

También debe puntualizarse que los momentos y los espacios en los que se ha levantado a alguna bandera étnica, corresponde a tiempos recientes, a decir verdad, están marcados en gran medida por el levantamiento del EZLN en el año de 1994. A partir de este momento los grupos originarios se han convertido en permanentes interlocutores con el Estado y esta interacción política es la que les ha dotado de la noción étnica. Por ejemplo, los zoquitecos reconocen que es hasta hace tres años que se presentan como grupo étnico y con esta idea han buscado el apoyo del gobierno estatal para adquirir vestuario que permita un mejor lucimiento de sus bailes regionales. El problema es que al ser un grupo oaxaqueño y no mexiquense, el financiamiento les ha sido negado, de ahí que suelen agregar que son zoquitecos – mexiquenses.

La noción de pertenencia ha adquirido diversos matices a partir de la multilocalidad. La presencia física y permanente en un territorio no es ya el requisito único para sentirse parte de algo y participar activamente en decisiones importantes alrededor de los destinos comunes. Efectivamente, los espacios físico – geográficos son discontinuos pero están simbólicamente conectados y todas las asociaciones, sean comunitarias o supracomunitarias desarrollan acciones en el campo económico, político y cultural.

Para el caso oaxaqueño podemos coincidir con la idea de que la entidad ofrece una amplia gama de manifestaciones de las identidades étnicas; “que pueden ser tanto explícitas como tácitas, manifiestas o encubiertas positivas o negativas, abiertamente contestatarias o cuasi-clandestinas” (Bartolomé; 1988: 146). Por lo observado en campo, es viable asentar que la mayoría de los grupos provenientes de este estado son contestatarios y hacen pública su pertenencia, sin negar que muchas veces esta acción responde a la multiplicidad de conflictos interétnicos de origen. Así que los núcleos de gestación de la cultura deben de reinterpretarse a la luz de esta idea y en función de los nuevos contextos de interacción pública, es decir espacios urbanos nacionales y transnacionales.

Los procesos migratorios han trastocado este razonamiento dicotómico entre lo moderno y lo tradicional. Los migrantes continúan perteneciendo a comunidades de origen y constantemente reafirman su adscripción comunitaria. Anteriormente, “estos espacios territoriales locales constituían los ámbitos primordiales y exclusivos desde donde se construía la identidad colectiva” (Lewin; 2003: 194) pero es claro que la movilidad espacial ha ampliado los radios de acción de las comunidades tanto como ha favorecido la recreación de los imaginarios sociales que buscan por un lado justificar su ausencia y por otro, consolidar el “sueño” del retorno.

Las nociones de modernidad y globalización más que erosionar a las comunidades, han fortalecido las acciones que recreen la cultura de origen, éstas han constituido el principal motor de la politización, que se ve reflejada en la creación de organizaciones supracomunitarias, que son nuevos referentes de pertenencia étnica y que permiten al individuo participar económica, social y culturalmente en el devenir de su lugar de origen y su actual espacio de residencia. De esta manera son capaces de hacerse presentes en eventos rituales tales como las mayordomías y las fiestas patronales, al igual que en la definición de estrategias para el desarrollo comunitario o en mítines de apoyo a determinado

partido político de los lugares actuales de residencia; AZORECMAM en el año 2003 se ha afiliado al PRI – Estado de México, con la intención de ser tomados en cuenta también como mexiquenses y en algún momento recibir ayuda económica por este “pequeño” detalle.

El papel de las asociaciones de migrantes es por demás relevante, ya que por una parte, en ellas convergen los principios de identidad y cultura. Como lo manifiesta Lewin (2003:197) “las asociaciones constituyen una colectividad de intereses compartidos que está arraigada en el entretejido histórico y cultural de sus miembros que apelan a una cultura común y a un pasado compartido que trasciende las circunstancias laborales y las cambiantes coyunturas impuestas por los contextos migratorios”; pero en otro sentido, es innegable que se han convertido en las nuevas interlocutoras del Estado, negociando demandas y respuestas de reconocimiento y desarrollo comunitario.

Hirabayashi (1985:591) propone un modelo para la comprensión de la creación y permanencia de las asociaciones comunitarias. Releyendo su trabajo, es rescatable parte de su propuesta, que en alguna medida permite cerrar de la mejor manera este capítulo, porque en ella convergen muchos de los aspectos a los que ya hemos hecho referencia:

Como prerequisites esenciales para la creación de una asociación se requiere que en el ámbito rural exista una tradición cooperativa y que en el ámbito urbano el Estado promueva o no dificulte el proceso de consolidación de éstas. Las variables claves para la formación de una asociación son que en el lugar de origen exista un subdesarrollo rural y/o descentralización política y que de forma paralela en los nuevos espacios urbanos se tenga una experiencia de politización; finalmente para la continuidad de una asociación ésta debe de sostener vínculos permanentes con la comunidad de origen tanto como debe de existir una persistente orientación comunal entre los migrantes y con relación al nuevo espacio de residencia, el pueblo de origen permitirá que los procesos de

desarrollo comunes sean posibles independientemente de la separación espacial.

Teniendo conocimiento de los marcos etnográficos, históricos, teórico - conceptuales y estadísticos, es posible dar paso al último capítulo de este trabajo, que procura hacer converger lo dicho por los informantes, los principios teóricos elegidos y lo observado por quien escribe. Buscando dar respuesta a las interrogantes que dieron origen a esta reflexión, a partir de situar la importancia que cobra la migración al interior de la comunidad zoquiteca y que da paso a operaciones culturales y sociales para redefinir una pertenencia de origen, que cobra matices de tipo étnico y que obligadamente nos lleva a debatir si resulta viable o no esta categorización.

CAPITULO V

YO, TU, EL, NOSOTROS, USTEDES, ELLOS

INTRODUCCIÓN

Mi encuentro con la gente de Zoquitlán suma poco más de tres años. Hemos coincidido en toda clase de eventos, desde fiestas y bailes hasta juntas comunales, velorios y entierros. A lo largo de estos trayectos hemos entrado y salido infinidad de veces a Ecatepec y a Zoquitlán. Estos encuentros han abierto la puerta a sin fin de interrogantes, que he podido responder gracias a su disponibilidad para platicar conmigo. Ir y venir dentro de estos universos antagónicos ha marcado mi vida personal y profesional. El tránsito de un espacio a otro ha generado interés, asombro y aprendizaje.

Establecer el contexto etnográfico y el marco teórico – conceptual respectivo, me permite culminar con esta reflexión en torno a los procesos que intervienen en la construcción de la identidad zoquiteca, bajo una situación de migración interna, que impacta notablemente a dichos procesos.

A lo largo del camino el trabajo se ha transformado, pero no por ello ha perdido de vista los principios que le dieron origen. Con la mayor objetividad posible, hoy reconstruyo parte de las historias y testimonios que los zoquitecos han compartido conmigo, procurando engarzar estas amplias ideas con el cuerpo conceptual que he considerado viable para explicar a todo el fenómeno en su conjunto. Este último capítulo da orden y forma a lo observado por quien hoy escribe y a lo dicho por los informantes. Sin perder de vista que el cúmulo de información ha rebasado muchos de los objetivos de la investigación, por lo que acotar lo más significativo ha resultado una tarea laboriosa de reflexión y síntesis.

La estructuración de este quinto capítulo responde a la intención de jugar con los entrecruces individuales y colectivos respecto a la noción de pertenencia étnica en un contexto migratorio. Como lo señalé en la parte introductoria de la investigación, por cuestiones metodológicas era necesario entrevistar a los zoquitecos tanto en el lugar de origen como de residencia para así comprender de mejor forma el discurso y las acciones variadas alrededor de la recreación de un origen ancestral en conjugación con el papel de los otros. De esta manera pude acceder a su “yo” zoquiteco, a el cómo son vistos los otros y que papel juega la noción del nosotros. Toda la información etnográfica y testimonial aquí vertida fue obtenida a lo largo de cinco estancias en campo llevadas a cabo en el periodo que abarca del 2002 al 2005.

5.1 El yo zoquiteco.

Si, yo soy zoquiteco antes que oaxaqueño. Vera usted, cuando formamos la asociación queríamos que quedara claro que no era una asociación de oaxaqueños sino de zoquitecos, porque se nos confunde siempre con los de Neza y no, no somos iguales; ellos son zapotecos casi todos vienen de por el Istmo, de los Valles y nosotros, pues ora, sí como quien dice, no somos ni de aquí ni de allá, somos de Zoquitlán. Dicen que pertenecemos a los valles, pero haber ¿cuáles valles hay en Zoquitlán?, dígame cuáles, usted que ya conoce no me dejará mentir, ¿apoco en el pueblo comemos chapulines, apoco el chocolate y el pan es el mismo? no, no, no somos del valle, somos de la sierra, pero ni modo nos jodieron y ahora cualquier problemita que tenemos, ni modo a solucionarlo a Tlacolula, ¿por qué hasta allá? si nos queda tan cerca San Carlos... (CG;55 años. Ecatepec, 2002)

Este es el principio de los conflictos de pertenencia de los zoquitecos y lo han expuesto de diversas formas tanto la gente que habita en el pueblo como los que están fuera. Este fragmento de una entrevista sostenida con uno de los migrantes más antiguos establecido en Ecatepec, pone a la luz la situación dubitativa de su pertenencia, ¿o son del valle o son de la sierra? El paisaje natural dentro del cual

se establece la comunidad es, efectivamente, serrano. Son aproximadamente cinco horas en distancia las que le separan de los Valles Centrales, aunque estoy cierta en que esto no puede ser el único indicador para dar respuesta a la situación crítica de su filiación.

Detrás de toda esta situación que puede ser lógicamente objetivada, se halla la presencia inminente del prejuicio racial y étnico respecto a los grupos zapotecos de los valles y de la sierra. El que enarbolen en todo momento la bandera zoquiteca tiene que ver con el hecho de que buena parte de la población del lugar es blanca y de ojos azules y verdes. La interpretación que de este criterio racial hacen, va encaminada hacia la reinvención de un origen común, que se sostiene en la idea de que ellos son los descendientes directos de los españoles que conquistaron al Valle y en esta línea de descendencia dan cabida a parte de los pobladores de San Carlos Yautepec y Totolapan, con quienes comparten, quizá, las más parecidas coincidencias fenotípicas y culturales. De hecho, por eso los habitantes de estos poblados son considerados como hermanos y esta filiación simbólica se traduce en la participación activa de la comunidad zoquiteca dentro de los festejos religiosos de estas dos comunidades, lo que en alguna medida desemboca en alianzas matrimoniales que son bien vistas, porque se comparte la “misma sangre”.

La idea de pureza de sangre, va más allá de lo biológico. En realidad quiere significar cultura, que se objetiva a partir de las formas en el vestir, el hablar, el comer y el comportamiento público. Estos criterios de distinguibilidad se ven reflejados tanto en el pueblo como en Ecatepec, aunque sus resonancias son diferentes. En la sierra, les posiciona como los “señores”, los de “razón”, en tanto que en Ecatepec, las mismas acciones son traducidas por los otros en diferente sentido, que hace ver a los zoquitecos como “indios”, “del rancho”, “esos que no han aprendido a hablar bien” y que tienen costumbres “raras”

Durante las largas tardes en las que platicamos de sin fin de historias, pude reconocer algunos de los rasgos más característicos, culturalmente hablando, de los zoquitecos. El acento que marcan al final de las palabras es exagerado y procuraban marcarlo aún más cuando se entrevistaban conmigo y algún peón zapoteco nos observaba. Los modismos que utilizan en sus charlas suelen ser también todo un acertijo para el que escucha, pues se referían al silencio para hablar del clima y de sentir para marcar las horas. Es decir, en lugar de preguntarme qué hora tenía, me decían “¿qué siente? ¿las seis o las siete?” o me afirmaban “como hace silencio”, que significa, como hace calor.

En lo que a la vestimenta se refiere es claro que tienen marcadas las “formas correctas” del vestir. En las mujeres es obligado que porten un rebozo, pero colocado de una manera diferente en relación a las mujeres zapotecas. Las zoquitecas cruzan su rebozo por los hombros, y en muy contadas ocasiones cubren su cabeza con el rebozo, porque así lo usan sólo las “yopes”. En cuanto a los varones el uso del sombrero Tardan es un rasgo significativo. La marca Tardan es obligada al ser la más cara, lo que se traduce en que sólo los zoquitecos poseen el dinero para adquirir una prenda de este tipo, sin omitir que el sombrero debe utilizarse con cierta inclinación hacia el lado derecho, porque si está inclinado hacia el lado izquierdo significa que eres de San Carlos o del Istmo y si lo utilizan centrado, son “yopes”

Respecto a los alimentos destaca que el comer mole amarillo y chapulines significa una no pureza de pertenencia zoquiteca. Estos no son alimentos prohibidos, los conocen y los han comido, pero les causa incomodidad que alguien ofrezca esto a sus invitados. Suelen asociar el consumo de chapulines y mole amarillo con pobreza. Una señora me decía, “sólo cuando hay difunto y no hay dinero se justifica que en el velorio alguien elabore el mole amarillo, pero ¿cómo va a ser eso siempre? No, no está bien, aparte eso es de fuera, de los valles, acá eso no se acostumbra”.

Las mujeres suelen esmerarse día a día en la elaboración de alimentos y este esfuerzo se redobra en los días de fiesta cuando todas las casas suelen tener invitados. Ello exige un arduo trabajo, ya que la preparación de sus guisos suele ser altamente laboriosa, dedican noches enteras a preparar los bachos, los bachitos¹ y los bocadillos², para exponer de manera pública lo que “de verdad” come la gente de Zoquitlán, incluso en la fiesta del año 2003, se otorgó un reconocimiento público en el municipio a todas las mujeres de Zoquitlán por conservar sus tradiciones a través de la comida.

MOMENTOS Y AMIGOS:

El día de hoy nos volvemos a encontrar a 18 años de distancia de haber iniciado esta gran obra social, actividad que ha permitido acercarnos a espíritu de cooperación comunitaria, probar su capacidad organizativa y demostrar con hechos su enorme fuerza de voluntad para salir adelante.

Cada año que pasa, se hace necesario reflexionar sobre lo ocurrido a través del tiempo y el espacio, sobre qué ha sido nuestra contribución en cada una de las acciones emprendidas y hasta qué punto hemos sido consistentes con nosotros mismos y con los demás. Sólo así tendremos nuestra presencia y nuestra aportación social, social y económica.

Hoy finaliza un período más de amistad con un mercado amable en el

embellecimiento de este hermoso edificio de AZORECMAN, lo cual debe ser motivo de satisfacción y orgullo para todos los que de una u otra manera disfrutamos las actividades del reloj para no sentir el tiempo invertido durante el desarrollo del trabajo en sus diferentes frentes.

Por mi parte debo agradecerles el favor que me hacen con invitarme año con año al festejo de su aniversario y aprovechando la ocasión, les pido con todo respeto tengan a bien aceptar mi saludo afectuoso y mi deseo sincero porque en cada uno de sus hogares y centros de trabajo, inclusive, reine siempre la madurez de criterio y la comprensión se haga presente en la toma de decisiones que a diario tenemos que tomar.

Con su apertura de nuevos horizontes nuestra vieja amistad, se abre a todos. ¡Felicidades!

SANTA MARSA ZOQUITLÁN, AZORECMAN Y SAN CARLOS XABTEPEC

Hace un año AZORECMAN tuvo a gran estilo de una muy respetable representación del noble Herrero de San Carlos Xabtepec como correspondiente a lo anterior visto que se les hicieron el 11 de noviembre durante su fiesta natal: Herano parte de solidaridad que reorganiza como servicio de nuestras actividades vitales.

En aquella ocasión, la familia de Antonio Parada y María Parada

ofreció un modesto pero muy rico almuerzo con lo que se recibió e nuestras amigas visitantes. En esta ocasión AZORECMAN se unió a la autoridad del pueblo para estar nuevamente en aquel lugar.

El presidente Gabriel Parada García agradeció esta visita haciendo votos porque la hermandad entre todos siga siendo el motor de nuestra amistad.

¡En hora buena!

Boletín informativo de los reconocimientos entregados en la fiesta anual de Zoquitlán. Fuente: AZORECMAN. 2003

¹ Los bachos y bachitos, son una variedad de tamal en hoja de maíz. Se rellenan con frijoles y pollo o con piloncillo y pasas.

² Los bocadillos son unos panecillos de huevo y manteca, que se guisan en un caldo de tomate con chile verde. De forma curiosa, los varones me decían respecto a este alimento, que seguramente los primeros españoles (sus antepasados) eso era lo que comían, porque en ninguna otra parte se saben la receta original.

Debo enfatizar, que el peso simbólico de la comida zoquiteca es igual de relevante entre aquellos que hoy viven en Ecatepec. Al inmueble de la asociación, llegan mes con mes, mujeres venidas del pueblo a vender manteca, pan, chiles, tortillas, tostadas y hojas de maíz, porque dice la gente que lo que se vende en la ciudad y en San Agustín no es igual porque lo traen de los valles y además porque los varones suelen ser exigentes en cuanto a la comida. Doña Luz me contaba *“para tenerlos contentos [a los hombres] hay que saber guisar todo lo del pueblo, si no es puro problema, por eso el que las mujeres vengan desde el pueblo, más que un negocio es una ayuda para que acá todos estemos bien”*

Los rasgos culturales objetivados, esconden tras de sí una multiplicidad de significados que poco a poco hay que ir descubriendo y engarzando con la noción de identidad de origen. De Vos (1995:22) señala que:

...particular cultures afford particular patterns related to aesthetic traditions used symbolically as a basis of self and social identity. Tastes in food, dance traditions, styles of clothing, and definitions of physical beauty are ways in which cultures identify themselves by aesthetic patterns.

Miguel Alberto Bartolomé (1997:48), en el mismo sentido, establece que “las formas culturales compartidas tales como la lengua, la historia o la religión, pero también un detalle en la indumentaria, la preferencia por ciertos alimentos, e incluso los modismos de un habla regional, se manifiestan como vasos comunicantes que vinculan individuos y reúnen colectividades a partir de sus contenidos emotivos”.

El que Zoquitlán sea un enclave mestizo importante dentro de la región sur de Oaxaca, que se distingue por la presencia zapoteca, obliga a sus habitantes a hacer evidentes ciertas distintividades y a poner todo su empeño organizacional y simbólico en las fiestas del pueblo, para que resalte el carácter zoquiteco por

sobre otros festejos de la región, como son los de Totolapa, San Carlos Yautepec, el Palmar, San Francisco Logueche y el Istmo.

Al festejo anual de Zoquitlán, año con año llega gente de la Ciudad de México, Ecatepec, el Istmo, los Valles y los Estados Unidos de Norteamérica. Ello implica un trabajo doble en cuanto a la recreación de las distintividades cualitativas. El papel que juega la recreación de estas distinciones, tanto en el lugar de origen como en el de residencia es clave, así que “la memoria colectiva realiza un verdadero trabajo sobre el pasado, un trabajo de selección, de reconstrucción y, a veces, de transfiguración o de idealización (cualquier tiempo pasado fue mejor)” (Giménez; 1986: 44).

Es necesario considerar que esta historia vivida conjuntamente previo a trascender y recrearse públicamente con otros, es seleccionada acorde a la situación contextual en la que se transmite. Por ejemplo, platicando alguna vez con los hombres del pueblo en una junta extraordinaria llevada a cabo en Ecatepec, reconocían entre dientes que “probablemente” si tenían una raíz zapoteca venida de San Francisco Logueche (comunidad vecina de Zoquitlán) ya que me manifestaban que algunas palabras que ellos suelen ocupar no existen en el español³ así como también mucho de lo que comen parece no tener precedentes en otras zonas⁴. Sin embargo, cuando intenté llevar esta misma plática al pueblo borraron de tajo esta historia que ya me habían contado y de hecho desviaron de forma inmediata el rumbo de nuestra conversación.

Evidentemente en un contexto urbano el sacar a la luz cierta parte de su pasado “indio”, cobra otros significados. Se vuelve útil para conminar e invitar a muchos de los jóvenes, ya mexiquenses, a seguir participando de la convivencia

³ “Shoegas” es la palabra que ocupan para referirse a unas tunas y también para decir que algo o alguien es o está espinoso. “Bishe” es recurrente para insultar determinada situación y alcanzo a comprender que significa mierda. El propio término de “bachos” tamales, es reconocida por los zoquitecos como una palabra zapoteca.

⁴ Según sus propias palabras, las shoegas sólo se comen en esa zona, así como el agua de calabaza con anís. Y por otro lado, el micoatole que ellos consumen dicen que es una receta “muy” diferente a la que tienen los del Istmo y los del Valle, de hecho esta creación culinaria la adjudican a los zapotecos de San Francisco Logueche y el Palmar.

comunitaria, a no olvidar sus raíces, en fin, a no enterrar su pasado. Así que como observa Giménez (1986:44) “la selección del pasado o reconstrucción del pasado se realiza siempre en función del presente, es decir, en función de los intereses materiales y simbólicos del presente. No existe ningún recuerdo absolutamente “objetivo” “. Esto lleva al analista a interpretar los hechos culturales a la luz de las condiciones históricas, sociales y geográficas que envuelven al grupo en observación.

Stavenhagen (1992:54) señala al respecto que:

Las agrupaciones étnicas, los grupos heterogéneos que se distinguen unos de otros por sus características étnicas se fueron formando y adquiriendo identidades propias como resultado de procesos históricos diversos. Así, algunos tienen un origen muy antiguo y pueden trazar su continuidad desde épocas remotas hasta la actualidad. Otros parecen tener un comienzo más reciente y su proceso de formación aún no ha terminado. Otros más, que alguna vez existieron, han desaparecido, ya sea por extinción física, o por transformaciones socioculturales y políticas que han contribuido a su desaparición”.

5.2. Los zoquitecos y los otros: las relaciones interétnicas de origen y su impacto en el lugar de destino

Las relaciones interétnicas de origen marcan a cada comunidad. Son éstas las que propiamente la definen, al constituir el nodo dentro del cual se afirman y niegan rasgos culturales específicos. En palabras de Barth (1976:10), esto significaría que “las distinciones étnicas categoriales implican procesos sociales de exclusión e incorporación por los cuales son conservadas categorías discretas a pesar de los cambios de participación y afiliación en el curso de las historias individuales”.

La cultura es el eje que ordena que los canales de comunicación se abran y cierren en momentos precisos. Al considerar a la cultura como un nivel de ordenamiento de la realidad, es ésta la que permite a los zoquitecos regular y sistematizar sus saberes, para de esta forma trasladarlos al nuevo espacio de residencia y ponerlos de forma efectiva en acción frente a un escenario urbano dentro del cual son comúnmente discriminados.

Es necesario decir que la situación de discriminación de la que son objeto los zoquitecos en Ecatepec es clara. Los habitantes no oaxaqueños que habitan en San Agustín y Santa Clara –provenientes de Morelos, Puebla y Guerrero, principalmente- me cuestionaron infinidad de veces el por qué yo estudiaba a “los oaxacos”. Esto expone a los zoquitecos en una situación contraria a la que comúnmente viven en el lugar de origen. Ahí el rol que desempeñan es de mayoría cultural. Al ser una comunidad de tipo mestiza enclavada en una zona predominantemente indígena son ellos lo que marcan las “correctas” pautas de conducta, pero al entrecruzarse con el espacio urbano es que surgen discursos y acciones renovadas para buscar la reafirmación, reivindicación y consolidación de su pertenencia con fines diferentes en relación al lugar de origen.

Es la confrontación con esos otros (curiosamente, también migrantes y también “mestizos”) la que permite la consolidación de lo que puede ser llamado, *su* noción de grupo étnico u originario y lo logran a través de operaciones complejas que implican un análisis tanto de los niveles simbólicos como de organización social.

El caso zoquiteco se torna más interesante cuando lo que buscan reivindicar es una categoría diádica de “mestizo – zoquiteco” y de “zoquiteco – mexiquense”. Lograr todo esto dentro de un municipio urbano y desde luego, multicultural, implica acciones que a la vista lucen contradictorias, no se puede obviar que el marco de la ciudad tiene un peso relevante en cuanto a la reconstrucción de la noción de sí. Evidentemente no pueden ser indiferentes a este espacio y su lógica segmentaria, resultado de la politización de este municipio. No olvidemos que en

las recientes elecciones para gobernador del Estado de México, Ecatepec determinó los resultados finales, de hecho, en este lugar dieron inicio las campañas de los tres candidatos.

La articulación de la comunidad zoquiteca migrante es posible por la recreación de un pasado. Aunque este sea un pasado de reciente invención, que se sustenta en muchos de los discursos y acciones observados en las comunidades zapotecas que rodean a Santa María. Es preciso reconocer que los zapotecos se convierten en una especie de alter ego para anclarse en la tradición milenaria del pasado indígena y justificar sus particularidades frente a los otros de una forma más elaborada⁵.

Hay prácticas cívico – religiosas relevantes que hoy emergen desde el espacio de AZORECMAM y que han permitido marcar claramente sus límites étnicos. Y al mismo tiempo (quizá sin proponérselo) han logrado cambiar y revalorar la posición de los grupos indígenas, que en un momento determinado fueron también objeto de negación y vergüenza por parte de los zoquitecos.

Un ejemplo interesante es la reciente adquisición de una vara de mando en el año de 1999, que para los zoquitecos migrantes significó la “verdadera” legitimación de su antigüedad como grupo originario frente a todo el núcleo urbano que les observa y critica. Esta vara es usada hasta la fecha para ritualizar el cambio de mesa directiva en AZORECMAM. Indagando el cómo esta vara llegó a sus manos, me contaron que muchas veces vieron a los zapotecos de San Francisco Logueche y San José Lachiguirí usarla en sus fiestas y les pareció que ello era un objeto “auténtico” y de mucho respeto, por lo cual consiguieron una y la dotaron de nuevos significados para darle mayor importancia a su festividad anual de cambio

⁵ Cuando los zoquitecos de Ecatepec narran los orígenes del pueblo, recurren siempre al mito de origen que cuentan los zapotecos serranos. Un hombre caminaba por la sierra, se encontró a una serpiente entre las piedras y antes de que lo atacara él arrojó una piedra y de ahí nacieron dos chorros de agua; que hoy son los ríos que rodean a Sta. María. En la versión “original” de esta narración el personaje principal es un zapoteco que viene huyendo de los españoles. La narrativa zoquiteca plantea que este hombre es un español que viene huyendo de los zapotecos del Valle.

de poderes, enorgulleciéndose así de su “antigüedad” y “autenticidad” frente a los urbanos ecatepenses.

Esta acción da cuenta de que sin lugar a dudas, la identidad étnica se crea y fortalece en contextos importantes de interacción política y cultural y obligadamente, parece no existir una correspondencia exacta entre lo que la gente piensa, dice y hace. Pero pese a esta aparente incongruencia entre el pensamiento y las acciones, queda claro que es posible leer e interpretar ordenadamente estos hechos que no se encuentran aislados ni inconexos con la totalidad social, sino que son atravesados por una serie de eventos que son reconocibles a partir de las manifestaciones específicas de los grupos humanos, sea a través de la historia local, el discurso o las prácticas sociales

Por otra parte, debo dejar por sentado que los zoquitecos permanentemente me insistieron en que se debía de estudiar también los usos y costumbres de ellos, es decir de los “mestizos”, porque eran formas diferentes a las de los indígenas. Me sorprendió la claridad que tenían respecto a que a Oaxaca se le estudia “exclusivamente” por los zapotecos, los triquis o los mixes, no así por los mestizos que son vistos como iguales y homogéneos. De forma particular me llamaba la atención que trajeran siempre a la mesa a Benito Juárez, porque decían que este personaje “indio”, era el “culpable” de que toda la gente creyera que en Oaxaca solo había “indios” y que todos se parecían a Juárez.

Gracias a estos cuestionamientos, pude reconocer y problematizar respecto a la vigencia y viabilidad que hoy tiene el uso de categorías tan ambiguas como la de “indígena” o “mestizo”. Reconozco que esta ambigüedad responde a la compleja carga histórica e ideológica que dichos términos tienen tras de sí, dado que emergieron en un contexto colonial y racista. Al respecto, Carlos Serrano (1995:41) hace la siguiente consideración, “bien es cierto que en un principio el término mestizo o mestizaje se refería a la mezcla racial, en el sentido de la genética de poblaciones. Pero en el transcurso del tiempo se le ha dado una

connotación cultural, a expensas del enfoque biológico que tiene en sus orígenes”.

No es posible perder de vista la infinidad de connotaciones que expresan dichos términos al estar asociados con discursos políticos o posicionamientos ideológicos. Por ello, hablar de “indígenas” o “mestizos” dice muy poco de los contenidos culturales que cada comunidad posee; me resulta difícil dissociar a estas categorías del racismo en México. Por tanto considero adecuado y a propia sugerencia del grupo, referirme a los zoquitecos como una comunidad cultural que se haya en oposición con otros grupos. No hay un solo tipo de mestizos, como dice Navarrete (2004:15) “esta concepción es una imagen simplificada que reduce la riqueza y pluralidad de sus culturas a una sola característica, la modernidad”. Se suele creer de forma por demás simplista que, los grupos “mestizos” o “ladinos” se hallan estructurados socialmente de una forma vertical, en tanto que los grupos indígenas ponderan fundamentalmente una lógica de organización social horizontal. Las evidencias etnográficas, ponen en entredicho esta interpretación.

Ahora bien, reconocer los procesos bajo los cuales se da forma y consolida esta noción de comunidad zoquiteca, implicó caminar el terreno sobre el cual se halla establecido el pueblo. De estas largas caminatas concluí parcialmente que el papel de las comunidades aledañas es clave en la consolidación de esta adscripción étnico-comunitaria. Son estas comunidades las que obligan a la población de Zoquitlán a esmerarse en su comportamiento público dentro de las fiestas -que es cuando el lugar se satura de gente venida de diversos sitios- y gracias a esta confrontación con muchos otros, es que se consolida la noción del nosotros.

Puedo establecer que la identidad zoquiteca está en pie por ser un evento relacional, no individual. Coincidiendo con Cardoso de Oliveira (1992:23) en su afirmación de que “las identidades étnicas, solamente serán comprensibles a

condición de ser referidas al sistema de relaciones sociales que les dieron origen. En esto, tal vez, se halle la peculiaridad del concepto antropológico de identidad y el etnocentrismo, como sistema de representaciones, es la comprobación empírica del surgimiento de la identidad étnica en su estado más primitivo – si me es dado expresarlo así -. A través de “nuestros valores no sólo juzgamos los valores de los otros, sino también a los otros” “

A lo largo de los caminos “ocultos” de Zoquitlán⁶, resalta a la vista la textura zapoteca, que implica un reacomodo de la historia local para justificar la presencia de esos “pequeños” relictos del pasado. Los zoquitecos en Ecatepec me contaban que esa gente había llegado ahí “recientemente” porque los contrataban como albañiles. Pero por su parte, los zapotecos de Logueche me manifestaban que tenían toda la vida ahí, aunque no participaran de los actos públicos del pueblo por ser “yopes”⁷ y me decían *“esas tierras [las de Zoquitlán] son de nuestros abuelos, son nuestras, nosotros también somos de acá.*

Esta fricción interétnica ha posibilitado que surjan acciones de los zoquitecos en favor de la “correcta” integración de estos grupos al pueblo. Destaca que en el camino que comunica a Logueche, a Lachiguirí y a Zoquitlán se ha colocado un nicho con la imagen de la virgen en su natividad (imagen central del pueblo) a instancias de que los “yopes” de esos pueblos dijeron que una piedra se había partido en dos y era señal de la presencia de dios. Los zoquitecos asistieron al lugar y dijeron que no era posible venerar a una piedra, así que se convocó a la comunidad del centro para colocar una pequeña capilla sobre la piedra partida para que los “yopes” supieran de la existencia del verdadero dios y siempre que entraran al pueblo se persignaran frente a una imagen de verdad, no en una simple piedra. Dicen los zoquitecos, que con este acto quizá muy pronto todos se

⁶ Me permito llamarles caminos “ocultos” porque la gente durante las diferentes estancias en el lugar me conminaba de manera insistente a no rebasar el radio que ellos sutilmente me marcaron, ya que decían que era peligroso y que a parte no había nada interesante que ver, sólo cerros y más cerros, me preguntaban “¿ para que va allá? ¿qué quiere ver? puro cerro pelón y seco”

⁷ Yope, es el término que se aplica a toda la gente que no pertenece a la comunidad. Posee diferentes significados, según sea el caso en el que se aplica puede significar torpe, pendejo, feo o indio.

entiendan mejor, ya que la misma virgen será la que les acompañe en el camino y les de “razón” a todos sus hijos para entender que Zoquitlán no es cualquier pueblo.

La capilla. Camino a Lachiguiri. Foto KVQ 2004

Es preciso señalar también que el vínculo con la ciudad y con los discursos promovidos por las autoridades del Estado de México en torno a la importancia de los migrantes para la entidad⁸, ha tenido también repercusiones directas en la

⁸ Insisto, no se debe omitir que en las últimas elecciones estatales muchos de los discursos planteados por los tres principales candidatos fueron dirigidos hacia el grueso de los migrantes procedentes de Oaxaca. Ecatepec y Nezahualcóyotl fueron los dos municipios que determinaron los resultados finales de esta elección y entre las “promesas” de campaña que con mayor ahínco se promovieron fueron las referidas a los apoyos a estos grupos para que sigan perpetuando sus tradiciones, reconociendo que su presencia para la entidad es por

comunidad de origen. En este sentido, los impactos e intercambios culturales tienen ida y vuelta entre los espacios en los que la vida de la comunidad zoquiteca se desarrolla. Muchos de los jóvenes zoquitecos – mexiquenses me señalaban que era importante “romper” con los prejuicios de relaciones sociales y que había que rescatar y promover el pasado.

A instancias de estas ideas, la gente de Zoquitlán establecida en Ecatepec sugirió que no se negara la posibilidad de participar activamente a otras comunidades de la misma región en el festejo del 8 de septiembre, llevado a cabo en el pueblo de origen. Por ello, en el año 2004, fue recibida por vez primera, una comitiva de bailarines procedentes del Valle de Oaxaca para que ofrecieran a la Virgen la danza de la pluma. Esta acción resultó “novedosa” para el pueblo porque nunca se había promovido este tipo de intercambios culturales. Inmediatamente por las autoridades de AZORECMAM este hecho fue incluido como tema importante a tratar en las juntas mensuales llevadas a cabo en Ecatepec, diciendo que hoy más que nunca había que reconocer esas raíces ancestrales para seguir luchando por los ideales de la reivindicación del pueblo en la ciudad.

demás importante y que había planes específicos para reconocer la diversidad étnica y así promover al Estado de México como un espacio abierto a la multiculturalidad.



Danza de la pluma. Fiesta anual Santa María Zoquitlán. Foto KVQ 2004.

5.3. Nosotros: procesos de identidad étnica entre los zoquitecos residentes en Ecatepec, Estado de México.

Una de las circunstancias centrales que da paso a la manifestación pública de la identidad étnica es el movimiento socio – espacial. Pasar de un lugar a otro incrementa el sentimiento de diferencia. Atravesar una frontera implica la constitución de filtros diferenciales que dejan pasar algunas cosas y otras no. Si a estos movimiento locales agregamos los regionales, nacionales e incluso internacionales resulta evidente que el planteamiento de que los escenarios globales dislocan los procesos culturales no es cierto, en el sentido de que es

justamente en el contexto de confrontación y movilidad permanente que la cultura, la identidad y las representaciones sociales se ejercen y se consolidan, por medio de la recreación del territorio de origen y de las redes de sociabilidad.

Con un complejo pasado a cuestas, los zoquitecos llegaron a Ecatepec cargando consigo lo dubitativo de su filiación territorial y su “oscura” raíz zapoteca. Y si estos pesares no eran suficientes, al irse estableciendo paulatinamente en este nuevo espacio fueron apodados por la comunidad de Morelos y Guerrero como “los oaxacos” que significa “pueblerinos, indios y atrasados”.

En paralelo con esta situación de discriminación, los accidentes sufridos por los paisanos en 1985, marcó la urgente necesidad de asociarse y defenderse de manera conjunta de esta compleja situación social. Sin embargo, salta a la vista el que a pesar de que tenían conocimiento de que en Nezahualcóyotl existían ya asociaciones de oaxaqueños decidieron no vincularse con éstas por ser en su mayoría encabezadas por gente zapoteca del Istmo y de los Valles, es decir “yopes”. Así que AZORECMAM fue adquiriendo forma con base en reglas estrictas de filiación, permitiendo exclusivamente el acceso a gente de Zoquitlán, San Carlos Yautepec y Totolapa.

Los primeros 22 asociados delimitaron como prioridad la comunicación permanente con las autoridades del pueblo, básicamente con el presidente municipal, el tesorero y el secretario. Hasta la fecha, año con año son tres visitas como mínimo las que hacen las autoridades locales a Ecatepec y estos encuentros tienen como objetivo hacer participar a los migrantes en las decisiones políticas por medio de aportes económicos. El discurso que persuade a los migrantes para seguir vinculados con la comunidad es que entre más dinero se aporte, el pueblo crecerá y logrará tener su carretera, lo que se traducirá en que la gente de Zoquitlán ya no saldrá y los ausentes volverán, este último señalamiento es sobre el que más se enfatiza y alimenta día a día el sueño del retorno.

Debe señalarse que ha habido proyectos importantes en cuanto a la infraestructura de vías de comunicación. Una de las obras más significativas fue el levantamiento de un puente sobre los dos ríos, para así tener asegurada la comunicación en la temporada de lluvias. Esto sucedió en el año 2001 y participaron el gobierno federal, estatal y municipal, junto con aportes económicos notables de los migrantes. Tan sólo la gente residente en Ecatepec, colaboró con 156, 000. 00 pesos y hubo consenso en cuanto a que el puente era indispensable.

SALUDO FRATERNAL

(Gracias Dios mío! Porque nos has permitido llegar con años renovados al 17 aniversario de la fundación de AZORECMAM. Muchos hermanos con el paso del tiempo se nos han adelantado y cuya presencia agradecemos siempre, dicho sea con todo respeto.

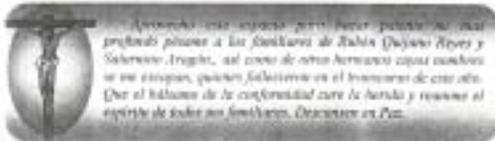
En lo personal me congratulo por tener una vez mas la oportunidad de estar entre ustedes mis apreciados parientes y hermanos y lo hago con el único propósito de compartir su alegría y participar entusiasta y voluntariamente de su fiesta de aniversario.

Cuando se estrecha la mano del amigo, del familiar, del hermano, etc., tal parece que la energía que nos transmitimos mutuamente, revivira nuestros sentimientos y como consecuencia se fortalece nuestro espíritu sin que para ello medie el menor atomo de irresponsables comentarios. El tiempo es tan valioso que resulta inútil ocuparlo en banalidades estupidas.

Considero este encuentro como la ocasión mas propicia para saludarnos con la mejor base de buenos deseos pensando que nada puede asegurarnos que el próximo año podamos volver a vernos. Sin embargo Dios es grande y la fe y la esperanza que en Él tenemos es limitada que no dudamos de que por muchos años continuaremos con vida, unidos y en paz.

Parientes y amigos todos. Los invito a saborear la vida, pensando en que esta es trabajo y satisfacción, alegría y vida. Cada uno de nosotros somos lo que queremos ser y la dicha puede estar al alcance de todo aquel que desea lentamente ser feliz.

Busquemos afanosamente el verdadero amor de hermanos que trata falta hacer, mediante una actitud respetuosa y solidaria. Seamos generosos y nobles de corazón, ya que en esto radica el hecho de vivir tranquilamente. Reciban un fuerte abrazo. ¡Hasta la vista!



PUENTE RIO DEL VALLE DE SANTA MARIA ZOQUITLAN

Aquí comparto el pueblo para la construcción de su puente.



1. Nuevo Vista	\$	18,000.00
2. Forajitos	\$	24,500.00
3. Tequiché	\$	12,200.00
4. El Duraznillo	\$	4,500.00
5. Yegala	\$	54,400.00
6. Agua del Hualte	\$	18,500.00
7. Gavilán y Jacal	\$	12,200.00
8. Monte de Lebré	\$	8,100.00
9. Río Seco	\$	45,500.00
10. San Pedro Guachá	\$	12,200.00
11. El Potrero	\$	9,500.00
12. Las Casas	\$	8,000.00
13. Tototlán	\$	20,415.00
14. El Camalón Yucat	\$	5,400.00
15. Tehuacanpec	\$	20,275.00
16. Doreca, Capital	\$	72,250.00
17. Mexico, Capital	\$	155,100.00
18. Papucllo	\$	20,000.00
19. Estado Unidos	\$	372,200.00
20. Zoquitlan, Mpio.	\$	810,000.00
21. Empresa del Oca	\$	54,400.00
22. Guachapa, Yucat.	\$	10,000.00
23. Dto. San Carlos	\$	10,000.00
24. Voluntarios y		
Ayudas de 2da.	\$	87,775.00
25. T O T A L	\$	1,808,361.00

APORTACIÓN TOTAL PARA EL DESARROLLO DE LA OBRA

COMUNIDAD \$ 1,808,361.00
 COPLADE \$ 4,250,000.00
 PARTICIP. FEJ \$ 6,419,281.00
 SUMA TOTAL \$ 11,257,642.00

La acción es una demostración de que cuando se quiere, se puede. Como éste, se pueden hacer muchas otras más. ¡Adelante!

 FUENTE: PATRONATO PRO-CONSTRUCCIÓN

Boletín Informativo sobre la construcción del puente. Fuente: AZORECMAM. 2001

Actualmente existe el proyecto de construir una carretera para llegar al pueblo. Pero a diferencia de lo sucedido con el puente en el 2001, hasta el momento la comunidad no ha llegado a un consenso respecto a la "valía" de esta obra. Lo que expone las diferencias existentes entre los migrantes establecidos en Ecatepec, los migrantes resididos en Carolina del Norte y los habitantes permanentes del pueblo.

Los zoquitecos de Ecatepec, consideran que hay otras prioridades como el remodelar el templo, comprar los santos que hacen falta y construir una casa para el cura. Para ellos, la carretera busca satisfacer los “anhelos modernistas” de los que se han ido al norte y que hoy ocupan puestos en la presidencia municipal. Sucede que muchos de los que hoy son autoridad, efectivamente han estado un largo tiempo en Estados Unidos e incluso en Canadá y regresaron para promover un cambio en el pueblo, que no ha logrado tener los impactos que ellos esperaban; de hecho se apuesta por su pronta salida, ya que a la par de querer una carretera, han promovido un sistema de elecciones partidistas y se han afiliado al PRD, cuando el modelo actual que priva en Zoquitlán es el de elección por usos y costumbres y en tiempos pasados el único partido que contaba con la aprobación de todos era el PRI.

La carretera, entonces, ha sido el pretexto para oponer a dos lecturas de la vida comunitaria y de la trascendencia que puedan tener estas obras materiales al interior de la comunidad en cuanto al aparato simbólico y las formas de relacionarse socialmente. Por un lado la visión tradicionalista –protagonizada por los migrantes de Ecatepec y los residentes en el pueblo- se niega a que haya camino asfaltado porque ello los expondrá al contacto de mucha gente y así se van a “perder sus costumbres”. Por su parte, la gente que ha trabajado en Carolina del Norte y Chicago y ha vuelto al pueblo o a Ecatepec- protagonizan la lectura “moderna” del proyecto comunitario, considerando vital un mejor camino por razones varias, la principal es que este grupo de migrantes ha comprado camiones de transporte y por el mal trazado camino de terracería sus unidades sufren daños permanentes y por otro lado, hay también el secreto a voces, de que muchos de estos migrantes se han vinculado con la siembra y venta de marihuana, por lo que un mejor camino significaría una mejor organización de estas redes.

Evidentemente con estas recientes tensiones, la construcción del nosotros se torna crítica y en este trance, el narcotráfico, los partidos políticos y la

permanente salida de gente hacia los Estados Unidos ha erosionado no sólo a Zoquitlán sino a gran parte de las comunidades oaxaqueñas, sean mestizas o indígenas. Y aunque es la pertenencia étnica la que orienta a los actores sociales para hacer frente a una situación de contacto interétnico, no podemos idealizar el funcionamiento pleno de esta noción.

Puedo considerar que la situación de contacto es motor parcial de la consolidación de lo propio, dado que “representa una amalgama, una mezcla genérica de diversas cosas, muchas veces descrito como una suma de ganancias y pérdidas entre sistemas culturales en conjunción” (Cardoso;1992:35) Esta situación es denominada por el mismo autor como “cultura de contacto” y reconoce las propiedades estructurales que posee:

- a) El carácter contrastante y su fuerte contenido de “oposición” con fines de afirmación individual o grupal.
- b) Su manipulación en las situaciones de ambigüedad, cuando se presentan al individuo o al grupo alternativas para la “elección” (de identidades étnicas) con base en el criterio de “ganancias y pérdidas” (como criterios de valor y no como mecanismos de aculturación) en la situación de contacto (1992:38).

De esta manera, el fortalecimiento de la autoadscripción comunitaria enfrenta día a día una “tensa calma”, producto del permanente juego de oposiciones. Indudablemente a lo largo de este trayecto, se parcializan muchos de los ideales culturales. La organización de los zoquitecos en Ecatepec es muestra de ello. Su nosotros, ha quedado reducido⁹, al no coincidir íntegramente con sus congéneres en muchas de las nuevas formas de representar a la comunidad. Así pues, de manera endógena los zoquitecos – mexiquenses han creado sus

⁹ Lo que no significa que pierda trascendencia y que por tanto no genere ninguna repercusión tanto en el lugar de origen como de residencia. De hecho, es dentro de esta operación, que esta renovada identidad se torna más interesante.

propias estrategias de invención y recreación “étnica” que de manera parcial repercuten positiva y/o negativamente en el lugar de origen.

5.4. Las estrategias revitalizantes de la identidad étnica entre migrantes

AZORECMAM representa para los zoquitecos establecidos en Ecatepec, el traslado de la comunidad. Dentro de la asociación se promueven semanal y mensualmente reuniones que buscan fortalecer las redes de pertenencia y crear mecanismos estratégicos para que la gente joven y los niños, ya nacidos en el Estado de México, no se deslinden en su totalidad de la comunidad de los padres y abuelos.

En los últimos tres años, AZORECMAM promueve la impartición de clases mensuales alrededor de la historia de Oaxaca y del pueblo, la recreación de algunas fiestas y bailes populares, así como un sistema de cargos extendido dentro de los niveles civiles y religiosos. Por ejemplo el día de la partida de la rosca se busca que la madrina del niño Dios sea una niña o que en los festejos del día de la madre sean los varones jóvenes los que se encarguen de la limpieza del local y sirvan la comida a sus madres o esposas; en caso de negarse a participar en alguna de estas actividades, la crítica recae sobre toda la familia, así que es difícil que no se inserten en este sistema.

Sin embargo, esta exigencia en cuanto a la participación de los niños y jóvenes ha propiciado cierto alejamiento de algunos asociados, porque no quieren obligar a sus hijos a que participen de AZORECMAM. Por tanto, vale señalar que pese a la insistencia de los fundadores de la asociación en decir que AZORECMAM es igual a Zoquitlán, infinidad de aspectos demuestran que esto resulta una verdad parcial. Muchos conflictos ha generado este estricto sistema de participación. Algunas familias ya no están dispuestas a pagar las mensualidades de su “membresía”, porque sus hijos les han asegurado a un sistema formal de salud pública, tales como el ISSSTE o el ISSEMYM. Por otro parte, los jóvenes consideran anticuadas las fiestas y las actividades que los “viejos” de Zoquitlán

promueven. No les gusta su música o consideran que es muy cansado organizar tanto festejo. Por todo esto, diré que la asociación representa, de forma fragmentada, a cierta parte de la comunidad, vamos representa a los primeros zoquitecos migrantes y a la primera generación de niños (hoy jóvenes) ya nacidos en territorio mexiquenses quienes se distinguen por una abierta participación dentro de AZORECMAM, pero han ido quedando fuera los nietos y muchos de los que hoy se establecen en Carolina del Norte.

Pese a estos conflictos, diría yo menores, y las resonancias diversas que hay en torno a la adscripción zoquiteca, es innegable que AZORECMAM hoy es un campo social eficaz dentro del cual se crea y revitaliza una identidad étnica en un espacio urbano. Son 225 socios activos lo que hoy se siguen congregando mes con mes, siendo las fiestas el principal motor que les hace coincidir.

Los festejos no dejan de ser efectivos para convocar a buena parte de la comunidad. Incluso cuando son las dos principales celebraciones (8 de septiembre y el primer sábado de diciembre) muchos de los desaparecidos “aparecen”. En estos días la asociación llega a contar con la presencia de más de 600 migrantes, por lo que la recreación de las fiestas y sus distintividades cualitativas se tornan fascinantes. Llevan a cabo procesiones, sin tomar en cuenta la obstrucción de la R-15 (avenida principal de la colonia San Agustín), abren duelos musicales entre las bandas que les visitan de Zoquitlán y San Carlos por un compromiso de origen, se visten con su rebozo o sombrero, beben mezcal hasta caer rendidos y poco les importa el que sean observados por los otros. Incluso abren las puertas para que participen del convite, aunque suele haber poca respuesta por parte de los vecinos, quienes dicen sentirse fuera de contexto al entrar al inmueble. Unos jóvenes, hijos de migrantes morelenses y vecinos de una familia zoquiteca me señalaban *“esta raro eso de que entras ahí y te reparten hojas para cantar su himno y rezar la oración del zoquiteco ausente, eso como que te marca, es como para dejarte ver que no eres del grupo y pues*

nosotros no sabemos bailar como ellos, así que te miran como bailas y luego, luego te hacen burla”.

Es cierto. Entrar al gran edificio que acoge a los zoquitecos, resulta una rica experiencia porque pese a lo aparatoso de la construcción (con una tendencia modernista, futurista o algo semejante) parece que el tiempo se detiene y da paso a la transformación del espacio, olvidando casi por completo que donde uno está parado es en Ecatepec, el municipio más poblado de México. Estando dentro, uno puedo comer con calma bachitos, beber chocolate, tomar una copa de mezcal y platicar horas y horas sobre los cerros y las brujas que existen en Zoquitlán. Hay fotos que aluden a todos estos espacios y por supuesto son resguardadas por un gran altar en honor a la Virgen María en su Natividad, a la Virgen de la Soledad y a la Virgen de Guadalupe.



Espacio interior de AZORECMAM. Ecatepec. Foto KVQ 2003

Con este escenario de fondo, es que se posibilita la recreación de la comunidad. Los lazos afectivos, la idea de un origen común, rasgos culturales compartidos y la convergencia en torno a las celebraciones religiosas, logran mantener un eje de articulación, que se sobrepone a las diferencias existentes entre los miembros del grupo. Mes con mes, llegan familias completas a escuchar las noticias del pueblo, a proponer acuerdos, a tomar su clase de historia y a compartir una taza de chocolate o una copa de mezcal. Estas juntas mensuales constituyen un ejercicio de recreación permanente alrededor de Zoquitlán y es quizá la suma de todos estos aspectos los que me permiten afirmar que los zoquitecos hoy configuran una interesante arena étnica, que nace en el seno de contradicciones múltiples y por consiguiente los coloca en el centro del debate académico en torno a lo que es o no un grupo étnico.

5.4.1. Creación y recreación de la comunidad

Toda comunidad establecida en un lugar ajeno al de origen, se recrea esencialmente a través de las representaciones sociales que juegan un papel trascendente en esta transición socio espacial. Gilberto Giménez (2000:59) propone una lista de representaciones que se objetivan en función de cinco aspectos y que son identificables a la vista del observador:

- a) Una tradición archivada en la memoria colectiva, que remite a una línea de ancestros comunes.
- b) La reivindicación permanente de sus territorios ancestrales como lugares de anclaje, memoria colectiva, contenedores de su cultura y referente simbólico de su identidad social,
- c) La valoración del lenguaje, dialecto o sociolecto no sólo como medio de comunicación intragrupal, sino como archivo vivo de su cosmovisión y símbolo distintivo de su identidad cultural,
- d) La valoración del sistema de parentesco como fundamento primordial de su pertenencia grupal

- e) Un complejo religioso-ritual que actualiza, reafirma y renueva la identidad del grupo, mediante la dramatización de su visión del mundo, la vida y la muerte.

Mirando a detalle las variadas acciones de los zoquitecos en un nuevo contexto e identificando los resultados contrastantes de dichas acciones. Es posible afirmar que son las representaciones sociales, a las que alude Gilberto Giménez, las que posibilitan la articulación de la comunidad y su trascendencia hacia el campo de lo étnico, dado que constituyen los pilares de un proyecto común. En diversas direcciones, la lengua, las fiestas religiosas o el anclaje en un origen común constituyen los elementos a conservar y/o a recrear de manera insistente para consolidar una determinada pertenencia.

5.4. 2. AZORECMAM

La Asociación de Zoquitecos Residentes en la Ciudad de México y Área Metropolitana (AZORECMAM) se ha constituido como el referente central de la comunidad migrante. Participan activamente doscientos veinticinco individuos, aunque en la lista oficial se registran trescientos sesenta y dos socios inscritos.

Los individuos participantes de este grupo, reconocen que la mayor “virtud” de la asociación es que mantiene viva a la tradición del pueblo. En este espacio se ponen en movimiento de forma efectiva, varias representaciones sociales que permiten sobrellevar de mejor forma la condición de migrantes y de minoría cultural.

Después de asistir a múltiples juntas celebradas en la asociación, pude reconocer la valía de cinco acciones que se desarrollan y promueven por parte del grupo, consolidando toda una red de comunicación que se ve reflejada en la organización social amplia de todos los zoquitecos.

Indudablemente todos ellos convergen en la idea de un origen común y lo refleja el lema que suelen repetir a cada momento “somos todos hijos de la misma madre”. La representación a la que se alude es a la comunidad de origen y que busca trasladarse al nuevo espacio por medio de la asociación, vigente desde el año de 1986.

El establecimiento de esta organización civil ha promovido la impartición mensual de una clase de historia local, la regulación de los matrimonios entre personas procedentes de la misma zona, la filiación de los niños zoquitecos-mexiquenses a la asociación de migrantes, el impulso de un sistema de cargos que obliga a todos a participar de forma efectiva por medio de donativos económicos y/o presencia en el pueblo durante los días de fiesta, así como un himno de la asociación, que se entona después de cada junta. Extraigo un fragmento de la pieza en la que se sintetiza los ideales comunes de los migrantes:

I

*Entonemos en este gran día
nuestro himno de unión fraternal
y cantemos con grande alegría
todos juntos por un solo ideal*

II

*Zoquitecos todos de la mano
marcharemos con grande lealtad
nuestro esfuerzo no será en vano
trabajando con grande hermandad*

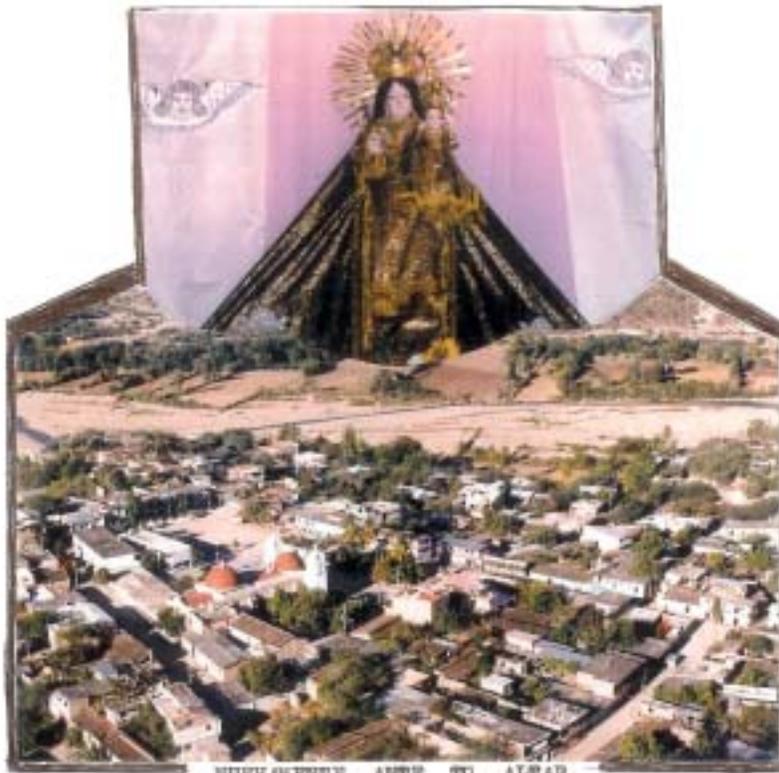
III

*Siempre unidos todos lucharemos
por el lema de fraternidad
y busquemos para los hermanos
el amor y la felicidad¹⁰*

¹⁰ Letra y música del profesor y ex presidente municipal Juan López Parada. Octubre de 1986

Todo esto busca representar al pueblo en su conjunto, no sólo a los migrantes. Eso suelen decir los zoquitecos respecto al papel que hoy desempeña la asociación. A partir de todas estas recreaciones, el compromiso con el lugar de origen sigue en pie a pesar de la distancia y en gran medida estos compromisos se sostienen a través de la tradicionalidad, que es entendida como “un conjunto de prácticas ritualizadas que se construyen en la interacción social, y como una forma de distinción que permite a los actores sociales seleccionar aquellos elementos que les llegan (o se les imponen) desde el exterior y, a la vez, conservar aquellos que simbolizan su distintividad y cohesión social. Las tradiciones son prácticas sociales que pueden incluso ser “inventadas” en respuesta a situaciones novedosas y a cambios bruscos” (Oehmichen; 2000:52)

Como una representación aparte debe ser tratada la religión, que junto con la noción de comunidad constituye el nodo que permite dar cauce a todas las representaciones citadas. El ser católico es requisito obligado para asumirse como zoquiteco, es nula la presencia de practicantes de otra doctrina religiosa y la imagen de la Virgen de Santa María es la que hace coincidir, a pesar de sus diferencias, a todos los migrantes. Giménez (2000:63) reconoce “el santo patrono constituye siempre la base de la organización social y del consenso simbólico, en cuanto se le considera no sólo como el protector y el abogado local, sino sobre todo, como centro de convergencia de todas las relaciones sociales, principio vital de la comunidad y elemento clave de su identidad”.



NUEVAMENTE ANTE TU ALTAR.

Nuevamente MADRECITA
 Estamos ante tu altar,
 Ofreciéndote plegarias
 que Tú las has de escuchar.

No podemos VIRGENCITA
 olvidar este momento,
 en que estamos celebrando
 tu glorioso nacimiento.

Hoy toditas las creaturas
 te piden con dulce anhelo,
 estar juntito de Tí
 abrigados con tu manto .

TU ERES LA ABOGADA NUESTRA
 Dueña de toda BONDAD ,
 Tú Eres la que veneramos
 VIRGEN DE NATIVIDAD .

ZOQUITECOS de las manos
 ante Tí siempre estarán,
 Orando por sus hermanos
 de tu pueblo ZOQUITLAN..

Ya nos vamos MADRE MIA
 Vas en nuestro corazón ,
 Dáenos OH VIRGEN MARIA
 TU MATERNAL BENDICION .

AUTOR:- Juan López Parada .

SANTA MARIA ZOQUITLAN SEPTIEMBRE 8 del 2003
 LA AUTORIDAD MUNICIPAL Y LOS ENCARGADOS DEL TEMPLO.

Oración a al Virgen. Fiesta Anual 2003.

Resulta evidente que en Zoquitlán hay diferencias económicas y políticas, pero en lo que se refiere a la convergencia religiosa no hay duda, todos son católicos y puede decirse que aquí si se hace efectivo el lema de que “no se aceptan propagandas religiosas de ningún otro tipo”. Hay como anécdota –real o

imaginaria- que los únicos promotores de una religión cristiana fueron echados del pueblo a balazos y que incluso algunos de ellos murieron al ser castigados por la virgen del pueblo, así puedo afirmar que el eje que articula a la comunidad pese a todo es la práctica del catolicismo, al llevar de forma implícita las celebraciones que propiamente ponen en movimiento y contacto a toda la comunidad.

Los festejos centrales de los zoquitecos migrantes giran en torno a eventos religiosos. La fiesta del 8 de septiembre, da paso a juntas extraordinarias llevadas a cabo con dos o tres meses de anticipación en Ecatepec, porque de ahí se desprende la celebración del día del zoquiteco ausente y en esta fecha (7 de septiembre) la participación de todos los migrantes debe ser activa, ya que se hacen presentes llevando al pueblo “el convite” que consiste en hacer regalos a todo el pueblo¹¹ y por otro lado tienen el compromiso de llevar al cura que oficiará las diversas misas celebradas durante esos días. Durante los años 2002 y 2003 el cura que asistió al pueblo provenía de Ecatepec de Morelos.

El día del zoquiteco ausente, es la máxima celebración que en honor de los migrantes se lleva a cabo, porque como me lo hicieron saber, *con la celebración de este día queda claro que nosotros debemos ser mayormente valorados, finalmente nuestra ausencia nos hace doblemente zoquitecos*. Durante este festejo, el pueblo se vuelve intransitable porque llega gente del Distrito Federal, Ecatepec, Estados Unidos, Ocotlán, Tlacolula, el Istmo, Oaxaca, Puebla, Irapuato y Chiapas y dentro de todo este gran grupo de migrantes, los provenientes de Ecatepec, son los mayormente celebrados por presentarse solidamente organizados a través de AZORECMAN y porque se presentan con hijos y nietos, oficialmente ya no originarios del pueblo, pero con un claro manejo de los códigos zoquitecos, como el modo de hablar y las maneras de comportarse respectivamente hombres y mujeres.

¹¹ Se regalan comúnmente cubetas, tinas, bolsas de mandado, estampa religiosa, dulce y comida enlatada, que son arrojados al azar desde el balcón municipal a ritmo de sones oaxaqueños, interpretados por la banda musical.

Esto permitió que en el año 2002, AZORECMAM promoviera el reconocimiento público de los jóvenes -hijos de zoquitecos migrantes- que se han preparado y han obtenido un nivel de estudios superior al de la secundaria. A partir de ese año el presidente en turno de la asociación y del pueblo, otorgan un diploma a todos los profesionistas dentro de un acto público al que es convocado toda la comunidad. Utilizando el sonido local y el balcón principal del palacio municipal, las autoridades gritan al unísono: *“¡Vivan los zoquitecos profesionistas!, ¡Vivan los padres de los zoquitecos ilustres! ¡Qué viva la gente inteligente, que hará de Zoquitlán un lugar próspero!*



Reconocimiento a jóvenes profesionistas. Hijos de migrantes de Santa María Zoquitlán. Foto KVQ 2002

La riqueza simbólica que contiene dentro de sí la celebración del día del zoquiteco ausente es notable, implicando la precisa atención del observador en cuanto al levantamiento de datos que muchas veces escapan de las manos, ya que diferentes acciones suceden al mismo tiempo. Tratando de reconstruir todo lo que acontece en ese día, puedo decir que el principio lo marca la procesión de todos

los migrantes que se efectúa en las principales calles del pueblo alrededor de las ocho de la mañana; de forma paralela el presidente de AZORECMAM emite un discurso público en una capilla contigua al templo principal. Dentro de este discurso se alude a la difícil vida en la ciudad, a los antepasados y la virgen protectora de todos. Al mismo tiempo, pero sobre la puerta principal del templo, algunos miembros de la asociación reparten hojas con pensamientos y reflexiones de lo que significa ser zoquiteco desde el punto de vista de los migrantes. Finalmente niños y jóvenes distribuyen programas de mano que convocan a todo el pueblo para asistir al reconocimiento público de los zoquitecos ausentes “ilustres” que han tenido una trayectoria positiva para que el pueblo se engrandezca. A la par de este festejo reciente, el presidente municipal da aviso de la junta comunal extraordinaria que se lleva a cabo el mismo día, para tratar asuntos relevantes con los varones migrantes que básicamente son llamados para exponer sus conflictos de tierra, para ponerse al día con el pago de impuestos y deudas locales así como para proponer las acciones que han de desarrollarse a lo largo del año para que el pueblo siga creciendo.

A sabiendas de tener claro todo lo que implica el festejo del zoquiteco ausente, los migrantes se reían de mí cuando les preguntaba ¿y por qué vienen cada año, cuál es la importancia que posee esta fiesta para ustedes?, me decían entre risas y seguramente pensando firmemente que yo era una yope hecha y derecha: *¿qué no ve?, si no estamos aquí no somos nadie, esto de venir a la fiesta, pues sí, si tiene que ver con el festejo, con la virgen, con la plática, con el no olvidar lo que somos, pero pues ¿qué no ve? si no venimos no somos nada, imagínese que será de nuestras tierras e hijos si no venimos*

Así pues, AZORECMAM es uno de los principales protagonistas en la fiesta anual de Zoquitlán, ganando este derecho por el notable papel que ha desempeñado en la conservación de las tradiciones del pueblo a pesar de estar tan lejos. El que hoy la asociación sea una institución legitimada y aplaudida por toda la gente del pueblo ha implicado una organización estratégica, para que

ningún migrante escape de participar en algún momento. Un ejemplo interesante que demuestra como nada de lo que ocurre es casualidad, se vio reflejado cuando en el año 2002 la participación de la comunidad de Ecatepec fue menor. Al regreso de la fiesta hubo molestia por parte de la mesa directiva y se expuso la penosa ausencia de los migrantes en el pueblo, así que para sutilmente obligar a que volvieran en los años siguientes se promovió la “ley” de que sólo durante la celebración de la fiesta anual se llevarían a cabo los bautizos y las comuniones de los niños –hijos de migrantes-, todo esto a instancias de la asociación y como tal fue asumida esta “ley” desde el año 2003, lo que se tradujo en un regreso inminente de la comunidad migrante al pueblo, aunque sea una vez al año.

En el plano de otros festejos secundarios, no pueden dejarse de lado las fiestas que se celebran exclusivamente en Ecatepec. Si bien es cierto que éstos son menores y no tan notables como el que se lleva a cabo en Zoquitlán, tienen de igual manera un peso significativo en cuanto a la organización de la comunidad.

El calendario local de festejos descansa en seis celebraciones importantes: la partida de la rosca de reyes (6 de enero), el pago de la deuda el día de la Candelaria (2 de febrero), el día del niño (30 de abril), el día de la madre (10 de mayo), el día de muertos (2 de noviembre) y el primer sábado de diciembre que se celebra el cambio de mesa directiva de la asociación. En todos ellos participan los migrantes por medio de donativos económicos, en especie y de ayuda, el no hacerse presente por ninguna de estas tres vías significa el desprestigio social, así que durante esos días uno puede identificar propiamente a la gente realmente comprometida y vinculada con los ideales de AZORECMAM y como ya lo decía, en estas fiestas hacen presencia muchos de los asociados que se han alejado del grupo y aunque hay rumores de crítica alrededor de que les parece “cínico” que sólo se aparecen en las fiestas, son bien acogidos e integrados de forma inmediata a la celebración.

Dentro de todos estos festejos locales, indudablemente el que mayor importancia cobra es el del cambio de mesa directiva. Este representa la convergencia de “todos” los zoquitecos. En este caso, quienes dan presencia y ambiente a la fiesta es la gente venida del pueblo. Llegan dos camiones de Zoquitlán y uno de San Carlos Yautepec, con las bandas y la comida que se ha de compartir con todo aquel que sea invitado. En estas grandes comitivas venidas del pueblo, llegan vendedores de sombreros, huaraches, pan, mole, chiles, tamales, rebozos y capulinas¹². A ritmo de música de banda se hace la entrega de la vara de mando a la nueva mesa directiva, se celebra una misa dentro del inmueble, se lleva a cabo un duelo de bandas entre San Carlos Yautepec y Santa María Zoquitlán y se da paso al baile que termina a las doce de la noche. Destaca que a partir del año 2002 la asociación logró que se les “prestara” la virgen de la capilla de Santa Clara, ubicada a una distancia corta de la colonia de San Agustín, esto con la intención de que una imagen suprema fuera testigo de este importante evento y es viable considerar que resulta un paso importante para la integración de la comunidad zoquiteca a Ecatepec.

En lo referido a las otras fiestas (principalmente la del día del niño y la madre), la participación de los migrantes no es tan notoria, aunque no podemos dejar de señalar su eficacia en cuanto a contenidos simbólicos, dado que éstas exigen un esfuerzo doble porque su organización descansa exclusivamente en los varones. Son ellos los que se encargan de comprar dulces, conseguir la comida y llevar la música, todo esto con el fin de mostrar públicamente a la comunidad de Ecatepec, que los varones zoquitecos son capaces de cambiar los roles sociales aunque sea por un día y debo decir que su objetivo se cumple, ya que la gente de Morelos me señalaba con sorpresa el que los varones zoquitecos el día de la madre sirvan de comer a las mujeres, calienten las tortillas y les traigan serenata,

¹² Las capulinas son chamarras de piel de venado que forman parte del vestido de los zoquitecos que son vaqueros y becerreros del ganado de la virgen. Esta prenda es utilizada esencialmente para los trabajos en el cerro porque los protege de los rasguños de los árboles, sin embargo los zoquitecos ciudadanos las han convertido en sus chamarras de lujo para los tiempos de lluvia y son altamente demandadas durante este día de festejo.

esto en alguna medida permite enfatizar las diferencias entre esta gran arena de migrantes que a simple vista luce como homogénea.

Finalmente, es preciso mostrar los testimonios de tres actores aparentemente inconexos por sus particulares historias de vida, pero que finalmente coinciden por su vinculación con la asociación y de ésta tienen una opinión muy propia dado que es matizada por la experiencia vivida de cada uno de ellos. Por un lado están las palabras de Don Nicolás M. M, quién es fundador de AZORECMAM y uno de los personajes con mayor prestigio dentro de la comunidad migrante, por otra parte la historia de Silvia S.S. expresa otro punto de vista alrededor de la asociación, es ella una migrante nacional e internacional que ha pertenecido al grupo y que hace una lectura del funcionamiento de AZORECMAM a partir de su experiencia como migrante y finalmente incluyo el testimonio de Janeth A. S quien al ser una mexiquense residida en el Distrito Federal pero hija de zoquitecos migrantes, hace un balance de lo que la asociación se ha propuesto y ha logrado.

El fundador de AZORECMAM: Don Nicolás M. M.

Puedo afirmar que el trabajo en campo con la comunidad zoquiteca ha sido posible gracias al respaldo invaluable de don Nicolás. Este hombre es sin lugar a dudas el que mayor prestigio social tiene al interior del grupo, por ser el principal promotor de AZORECMAM y haber sido quien acogió a la mayoría de los migrantes dentro de su primera salida rumbo a Ecatepec.

El Señor Nicolás fue de los primeros en salir rumbo a la ciudad de Oaxaca y posteriormente a Ecatepec. Su itinerario ha sido accidentado y ha desempeñado múltiples oficios, desde molinero, cargador y obrero hasta sastre. Evidentemente él cuenta la historia de AZORECMAM con particular gusto porque fue el primer presidente de la asociación. Su testimonio idealiza mucho de lo acontecido en el camino pero por otro lado, esta cierto de la faceta crítica por la que atraviesa el grupo. Sus hijas asisten con cierta regularidad a las juntas; pero

sus nietos hoy se resisten a participar en el sistema. Dos de sus cinco nietos, nacieron en los Estados Unidos y hoy están de vuelta en Ecatepec. La vía por la que ha logrado que estos niños se vinculen con el grupo, ha sido a través de fincar un compromiso religioso con el niño Dios que se venera en el grupo cada dos de febrero. Su nieta es hoy la madrina de esta imagen y dice Don Nicolás *que a todo se podrá negar esta niña de 10 años, menos a dejar abandonado al niño Dios.*

Fue Leonor Aragón y Mario Rosales, los primeros en comprar casa aquí. Yo llegue por ahí del sesenta y cinco, ellos ya estaban acá y me ayudaron a sobrevivir los primeros días, me recomendaron en los molinos de la Merced y así tuve mi primer trabajo, pero de a principio yo no me quería venir a vivir acá, estaba muy feo, así que renté cuarto en la 20 de noviembre, era un pinche cuartito, pero ni modo no había pa´ más y pues que la mujer y las hijas me extrañaban, así que me las traje, acá llegue con las dos muchitas y tía Luz, estábamos jodidos, pobres, pobres y luego los paisanos ya me avisaban, que allá le va mi hijo tío Nico, que ya va para allá mi nieta y no sabe, aparte de nosotros recibir a cinco, siete gentes más, pesado el compromiso, pero ni modo de negarse, pues yo era el mero de Zoquitlán, porque Leonor y Mario eran de San Carlos, así que conmigo había más confianza, así que pues me puse a pensar, tengo que comprar casa, sino donde voy a recibir a tanta gente que se viene y se viene, ni modo de negarme y pues voy de regreso para Ecatepec, allí estaban baratos los terrenos, en San Agustín estaba baratísimo, pues como no, estando tan feo y con el canal al lado, pero ya con la familia aquí uno que se pone a pensar en esas cosas. Pues compre mi terreno, finque mi casa y entré a trabajar a la refaccionaria donde me jubilaron, pensé en la casa grande, para recibir a todos y así fui levantando a la casita.

... después para esos años, setenta y tantos ya éramos muchos y pues platicaba con Mario, necesitamos una asociación porque si no estos

pendejos nos van a comer y así se nos unieron Blas, Roberto, Arturo y los otros dos Nicolases, nos decían los tres Nicos y puse mi casa junto con la de Juan Santos para que nos ayudáramos, teníamos muchos problemas de dinero, de trabajo y pues ya todos juntos los solucionábamos, aunque he de hablarle con la verdad, no todos jalaron, porque la asociación te pedía compromisos y más dinero, y a parte siempre pensábamos en que si ya estábamos acá teníamos que apoyar allá en el pueblo y pues eso ya a muchos no les gusto, eso de los compromisos y los cargos son pesados y más con familia y pues así se fueron muchos lo más lejos posible, que unos para Tláhuac, otros que para Irapuato y de otros ya no volvimos a saber, pero bueno hoy cuando ya tenemos tantos años yo creo que si hemos hecho bien las cosas, eso sí pensando en todos, aquí quien llega y piensa sólo en sus problemas no funciona o pensamos en el pueblo o mejor no pensamos en nada y nos vamos, pero pues siempre hay problemas, que yo por qué, que ya te robaste el dinero, que por qué él es el presidente y no yo, pero bueno aquí estamos, ¿no? a pesar de tanto problema estamos y nos hemos ayudado, nadie se ha robado sólo por ahí dos que tres yopes, pero AZORECMAM seguirá hasta que los hijos quieran, pues uno ya que, ¿no? ya vamos de salida, fíjese yo ya tengo setenta y tres...

Silvia y su historia

Silvia tiene una historia particular, ha ido de Zoquitlán a Oaxaca, de Oaxaca a Ecatepec y de Ecatepec a Carolina del Norte. Actualmente reside en los Estados Unidos, trabaja en un restaurante de lavaplatos y desde hace seis años no ha podido regresar al pueblo. Muchas cosas le han pasado en su trance migratorio y accedió a contarme algunos de esos episodios por comunicación telefónica. He de decir que yo supe de Silvia por su madre, doña Gloria, que en más de tres ocasiones me dio hospedaje en su casa, por ella supe muchas cosas de su hija y en los días de fiesta cuando Silvia hablaba con su madre, doña Gloria le hablaba de mí, poco a poco adquirí parte de su confianza y así fue posible que por

teléfono nos conociéramos, sostuvimos una larga plática de la que he extraído algunos fragmentos.

Me casé joven, sólo tuve un hijo, a Luisito y pues ya con el hijo, que hacíamos en el pueblo, no había labor, no había dinero y pues nos fuimos a Oaxaca, ya con mi marido, Luis, enfermo, pero pues en Oaxaca las cosas estaban igual y tío Nico me dijo pues vente para acá, y así llegamos a Ecatepec. Ya estaba la asociación y pues nos inscribimos, Luis con la enfermedad trabajaba cuando podía y pues yo de sirvienta de qué más, pero que se pone grave Luis y de hospital en hospital anduvimos con la asociación y se murió, llevamos el cuerpo al pueblo, pero yo me tenía que regresar a trabajar, me traje a mi mamá y a Luisito de cinco años, mi mamá me ayudaba pues cuidaba al niño, hacía tamales de frijol y atole de maíz y los vendía, pero no ganábamos mucho y allí seguíamos con tío Nico y yo me desesperaba, y los del pueblo me decían pues regrésate acá, te vas al norte y Gloria y Luis están acá mejor, pero yo no quería la escuela era mejor en Ecatepec, así que pues me esperé hasta que Luisito entró a quinto, los de la asociación me ayudaron tanto, que con los útiles, que con el uniforme, pero ya me daba mucha pena, así que un día me regresé no más acabó la escuela y nos regresamos, juntamos algo de dinero y dejé a Luisito y a mi mamá y me fui a Carolina con la ayuda de tío Chayo.

...pues acá está bien difícil, pero no más junto dinero y se lo mando a mi mamá, dicen que ya la casa está levantaba, tengo muchas ganas de ir, pero no puedo ahorita estoy criando bebé, me junté con un hombre de Guatemala y con que cara regreso, mi mamá y Luisito entienden más, pero los del pueblo no, me critican mucho que ¿por qué con uno de fuera, que por qué no de Zoquitlán si aquí hay tantos y qué digo?, ya son seis años que no veo a mi muchito, que dicen ya es muchacho, que ya tiene bigote, pues ya tiene quince años, pero pues lo de los papeles está difícil,

con el bebé más difícil y luego pienso en todo lo que me van a decir, así que mejor me espero a que se les olvide más...

Janet: una zoquiteca mexiquense

Conocí a Janet en la fiesta de Zoquitlán en septiembre del 2003. Me invitó una madrugada a subir al cerro de Pueblo Viejo que se cree tiene los vestigios del pueblo original. Era su deseo conocer esas raíces y promovió una salida al cerro entre los jóvenes y niños, a la cual sólo asistimos ella y yo y el topil que nos guió en semejante travesía. Ella es una mujer joven de 28 años, que ha nacido en el Estado de México y que actualmente reside en Tláhuac, donde tiene su consultorio de dentista. Janet, al no provenir del pueblo tiene su particular lectura de la asociación, a la cual en algún momento perteneció. Actualmente su participación es esporádica aunque nunca falta a la misa del zoquiteco ausente para acompañar a sus padres.

Pues yo vengo aquí nada más de acompañamiento, me gusta venir, mi otra hermana es más difícil que venga, ya se siente muy chilanga, pero a mi si me gusta estar aquí y venir a oír a los tíos y escuchar sus historias, aunque el camino de llegada sea sufridor.

Estudie en la UNAM odontología, mis papás se esforzaron mucho por darnos carrera y sufrieron mucho el no estar en el pueblo, participaron de la asociación algún tiempo, de hecho nos afiliaron a mi hermana y a mi, pero cuando se vinieron las confrontaciones entre los de Ecatepec, mi papá rompió con ellos, aunque seguimos yendo a las fiestas y conocemos a todos.

Yo entiendo que debía de haber problemas, los partidos tuvieron mucho que ver, porque los originales eran del PRI, pero cuando les entró a algunos el amor por el PRD, pues todo el sueño se terminó. Sin embargo, a pesar de esas diferencias debe de reconocerse la gran labor que ha

desarrollado la asociación, se han ayudado mucho, tienen su inmueble y siguen logrando que mucha gente joven asista.

Yo venía al pueblo y a la asociación obligada, de niña no te preguntan si quieres, es que vienes o vienes, pero ya estudiando un poco más, creo que revaloré el papel de la comunidad y hoy vengo enteramente por gusto, de hecho algún tiempo hice prácticas aquí, ensayaba un poco con los que se dejaban, sólo que después me dio miedo porque me di cuenta que daban un tipo de sangre que no correspondía a los estándares universales, aquí hay mucho incesto y si por alguna razón alguien se te desangra pues ya se te murió porque no tienen una sangre compatible, ya ves que con eso de que se quieren conservar puros, pero finalmente no lo puedo juzgar, es su forma de ver las cosas y mejor quedarse callada, pero lo que sí es cierto es que le he tomado amor al pueblo, su comida me encanta y oír como platican los viejos es un placer, cada que venimos me cuentan historias nuevas y regresamos a la casa con cajas y cajas de pan, tostadas, mole, chocolate ... en fin, algo tengo de todo esto, no veo porque negarlo...

Estos fragmentos testimoniales, permiten reconocer convergencias y divergencias variadas dentro de la comunidad zoquiteca. Lo que se pondera en la organización del grupo es el vínculo mediato o inmediato con el lugar de origen. Parece haber coincidencia en que las raíces ancestrales son importantes para seguir colaborando con AZORECMAM.

Pero por otra parte, es claro que las sanciones sociales son también un aspecto relevante para alejarse un poco de este espacio de convivencia comunitario. Específicamente en el caso de Silvia, el que este unida con un hombre no zoquiteco resulta una limitante para volver al grupo. Janet por su parte, entra en conflicto cada vez que reconoce que la asociación es también atravesada por intereses políticos y económicos. Crítica de manera severa que muchas acciones

que parecen ser “inocentes” y “genuinas” en realidad esconden tras de sí, intenciones claras de control político, que la mayoría de las veces son encabezadas por los viejos profesores del pueblo. Ella considera que esto es una limitante para que los jóvenes participen, dado que su generación coincide con ciertos ideales promovidos por el PRD y su discurso “choca” con los de la vieja guardia que las más de las veces, enarbolan un pasado priísta.

Por ello es preciso detenerse un momento en el papel que han desempeñado estos profesores rurales a los que se refiere la informante. Efectivamente son personajes asociados directamente con el Partido Revolucionario Institucional y este vínculo en alguna medida ha marcado la orientación de AZORECMAM, porque son ellos “autores intelectuales” de muchos de los objetivos que mueven a la agrupación.

5.4.3. Los representantes del Estado. Educación formal y profesores: su papel en la consolidación de la identidad zoquiteca

En el segundo capítulo, que describe la organización política de los zoquitecos, hacía referencia al papel que han desempeñado dos de los presidentes municipales de Zoquitlán, en la promoción y consolidación de ciertas actividades que han repercutido en la recreación de la identidad zoquiteca.

Estos dos hombres provienen de la carrera magisterial. Ambos son profesores rurales que estudiaron en Oaxaca y volvieron al pueblo para transmitir sus conocimientos. Anastasio Sosa y Juan López han significado para los migrantes y no migrantes una piedra angular en el sostenimiento de muchas prácticas “tradicionales” que por ellos fueron promovidas y recreadas.

Hasta la fecha, cuando se celebra el cambio de autoridades en AZORECMAM y el día del zoquiteco ausente en Santa María, se solicita que sean ellos los que escriban y pronuncien los discursos que en esos días se emiten. Puedo decir que oficialmente siguen siendo considerados como autoridades morales del pueblo por

“todo lo que saben” y por la forma en que transmiten esos saberes. En el pedimento de la novia, en la organización de los bailables escolares o en la recreación de las calendas, su presencia es inminente tanto en Ecatepec como en Zoquitlán.

El profesor Anastasio Sosa, actualmente reside en Oaxaca y se ha dado a la tarea de organizar al grupo denominado: “Comunidad zoquiteca residente en la ciudad de Oaxaca y pueblos circunvecinos”. Esta agrupación coincide esencialmente con los principios de AZORECMAM, sólo que su radio de acción descansa en la capital oaxaqueña y ha contado con la participación abierta del también profesor Juan Parada. Ambos retomaron el modelo de Ecatepec – del que ellos fueron promotores- para trasladarlo hacia Oaxaca, con la idea de que entre más asociaciones de zoquitecos hubiera, más lograrían la reivindicación del pueblo frente a otros grupos originarios que de forma mayoritaria se ubican en los valles centrales.

El discurso que manejan con gran maestría tanto Tacho como Juan, tiene sus bases en la formación magisterial, fueron en algún momento líderes sindicales de la zona y específicamente don Juan Parada fue elegido para pronunciar el discurso de bienvenida que se le ofreció al entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, cuando visitó a todos los maestros de Oaxaca en el año de 1992.

Esta vinculación que han tenido con las instituciones oficiales, les ha dotado de la clara idea de que “la provincia es la patria” y que Zoquitlán, como provincia debe también ejercer su vinculación con la nación mexicana. A instancias de estos dos hombres, Zoquitlán cuenta con su himno, igual que AZORECMAM y los zoquitecos ausentes. Ellos son los autores de estas piezas que siguen teniendo vigencia a pesar del paso del tiempo, fue específicamente durante sus respectivos mandatos (periodo que abarca de 1975 hasta 1992) que se instituyeron estos himnos, que aluden tanto al pueblo como a la nación mexicana.

Por parte de ellos, hay una promoción permanente de la patria a través de la celebración y recreación del grito de Independencia. Ambos profesores se ocupan en esos días en organizar los festejos patrios, porque finalmente como Don Juan Parada me lo manifestaba:

...aunque vivamos en este rinconcito, somos mexicanos y debemos de recalcar esa idea porque luego a los paisanos se les olvida, creen que Zoquitlán es todo México y pues no debe ser así, por eso tocamos música de mariachi y hacemos que los niños participen del desfile, de la escenificación de grito y que la América salga a las calles cantando el himno, aunque claro, nosotros ya estamos viejos pero los maestros jóvenes que trabajan en el pueblo son concientes de que esto no se debe de perder, de hecho son ellos los que organizan los eventos y sólo nos piden ayuda para algunas cosas

La celebración del 15 de septiembre se conjuga en paralelo con la última procesión de la virgen en el año, esto con la intención de que la gente se interese y asista a los festejos. Durante esa noche se recrea el episodio de la independencia de México, se toca música de marichi, que es poco común y se abre la invitación para que el día 16 la gente asista al desfile y al número cumbre de la aparición de la América, que es representada por una niña de tercer año de secundaria, que se elige comúnmente por ser el promedio más alto de su grado. La América vestida de blanco, ocupa el centro de un carro alegórico en el cual es acompañada por dos damas más, que visten de color verde y rojo. Dan la vuelta al pueblo, con la bandera nacional en mano y culminan su recorrido en el palacio municipal donde la América interpreta el himno nacional mexicano.

Dentro de los festejos patrios la participación de los profesores es activa, por lo que no es posible perder de vista el papel de las políticas educativas para forjar un sentimiento de nación, haciendo hincapié por medio del discurso y las recreaciones, que Zoquitlán es la patria chica, pero que le debe todo a la patria

grande, musicalizando toda esta “teatralización” con el marichi de fondo, que no es una música que este presente en el pueblo, de hecho esta acción produce siempre risa y extrañeza en los zoquitecos, que sólo suelen escuchar música de banda, pero esos días despiertan en ellos su “espíritu mexicano” y por algunos momentos olvidan sus diferencias.

Debe recalcarse el que los maestros Tacho y Juan, en el mes de septiembre juegan un rol importante, dado que el pueblo los legitima como los que verdaderamente saben, por tanto descansa en ellos gran parte de la organización de los festejos patrios y la elaboración de los discursos dirigidos a la comunidad migrante en su día de fiesta.

Durante la procesión de los zoquitecos ausentes, que inicia en el templo del Calvario, el maestro Juan es el que da la oración principal a la virgen de Zoquitlán, agradeciendo por sobre todo, el que estos doblemente zoquitecos regresen un año más a su terruño. Se le ha delegado a él esta responsabilidad porque fue durante su mandato que se instituyó esta celebración, en el año de 1978. Es autor de la oración que se pronuncia y que dice en alguna parte lo siguiente:

Aquí en esta ASOCIACIÓN
siempre estás en nuestra mente
pero más en esta fecha
DIA DEL ZOQUITECO AUSENTE

ZOQUITECOS RESIDENTES
en esa gran capital,
ante ti estarán presentes
PUES NUNCA TE HAN DE OLVIDAR

¡ADIOS! OH MADRE QUERIDA
REYNA DE ESTA POBLACIÓN
escucha las peticiones
que te hace esta ASOCIACIÓN¹³

Por otra parte, el profesor Anastasio, ese mismo día, es el encargado de emitir las palabras de reconocimiento a los zoquitecos ilustres, quienes han salido del pueblo para estudiar. Es él quien otorga algunos presentes a éstos jóvenes y después del acto público, se reúne con ellos en privado y les habla de su trayectoria, del camino del bien, de lo que más conviene al pueblo, insistiéndoles que el mejor camino es el conocimiento y las buenas formas. El pueblo espera de estos jóvenes grandes mexicanos, que en algún momento serán las futuras autoridades de Zoquitlán. Participar de este particular evento, de alguna manera implica ser “elegido” públicamente como uno de los próximos líderes del pueblo.



El Profesor Anastasio. Festejo del día zoquiteco ausente. Foto KVQ 2004

¹³ Respeto el manejo original de mayúsculas y minúsculas que contiene esta oración.

Sin lugar a dudas, una de las preguntas que salta a la vista de este “encumbramiento” en torno a estos dos personajes es el ¿por qué ellos y no otros?, finalmente del pueblo han salido más maestros rurales, no son los únicos y aunque en apariencia exista un consenso, no hay que olvidar , tal como lo señala Eidhem (1976:63) “que dentro del flujo de interacción en la esfera pública, en apariencia no problemático, o el hecho mismo de que este flujo no se interrumpa, indican que las cualidades manifiestas de los encuentros públicos reflejan un común acuerdo, y para un observador extraño los bandos étnicos parecen comunicarse adecuadamente. No obstante, cada grupo se recluye en ámbitos étnicamente cerrados para interpretar y discutir el contenido idiomático de los encuentros públicos con referencia a la identidad”. Todo indica que hay un trasfondo partidista. Ambos profesores son miembros activos del Partido Revolucionario Institucional y han cerrado filas para que no participen públicamente gente con otra tendencia política. Es por ello, que a pesar de todos sus esfuerzos por hacer coincidir a “toda” la comunidad, hay descontentos claros y mucha gente no se hace presente porque no está de acuerdo en que por más de veinte años ellos hayan sido los únicos protagonistas, esencialmente la gente que ha ido hacia los Estados Unidos y que hoy coincide con los ideales del Partido de la Revolución Democrática quiere hacer cambios en estos festejos y al no permitirles participar han desertado de las “filas comunitarias”, por lo que resulta evidente que a pesar de que Zoquitlán sea la madre de ausentes y presentes, no deja de ser en varios sentidos una más de las comunidades imaginadas de este país.

Es cierto que la migración no ha significado erosión de las relaciones sociales y del conglomerado cultural, hay personajes con nombres y apellidos que se han encargado de que esto no suceda, pero no puede decirse lo mismo, respecto al papel que han desempeñado las filiaciones partidistas en cuanto a esta paulatina descomposición o reorganización sociocultural, según se quiera interpretar.

5.5 Nosotros y ustedes: los límites étnicos

Con este recorrido por la vida comunitaria de los zoquitecos migrantes, es posible reconocer convergencias y divergencias importantes en torno a un proyecto común. Es preciso preguntarse nuevamente, ¿cómo pese a las diferencias y la separación espacial con su lugar de origen, han logrado dar forma a esta asociación que hoy lleva como bandera a la identidad zoquiteca? y procurando ir más allá, ¿cómo es que en el medio de un complejo universo de residencia, han mantenido con cierta constancia sus límites étnicos?. Como una respuesta inicial puedo considerar que esto es posible gracias a las amplias redes de sociabilidad, que se encuentran en ejercicio permanente de recreación y fortalecimiento a través las representaciones sociales.

Las redes de sociabilidad dan origen, como se ha visto, a una multiplicidad de grupos que no pueden disociarse de una temporalidad y espacialidad específicas. Todo grupo es siempre y simultáneamente un grupo territorializado y un grupo inmerso en una temporalidad propia. Ahora bien, “la topografía o el “cuerpo espacial” de un grupo humano está lejos de ser una superficie virgen o una tabula rasa en la que no hubiere nada escrito, se trata de una superficie marcada y literalmente “tatuada” por una infinidad de huellas del pasado del grupo, que constituyen otro tantos “centros mnemónicos” o puntos de referencia para la recordación colectiva” (Giménez; 1986: 46).

Innegable es el papel de las redes de sociabilidad entre los zoquitecos. Éstas son las que permiten la articulación de los individuos en torno a un origen e interés común, pero más allá, como diría Giménez, a través de las redes de sociabilidad es que se “administra” la identidad y las diferencias, sin perder de vista que esta “administración” debe estar sostenida por el consenso social, que finalmente legitima toda práctica y discurso; aunque no es posible perder de vista, en esta idea, que este consenso no deja nunca de ser parcial y que se adapta comúnmente a circunstancias particulares; en este sentido las redes y prácticas

sociales de AZORECMAM pretenden afianzarse y legitimarse esencialmente con la comunidad establecida en Ecatepec de Morelos.

Las redes generan y conducen representaciones sociales varias que van dando forma a la noción de límite y tal como lo reconoce Bartolomé (1997:45) “al plasmarse en el discurso los valores, las imágenes o las conductas, las representaciones colectivas aparecen como eventos observables. Subyacen a los eventos en la medida en que constituyen contenidos de conciencia comunes a los protagonistas de los mismos, desempeñándose así como categorías de entendimiento de la realidad susceptibles de ser identificadas”. De esta manera es que los límites étnicos del grupo se establecen. Fabregas Puig (1994:24) lo expone así, “el límite no se localiza en los márgenes de la cultura de un pueblo y sus formas de organización social, sino que constituye su núcleo, el lugar exacto de su definición como tal”. Por tanto las fronteras o límites étnicos no son susceptibles de encontrarse en las “orillas” sino en el centro y es desde ese centro que se canaliza la organización de la sociedad por medio del complejo simbólico cultural que se ve plasmado en las relaciones sociales. El límite étnico de los zoquitecos, nace en el centro de sus orígenes, que está marcado por relaciones interétnicas complejas y por una larga historia de dubitativa pertenencia para con los valles centrales o la sierra sur.

La noción de “nosotros”, nos acerca a la comprobación empírica de que esta construcción es relacional, se constituye por la vinculación de individuos que comparten un común sentido de pertenencia, de núcleos simbólicos y de representaciones sociales, lo que se traduce en una orientación común para acciones varias que van fortaleciéndoles frente a los otros. La conjugación de todos estos elementos es la que da forma y sentido a los límites étnicos del grupo.

Miguel Alberto Bartolomé (1994:216) señala que “el individuo en términos de las categorías de pensamiento local, es siempre percibido como integrante de un conjunto del cual depende su existencia: su definición mixta como ser

complementariamente articulada con otros. A ello no es ajena la persistencia de la tendencia endogámica: siempre es el pariente o el compadre de alguien. Un dato interesante lo ofrecen las lenguas de la familia otomangue que se hablan en Oaxaca, en las que no existe un término o concepto equivalente para amigo (si se quiere designar afectivamente a una persona extraña se puede usar el vocativo de hermano)". Un pariente es alguien respecto al cual existe un definido conjunto de derechos y obligaciones, pero una amistad es una relación ambigua, sin normas claras que la estructuren y que por lo tanto definan las respectivas posiciones sociales de sus protagonistas.

Es posible considerar que la acción prioritaria de los grupos originarios para resguardar sus límites descansa en la regulación de los intercambios matrimoniales. Una preocupación permanente de los zoquitecos, es el no saber con quien se casarán las mujeres del pueblo y bajo las actuales condiciones migratorias de la mujer, esto se ha convertido en una preocupación mayor, dado que al salir están expuestas a conocer otra gente y otras formas de vida. Al respecto, es posible señalar que en Zoquitlán y en Ecatepec se hace todo lo posible por comprometer a las chicas desde muy temprana edad y básicamente el momento perfecto para que contraigan matrimonio es a los 18 años, antes de que lleguen al momento crítico de tomar la decisión de salir del pueblo.

Así, hombres y mujeres de Zoquitlán desean casarse con gente de la misma zona, sean del pueblo, de San Carlos o de Totolapa, porque consideran que se entenderán mejor y lograrán perpetuar su cultura, lo que trae de la mano el adquirir un status importante. Ya casados podrán salir a donde quieran, porque "la pureza cultural y de sangre" queda asegurada y aunque poco hablan de ello, esta particular idea de pureza de sangre ha orillado a que se manifiesten relaciones incestuosas. Los matrimonios entre primos y sobrinos de primer grado son constantes.

Sin embargo es importante señalar que los hombres y mujeres jóvenes zoquitecos, sean migrantes o no, tienen puntos de vista encontrados respecto al matrimonio. Para los varones es importante encontrar mujer en el pueblo porque sólo las zoquitecas sabrán como atenderles, en tanto que las mujeres –que son quienes más nivel de escolaridad alcanzan- ya no quieren casarse con los zoquitecos porque *estar con uno hombre del pueblo es muy difícil, son muy machos, muy exigentes y hay que trabajarle mucho para que estén contentos y no te acusen y te critiquen.*

Respecto a este tema, los maestros que trabajan en Zoquitlán me expusieron su punto de vista. Reconocen muchas cualidades y defectos de los hombres y las mujeres del pueblo:

...los hombres zoquitecos son muy fieles, se van al norte o Ecatepec pero siempre regresan por sus mujeres y esto no sucede comúnmente en otros pueblos migrantes de Oaxaca, pero también es cierto que las mujeres jóvenes hoy buscan relacionarse con gente de otro lado, porque tener aquí una relación es muy pesado, es muy rígido el compromiso y ya no les gusta mucho eso de casarse con el primo o el tío. Uno aquí ve como poco a poco las madres van construyendo los patrones correctos para los niños y niñas de la comunidad, por ejemplo todas las acciones de las niñas giran en torno a los hombres, sean estos sus hermanos, primos, tíos y padre y pues la vida de los jóvenes en Zoquitlán se torna crítica cuando terminan el bachillerato, porque ahí es cuando deben de decidir qué hacer: ir a Oaxaca o Ecatepec a estudiar, trabajar en el comercio o en el campo dentro del pueblo, salir hacia los EUA para juntar dólares y regresar en unos cinco años, o casarse y asumir cargos directos en el municipio, pero pues están muy chicos, estamos hablando de 15, 17 años y pues ya no es tan fácil, ya les llegan noticias de México, de Carolina y pues piensan más. Si por ellos fueran creo que se irían todos al norte es lo más atractivo, pero también sale caro, pagar pasajes y pollero sale como en veinticinco mil y

pues sólo que les manden el dinero de allá se van, si no pues cuando mucho llegan a Ecatepec, por allá andan muchos y pues ya se quedan en el Poli o en la UNAM a estudiar, regresan, van y vienen, pero ya le piensan más para casarse.

Los fundadores de AZORECMAM tienen claro esta problemática en cuanto a la perpetuación de sus valores y pese a que procuran seguir atrayendo a los jóvenes a que participen de la asociación y conozcan a la prima o al tío durante los festejos, poco a poco lo referido a las relaciones de parentesco se ha visto deteriorado. Por ello es que en los últimos dos años casi todas las acciones de la asociación han sido encausadas para que los migrantes regresen al pueblo con sus hijos o que los jóvenes del pueblo adquieran un fuerte compromiso para venir a la asociación en las fiestas principales. De esta manera, ha nacido la categoría de “zoquitecos mexiquenses”, que dentro de sí contienen muchas aristas y significados, que nos lleva a las reflexiones finales de este trabajo.

5.6. Zoquitecos mexiquenses... ¿una filiación viable?

AZORECMAM se ha propuesto existir en función de la ampliación de sus fronteras e ideales comunitarios y lo han conseguido a través de la consolidación de un espacio que les es propio y dentro del cual mes con mes recrean festividades religiosas, impulsan un sistema de cargos amplio y se comunican permanentemente con las autoridades locales. Sin embargo esta noción ideal atraviesa por un momento crítico, dado que los fundadores y los socios de la primera generación han envejecido y los jóvenes, ya mexiquenses, han asumido otros sistemas de valores culturales y aunque no niegan el poseer parte de los valores zoquitecos, es innegable que los han dotado de nuevos significados.

Por otro lado, la crisis partidista existente tanto en Zoquitlán como en Ecatepec ha erosionado a la asociación y le ha llevado a perder –parcialmente- eficacia simbólica porque saltan a la vista confrontaciones políticas, que mucho tienen que ver con los rangos de edad de los asociados, podríamos decir que la vieja

guardia insiste en afiliar a la asociación al PRI y esta propuesta ha sido mal recibida por los jóvenes que hoy se vinculan con el PRD, por tanto, como una chica me lo manifestaba¹⁴, *para mejor no faltarles el respeto ya casi no vengo, traigo a mis padres y no discuto con ellos porque se que no está bien, pero pues eso de que nos anoten a todos en las filas del PRI no está bien.*

Resulta claro que AZORECMAM no escapa de la reconfiguración del escenario político nacional y esto es evidente en la deserción de la gente joven, que aunque esta oficialmente censada dentro de la asociación ha roto, -aunque sea parcialmente- su vinculación plena con esta organización. Así que los pilares que sostienen al grupo hoy son los viejos y los niños, a los que no se les pide opinión para asistir a las juntas o desarrollar incipientes trabajos comunitarios, diríamos que la línea crítica hoy la representan los jóvenes en la edad promedio de 25 años.

El núcleo que sigue permitiendo que AZORECMAM exista es el religioso. De éste se desprende la noción ideal de una comunidad, a la cual hay que ayudar a costa de lo que sea. Las ideas de crecimiento y desarrollo comunitario siguen teniendo eficacia y a ello se alude permanentemente dentro de los discursos emitidos en la asociación. El puente levantado en Zoquitlán representa el más alto alcance que han tenido como comunidad, remarcando que esto fue posible gracias a la participación de jóvenes, quienes con aportes económicos notables dejaron en muy buen papel a AZORECMAM. Sin embargo, Lourdes P. P me decía que se le hacía injusto que sus padres le hubiesen pedido tanto dinero para un puente de un lugar en el que ella no vive, pero a la par reconoce que no podía zafarse del compromiso, ya que iba de por medio el prestigio de su familia y sus raíces ancestrales. Interesante resulta que esta joven tiene una lectura crítica de lo que sucede con la asociación y con las autoridades del pueblo, pero es uno de los

¹⁴ Lourdes P.P (29 años) es una ingeniera industrial, hija de padres zoquitecos. Trabaja en la Ciudad de México y apoya abiertamente al jefe de gobierno en turno, cree en los ideales de la democracia y finalmente reconoce que AZORECMAM es producto de presidentes municipales priistas, que no se han dado cuenta que las cosas ya han cambiado no sólo en el pueblo sino en todo el país.

personajes más constantes en cuanto a la participación en actividades comunitarias (tanto en Ecatepec como en Zoquitlán) y se perfila como una de las posibles dirigentes de AZORECMAM.

Quizá en un tono resignado hoy los jóvenes hacen también suyo los logros materiales más importante llevados a cabo en la comunidad de sus padres, pero alcanzo a percibir que aún no ha sido suficiente el impacto como para hacer que estos chicos tomen la “batuta” de la asociación, dado que eso es lo que todos los zoquitecos esperan y difícil es por el momento considerar que esto será posible dado los intereses políticos que detrás de si contiene AZORECMAM.

Es claro que los migrantes siguen considerando que el traer a sus hijos al pueblo repercutirá en su buena formación cívica y cultural. Aseguran que allí aprenderán las buenas formas y es por eso que videograban todo lo que sea posible para mostrarles a los que no van, lo bonito que es la vida en el pueblo y para que no olviden que de por allá son sus raíces. Así que, aunque esta segunda y tercera generación no se asuman como zoquitecos íntegros, son considerados para insertarlos en el sistema de cargos. En los dos últimos años las niñas norteamericanas y mexiquenses participan de un reciente cargo que consiste en cargar el manto que estrenará la virgen ese año y AZORECMAM espera que para este dos mil cinco, sean ya los jóvenes los que encabecen esta procesión y se hagan cargo de la compra de este valioso objeto y aseguran que tendrán éxito, porque todo lo que tenga que ver con la virgen no acepta negativas.



La Virgen y su manto. Semana Santa. Foto KVQ 2003

La amplia y compleja categoría de zoquiteco-mexiquense resulta difícil de sobrellevar por las generaciones jóvenes. Los hombres y mujeres mayores asumen que se han integrado al contexto de Ecatepec, pero que no lo han asimilado, en tanto que niños y jóvenes se asumen integrados plenamente a territorio mexiquense y no terminan de asimilar el por qué sus padres los han involucrado con una doble filiación.

Los desencuentros entre los asociados son claros, sin embargo debe también pensarse que son normales. Es pertinente tomar en cuenta la reflexión de Tejera Gaona (1995:223) respecto a las comunidades contemporáneas:

Toda comunidad se constituye y refuerza a la vez que se destruye y desintegra. Es una organización social contradictoria precisamente por ser contemporánea. Por supuesto su especificidad es resultado de su historia, pero se corre el peligro de no considerar que ésta es igualmente un

resultado de su presente. A los procesos de constitución, pertenencia y resistencia, se unen los de destrucción, reorganización y cambio.

Así, a la luz de las migraciones, es justo reconocer, además, “que una comunidad ya no es solamente grupo residencial, sino una colectividad cultural basada en un conjunto de relaciones sociales primarias significativas” (Oehmichen;2000: 55) Pero esta colectividad no puede ser idealizada, en función de que día a día dentro y fuera de sí existen aspiraciones políticas y educativas personales, que en mayor o menor medida, obligan al replanteamiento de su existencia y función en un país que cada vez cobra un perfil migratorio más complejo, dentro del cual tienen origen muchas de las problemáticas aquí referidas como las dobles filiaciones, la transición de una identidad originaria hacia la identidad étnica, la vinculación estrecha con la comunidad de origen y las permanentes tensiones de pertenencia, integración y asimilación municipal, regional y nacional.

COMENTARIOS FINALES

Las fronteras trazadas geopolíticamente en el siglo veinte buscaron ordenar al mundo. Sin embargo, hoy como nunca las expresiones comunitarias y masivas de reconocimiento y reivindicación cultural dejan ver la severa crisis por la que atraviesa ese planteamiento geopolítico. Se han vuelto evidentes las reconfiguraciones socio - espaciales y culturales a partir de que la migración es la constante en la dinámica social de muchas naciones. Esta crisis, en gran medida, es resultado de análisis débiles en cuanto a los contenidos culturales que cada persona lleva consigo hacia su nuevo espacio de residencia. Caprichoso es pensar que contamos con un mapa homogéneo y con una clara delimitación de fronteras. Basta mirar a los gruesos poblacionales de México distribuidos en Estados Unidos o de los peruanos y bolivianos en España, para preguntarse dónde es que empieza y termina un territorio, una comunidad y una pertenencia étnica.

A lo largo del desarrollo de este trabajo muchas dudas conceptuales y etnográficas surgieron. Fue con el pasar de los días y meses que entre lecturas y entrevistas, algunas cosas se aclararon y otras quedaron con puntos suspensivos, sin que esto último signifique un resultado negativo. Por el contrario de todo ello nacieron más interrogantes que en otro momento podrán dar lugar a nuevos análisis. Pero considero que a lo largo de este proceso de investigación pude situar a los elementos centrales de la hipótesis propuesta y reconocer el vínculo que hay entre la construcción de límites y pertenencias étnicas junto con la historia local de las relaciones interétnicas. Siendo el principal detonador, la movilidad espacial hacia un universo antagónico: lo urbano.

La movilidad espacial implica reacomodos estructurales, que no sólo impactan a la organización política y económica de los grupos protagonistas. La cultura, como concepto y acción se ubica en el medio de todo este escenario y en ello hay que detenerse como analista. No es casualidad alguna que en nuestros días las temáticas centrales de los debates sociológicos, políticos y antropológicos lo ocupen la multiculturalidad e interculturalidad y en este sentido los planteamientos teóricos y metodológicos se adecuan a esta nueva lógica para comprender de mejor manera lo que a lo largo del camino sucede con todas estas construcciones reales o imaginadas.

El Estado de México y particularmente el municipio de Ecatepec, es dentro de todo el país uno de los espacios más complejos en los que es posible observar y confrontar diversas maneras de establecer y delimitar espacios de pertenencia asociadas con lo étnico. No puede omitirse el que observar e identificar a los actuales grupos étnicos de la entidad implica, incluir a aquellos que han rebasado los márgenes oficiales de donde “deberían de estar”, como lo es el caso zoquiteco.

Este trayecto en compañía de la comunidad zoquiteca rebasa ya los tres años y la herramienta central que me ha permitido reconocer toda la serie de especificidades de este grupo es la etnografía. Por medio de ésta puedo hoy tener como ciertas las particularidades culturales y de organización social que los zoquitecos exponen en su nuevo espacio de residencia, así como también reconocer los puntos críticos de fricción social y cultural que protagonizan.

El contenido de las formas simbólicas descritas a lo largo de todo el trabajo, permiten ver de cerca un proceso continuo y complejo en el que nace la noción de una pertenencia étnica, que se torna caprichosa y cuestionable al no insertarse en los cánones comúnmente propuestos por los etnicistas, que asocian la mayoría de las veces a lo étnico con lo indígena.

Atendiendo a las preguntas centrales que dieron origen a esta investigación, puedo responder que los zoquitecos constituyen una comunidad cultural definida, que posee características esenciales para ser ubicado como grupo étnico, en función del anclaje en un mito de origen común y en la reproducción de rasgos culturales específicos pese a la separación espacial con el territorio de origen. Complementando esta idea, es también cierto que el proceso de autodefinición de los zoquitecos como comunidad originaria es atravesado por factores políticos. La desindianización tanto como la indianización, promovidas directa o indirectamente por el Estado, posibilitan este tipo de manifestaciones socioculturales, que me parece dotan de vitalidad a los viejos y endurecidos conceptos socio - antropológicos.

El caso estudiado se tornó más rico e interesante cuando este proceso se identifica en una comunidad que se sabe mestiza y que *no* desea perderse en la arena “movediza” del mestizaje uniforme. Así, poco a poco abren paso a estrategias que buscan construir límites, que para este caso los reconozco como étnicos y que implican reacomodos espaciales, sociales y culturales.

Es cierto también, que en este proceso de autoadscripción cultural y étnica, los conflictos interétnicos de origen tanto como la movilidad espacial, son la conjugación perfecta para reactivar esta noción de pertenencia asociando a un territorio y un ancestro común. Esto me permite reafirmar que la cuestión étnica se construye en función no de un solo aspecto (el cultural) sino de la convergencia precisa de múltiples procesos espaciales, históricos, ideológicos, políticos, económicos, y culturales.

Ecatepec de Morelos se ubica en la frágil línea que separa al Estado de México del Distrito Federal. Fue crucial, para justificar el desarrollo de este análisis, el encuentro con este universo de migrantes zoquitecos organizados dentro de una asociación civil, establecida de forma permanente en la entidad mexiquense. Su trascendencia e impacto residió en la capacidad de convocatoria y organización a

nombre de un origen común. Este hecho coloca a los zoquitecos en el centro de la identidad étnica, que a diferencia de cualquier otra identidad social, se distingue por una serie de valoraciones culturales que son compartidas por una comunidad y que lleva a los individuos a desempeñar ciertos roles sociales para conservar a la cultura de origen.

Indudablemente, la amplitud del radio de acción de AZORECMAM, al hacer converger a migrantes resididos en la capital oaxaqueña, Ecatepec, la Ciudad de México y Carolina del Norte, EUA, le coloca en el medio de toda reflexión que aspire a ser contemporánea.

El vínculo con la dinámica cotidiana de AZORECMAM y sus miembros, me ha permitido obtener datos significativos acerca de un sistema de organización comunitaria en función de la cultura, la familia, la religión y la política. Lo que me ha acercado al reconocimiento de hechos claves acerca de cómo es que se asume la pertenencia de origen y cómo trasciende en acciones identificables sobre un nuevo territorio que de repente parece volátil y frágil frente a las grandes distancias que les separan.

Con la culminación de esta tesis considero haber cumplido con los objetivos planteados al principio, pudiendo acercar al lector al conocimiento de los antecedentes históricos del por qué y cómo de AZORECMAM, de la ubicación espacial crítica de Santa María Zoquitlán, que repercute directamente en la concepción de sí mismos a partir del sistema de contrastes con otros grupos culturales y finalmente a la reflexión del cómo a través de lo que llamamos una organización intermedia, se flexibiliza la noción de pertenencia y territorio, se da solución a conflictos internos y se logra, pese a todo, que niños, jóvenes y adultos sigan participando de ciertos ideales comunitarios, que a lo largo del camino expresan conflictos políticos.

Es imposible afirmar que este trabajo ha concluido, porque ello implicaría cerrar el paso al debate y a la discusión. Finalmente toda investigación pretende seguir colaborando con el avance científico y académico. Por tanto no ofrezco conclusiones, solo comentarios finales que nacieron de cuestionamientos paralelos al trabajo de campo y a la luz de la revisión teórica, que como todos sabemos en algún momento se desbordan en la cabeza del que escribe y no encuentran mejor lugar para reflejarse, que en las últimas hojas del trabajo, mal llamadas “conclusiones”

A la vista, saltan elementos varios por señalar y cuestionar en torno a la cuestión étnico – nacional. En primer lugar, debe resaltarse el que si nos atuviéramos a la clasificación ortodoxa de los grupos étnicos a partir de la variable lengua, indudablemente los zoquitecos quedarían al margen de lo étnico. Ya que cuando uno enfrenta al grupo por primera vez, lo que se reconoce es una comunidad mestiza “homogénea” que niega ser indígena y que no asume ser partícipe de la práctica de alguna lengua paralela al español.

Sin embargo, es a partir de que uno se involucra a profundidad con el grupo, que saltan a la vista variables importantes del ser y asumirse como una comunidad étnica u originaria, que si bien, en apariencia es mestiza, establece límites étnicos para dejar por sentado, que no pertenecen a la gran masa amorfa, sin nombre y sin apellidos de lo cómodamente denominado mestizo. De hecho considero que un resultado importante del trabajo, descansa en haber reconocido que esta categoría más que colaborar en la temática, obstruye los caminos de reflexión, al borrar de tajo particularidades culturales e históricas variadas, que cada grupo experimenta dentro y fuera de su lugar de origen.

La lengua que efectivamente opera en los discursos de los zoquitecos es el español, pero no olvidemos que ésta no es sólo un conjunto de palabras ni de sonidos ni de oraciones “diferentes” o “superiores” a las lenguas dominantes o minoritarias, sino como lo dice Valiñas (1995:69) “es a la vez una manera de

interactuar, es la materia prima del pensamiento; es uno de los principios básicos de la cohesión social (y por ello de la identidad), y uno de los modos más efectivos de externar la subjetividad o, si se quiere, mostrar afecto”.

Cuando los zoquitecos insisten en autodefinirse como grupo originario, ancestral o milenario, el sociolecto asociado a la comunidad de origen se convierte en el eje que articula sus acciones. A través de su representación y recreación se da paso a la reconfiguración de una historia, que pone en movimiento a todo el complejo simbólico, social y cultural compartido por sus habitantes.

Por otro lado, queda expuesta de forma clara que la separación espacial no propicia una desarticulación del sistema social y cultural. Aunque como diría Bonfil Batalla (1987:88) “no es raro que frente a los otros, oculten su identidad y nieguen su origen y su lengua: la ciudad sigue siendo el centro del poder ajeno y de la discriminación. Pero esa identidad subsiste, enmascarada, clandestina, y en virtud de ella se mantiene la pertenencia al grupo original, con todo lo que significa de lealtades y reciprocidades, derechos y obligaciones, vinculación y práctica de una cultura común y exclusiva”. Así que son los contenidos culturales los que la mayor de las veces llevan a los individuos a definir una comunidad, asociada siempre con un pasado compartido. Y a lo largo del camino por cuestiones varias –principalmente de tipo político- esta comunidad trasciende hacia el nivel étnico.

En este marco, se vuelve también necesario reconocer las fortalezas y debilidades que permean a esta nueva noción de definición vinculada con lo étnico. Finalmente este constructo zoquiteco es de creación reciente. Y los miembros de la asociación tienen claro que nunca se hubieran propuesto unirse si no hubiesen llegado a Ecatepec y enfrentado el difícil trayecto que he descrito. Así que no puedo omitir que el fenómeno analizado es producto de la inserción en un espacio que formalmente no les es propio. Y paralelamente el lugar al que llegan, Ecatepec, resulta ser un municipio social y políticamente determinante

que propicia resurgimientos étnicos, en función de ser una de las entidades más pobladas por grupos culturalmente diversos, que en algún momento se ven confrontados por intereses económicos y políticos. Así pues, tiene sentido y utilidad crear o reinventar determinada pertenencia étnica. Y debo recalcar que son estos intereses primordiales, los que reactivan a la cultura zoquiteca, la dinamizan y la dotan de un poder, que impacta tanto en el espacio de residencia como en el de origen.

En este entrecruce se hace evidente que la asociación comunitaria sigue poseyendo eficacia social y simbólica, aunque desde dentro salten a la vista diferentes orientaciones de la propia asociación. Sin embargo esto se minoriza cuando las divergencias individuales son eclipsadas en la acción pública, que en alguna medida obliga al grupo a mostrarse como cohesionado para salvaguardar los viejos saberes, que permitan la subsistencia y permanencia del pasado que los une.

AZORECMAM constituye un espacio alternativo de negociación que se formaliza a partir de ser una asociación civil, pero sus miembros insisten siempre en que este espacio no es sólo eso, sino un traslado de la comunidad originaria a la ciudad y una forma de reivindicar su propia cultura. Con esta idea, se legitiman compromisos en los festejos religiosos y civiles a través del sistema de cargos, logrando revitalizar y mantener con vida a Zoquitlán y más allá de esto, permite que la noción de ser zoquiteco adquiera una relevancia inminente para el correcto funcionamiento del sistema. Los rasgos cuantitativos y cualitativos de la cultura zoquiteca siguen operando como un filtro, que niega o da el acceso a nuevos asociados.

En esta serie de operaciones simbólicas, el espacio, la comunidad y el territorio son nociones que se flexibilizan a partir de una organización intermedia que se ubica en el centro del país y que ha logrado hacer converger a todos los zoquitecos. Para comprender la trascendencia de AZORECMAM como escenario

intermedio y clave del ser comunitario, no puede dejarse de lado la práctica del tequio, que hace partícipes a hombres y mujeres de ciertas obligaciones para con el grupo, que en realidad remite a una característica esencial de todas las comunidades oaxaqueñas. Es importante comprender al tequio como un mecanismo social presente en casi todas las comunidades indígenas y mestizas de dicha entidad, que ha dado paso a la cohesión interna de todas éstas. En el himno zoquiteco, se hace referencia a este mecanismo:

Zoquitlán querido
que vives despierto
de tequio has vivido
en todo momento

El propósito central de este trabajo ha sido reflexionar en torno a la construcción de la pertenencia y los límites étnicos de un grupo de migrantes “mestizos”. Esto me permitió acercarme con mayor y pausado detalle a la comprensión y manejo de conceptos venidos de la línea etnicista. Culminado este trayecto, considero que los zoquitecos reúnen muchas de las características básicas para ser ubicados en el universo étnico. Esta no es una afirmación fácil de hacer, pero por las evidencias etnográficas obtenidas en el camino, me queda claro que hay mecanismos relevantes de organización que ponderan las diferencias culturales de origen, buscando marcar límites étnicos o culturales, para enfrentar la vida en un espacio urbano caracterizado por el anonimato.

Queda pendiente el seguimiento del vínculo con la gente que hoy vive en los Estados Unidos. Pero estos resultados responden a las preguntas y objetivos planteados desde un principio, muestran satisfactoriamente una tesis concluida, que arroja conclusiones relevantes a partir de haber reconocido los procesos históricos, contextuales y culturales que consolidan al grupo en cuestión. De esta manera, puedo afirmar, que el conflicto cultural y político con *otros* es requisito fundamental para que un grupo se abra paso en el campo de lo étnico. Aunque

bien vale la pena hacer una pausa para reflexionar la pregunta de George De Vos (1995:16) “habría que detenerse en si efectivamente es el conflicto un requisito o una enfermedad crónica de las actuales sociedades plurales”.

A través del marco descrito es relevante responder ¿a qué contribuye una determinada pertenencia étnica? Después de conocer la accidentada y compleja historia de esta asociación, hay que procurar el entendimiento global del por qué tanta insistencia en torno a la idea de grupo originario o étnico. Realmente esta autoadscripción puede parecer una terquedad, pero uno descubre que detrás hay infinidad de aspectos políticos y de discriminación, que lleva a los zoquitecos a operar como comunidad étnica para enfrentar este tipo de situaciones dentro de una arena urbana harto compleja. Así pues, la noción de comunidad sigue siendo útil y vigente para resguardar los contenidos simbólicos de un grupo que se ven amenazados al enfrentarse con escenarios urbanos y voraces.

Izar una bandera étnica que proteja al pasado y reivindique a los ancestros comunes, constituye el principio que permite a los zoquitecos ordenar y planear el futuro. El fenómeno identitario de la comunidad migrante de Santa María Zoquitlán, hace del pasado su principal motor.

Todos estos aspectos descubiertos a lo largo del camino, me permiten apostar por la ampliación de este trabajo, que en otro momento analice a detalle la situación de los “mestizos” en México y particularmente en Oaxaca. Procurando reflexionar sobre estas categorizaciones establecidas formalmente en el discurso antropológico, que cada vez se vuelven más añejas y con poca viabilidad de expresar los verdaderos contenidos que cada comunidad cultural posee.

Es también importante reconocer las alianzas a partir del origen común y el papel que juega el parentesco para enfrentar la cada vez más constante movilidad migratoria no sólo de tipo nacional sino también internacional y por supuesto

entrar de frente al debate de las políticas públicas que hoy lanzan un ambicioso proyecto llamado interculturalidad.

Como se puede leer, están abiertas las posibilidades para el desarrollo de futuras investigaciones que den respuesta a las múltiples interrogantes surgidas en este camino. Por las complejas condiciones del Estado de México en función de su ubicación espacial, su peso político y su composición poblacional, se vuelve una tarea obligatoria el reconocer de que manera están impactando toda esta serie de organizaciones indígena-mestizas en la dinámica étnica de la entidad y de qué forma son vistas y asimiladas estas comunidades dentro de los ámbitos oficiales para la planeación y aplicación de políticas públicas de desarrollo e integración o es ¿qué acaso han sido omitidas por no ser oficialmente originarias del territorio estatal y sólo son reconocidas en momentos críticos de decisión política?.

Hay que distinguir, por sobre la idealización que se tiene de las comunidades étnicas migrantes, el papel que están jugando actualmente en el engrosamiento de las filas de los partidos políticos. El nuevo ritmo democrático de nuestro país y la coyuntura de la elección estatal tanto como federal por llevarse a cabo en meses próximos, nos lleva a insistir en que la noción étnica no se encuentra aislada ni inconexa con la totalidad social de un país que evidentemente no ha terminado de asimilar este presente: las rupturas y reconfiguraciones comunitarias están por venir.

Es interesante y a mi entender clave, reconocer y ampliar el análisis del discurso alrededor de lo étnico frente a escenarios urbanos. Esta transición espacial seguirá siendo la tendencia. Los reacomodos geográfico-espaciales en las grandes ciudades se enfatizarán en los próximos veinte años, lo que traerá consigo fricciones interétnicas más amplias, en la lucha por el espacio y por los servicios básicos, sin omitir el peso de los prejuicios raciales de origen, junto con la participación activa que desean tener todos estos grupos en el ámbito de la

política posicionándose como interlocutores demandantes de proyectos sociales incluyentes.

Confirmando. Este trabajo me permitió el encuentro con una comunidad que pese a su condición de “mestiza”, expone particularidades culturales que le acercan a la esfera étnica. Son los procesos históricos y políticos en contexto de confrontación cultural permanente, tanto en el lugar de origen como de residencia, los que determinan su autoreconocimiento como grupo originario. La movilidad socio-espacial renueva a los contenidos simbólicos y al pasado compartido, para hacer que la cultura zoquiteca trascienda a la acción pública, dejando por sentado que a pesar de las distancias, y de la aparente similitud con sus vecinos inmediatos, hay proyecciones diferentes en cuanto a lo social y culturalmente correcto. El enfoque esencial se constituye a partir de los contenidos valorativos que poseen dentro de sí las categorías de mestizo o indígena.

Los zoquitecos son una comunidad extendida que posee características particulares en cuanto a la organización social y simbólica. Es cierto que en determinados momentos sus problemáticas coinciden con las de los otros grupos migrantes, pero por otra parte, al ponerse en operación el complejo simbólico que se ha gestado en el lugar de origen, se posibilita el establecimiento de límites, que buscan perpetuar al grupo desde una asociación que se es asumida como una extensión de la comunidad.

Es cierto que por parte de la comunidad migrante hay una idealización respecto a lo que AZORECMAM representa. Como observadora tengo presentes tanto a las contradicciones como a los conflictos políticos y económicos internos, pero debo señalar que pese a todo ello y considerando que cada vez son menos los “verdaderos” zoquitecos, esta asociación civil que enarbola una bandera étnica, no ha dejado de ser social y simbólicamente eficaz.

En la espera de ahondar en muchos de los aspectos citados, puedo considerar que los cometidos propuestos al inicio de esta aventura fascinante han sido logrados. Y me llena de gusto saber que el quehacer antropológico sigue siendo vigente y que con el encuentro de estas nuevas formas sociales y culturales, la parte más interesantes está por venir.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Benedict

1993 *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Traducción de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, 315pp.

ARIZPE, Lourdes

1975 *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las Marías*, Colección Sep-setentas, México, 157pp.

1975 "Migración e identidad étnica" en: *XXIII Mesa Redonda de Antropología Balance y Perspectiva de la Antropología de Mesoamérica y del Norte de México*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 379 – 390.

BARABAS, Alicia Mabel, Miguel Alberto Bartolomé y Benjamín

Maldonado(Coordinadores)

2003 *Los Pueblos indígenas de Oaxaca. Atlas etnográfico*, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Asuntos Indígenas del Gobierno del Estado de Oaxaca, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 255pp.

BARTH, Fredrik (comp.)

1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México,204pp.

BARRERA BASSOLS, Dalia y Cristina Oehmichen Bazán (Editoras),

2000 *Migración y relaciones de género en México*, GIMTRAP, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 285pp.

BARTOLOME, Miguel Alberto

1997 *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México* Instituto Nacional Indigenista, Siglo XXI Editores, México, 214pp.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia Barabas

1988 “Modalidades y valoraciones de la identidad étnica” en: *Política cultural para un país multiétnico. Coloquio sobre problemas educativos y culturales en una sociedad multiétnica*, Coordinadores Rodolfo Stavenhagen y Margarita Nolasco, Secretaria de Educación Pública, Colegio de México, Universidad de las Naciones Unidas, México, pp 141 – 158.

BASTIDE, Roger

1973 *El Próximo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones*, Amorrortu editores, Argentina, 321pp.

BONFIL, Batalla Guillermo

1981 “Utopía y revolución: El pensamiento político de los indios en América Latina” en: *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, pp. 11-53

1987 *México Profundo*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo Editorial, México, 250pp

BURGOA, Fray Francisco de

1934 *Geográfica descripción*, Talleres Gráficos de la Nación, México,

BURGOS, Guevara Hugo

1968 “Investigación de relaciones interétnicas en Ecuador” en *América Indígena*, México, pp. 729-738

CARDOSO, de Oliveira Roberto

1971 “Identidad étnica, identificación y manipulación” en: *América Indígena*, vol. XXXI, No. 4, Instituto Indigenista interamericano, México, pp. 923-953

1996 *Etnicidad y estructura social*

CIESAS, Colección Othón de Mendizábal, México, 211pp.

CISNEROS, Sosa Armando

1993 *La ciudad que construimos. Registro de la expansión de la Ciudad de México (1920 – 1976)*, Colección Texto y Contexto, No. 13, Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa, México, 228pp.

CLIFFORD, James

1999 *Itinerarios Transculturales*, Gedisa Editorial, España

CORBETT, Jack, Murad A. Mussalem et al (Editores)

1992 *Migración y etnicidad en Oaxaca*

Consejo Estatal de población de Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, Instituto Tecnológico de Oaxaca, Vanderbilt University, E.E.U.U, México, 165pp.

COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE y Consejo Estatal de Población Oaxaca,

1995 *La migración nacional e internacional de los oaxaqueños*, Consejo Estatal de Población, México.

CHANCE, John K.

1993 *Razas y clases en la Oaxaca colonial*, Instituto Nacional Indigenista, Colección presencias, México, 281pp.

1998 *La Conquista de la Sierra. Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 309pp.

DE LA PEÑA, Guillermo

1992 “El empeño pluralista: la identidad colectiva y la idea de nación en el pensamiento antropológico” en: *El nacionalismo en México*, Colegio de Michoacán, México, pp. 115 – 132.

DEVALLE, Susana B.C

1992 “La etnicidad y sus representaciones: ¿juego de espejos?” en: *Estudios Sociológicos*, Vol. X, no. 28, Colegio de México, México, pp. 31- 51

DE VOS, George A.

1995 “ Ethnic Pluralism: Conflict and Accommodation. The Role of Ethnicity in Social History” en: *Ethnic Identity. Creation, Conflict and Accommodation*, Altamira Press, EUA, pp. 15 - 47

DURKHEIM, Emile.

1968 *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 322pp.

EIDHEIM, Harald

1976 “Cuando la identidad étnica es un estigma social” en: *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México, pp 55-71.

FABREGAS, Puig Andrés

1993 “Hacia un concepto de frontera” en: *XXII Mesa de Antropología, Gobierno del Estado de Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 21 – 37.*

GEERTZ, Clifford

2001 *La interpretación de las culturas*, Gedisa Editorial, Barcelona, España, 387pp

GIBSON, Charles

1981 *Los aztecas bajo el dominio español (1519 – 1810)*, Siglo Veintiuno Editores, México, 531pp.

GIMÉNEZ, Gilberto

1994 “Comunidades primordiales y modernización en México” en: Gilberto Giménez y Ricardo Pozas (coord.), *Modernización e identidades sociales*, IIS, UNAM, México, pp.

1997 “Materiales para una teoría de las identidades sociales” en: *Revista Frontera Norte*, Volumen 9, no. 18, Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 9-27

1999 “La investigación cultural en México: una aproximación” en: *Perfiles Latinoamericanos. Revista de la sede Académica de México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año 8 No. 15, FLACSO, México, pp. 119- 138

2000 a) “*Identidades étnicas: estado de la cuestión*” en: *Los retos de la etnicidad en los estados nación del siglo XXI*, CIESAS – INI – Porrúa Editores, México, 168pp.

2000 b) "Territorio, cultura e identidades. La región socio – cultural" en:
Globalización y regiones en México, Coordinadora Rocío Rosales
Ortega, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Porrúa
Editores, México, pp 19 – 52

GOFFMAN, Erving

2001 *Estigma. La identidad deteriorada*,
Ammorrtu editores, Argentina, 172pp.

GONZALEZ, Ortiz Felipe

2005 *Estudio sociodemográfico de los pueblos y comunidades indígenas del
Estado de México*, El Colegio Mexiquense, Consejo Estatal para el
Desarrollo Integral de los Pueblos Indígenas del Estado de México, México,
243pp.

2006 *Breve recuento de la primera universidad intercultural en México*,
Colección Documentos de investigación, El Colegio Mexiquense, México,
19pp.

HANNERZ, Ulf

1986 *Exploración de la Ciudad. Hacia una antropología urbana*,
Fondo de Cultura Económica, México, 386pp.

HAMMERSLEY, Martyn y Paul Atkinson

2001 *Etnografía. Métodos de investigación*,
Paidós, España, 344pp.

HIRABAYASHI, Lane R.

1985 "Formación de asociaciones de pueblos migrantes a México: Mixtecos y
Zapotecos" en: *América Indígena*, vol. XLV, No. 3, Julio – Septiembre,
México, pp. 579-598

HUNT, Robert

1968 "Agentes culturales mestizos: estabilidad y cambio en Oaxaca" en:
América Indígena, Vol. XXVIII, No. 3, Julio, Instituto Indigenista
Interamericano, México, pp. 595 – 609.

KEARNEY, Michael

1999 “Fronteras fragmentadas, fronteras reforzadas” en: *Fronteras fragmentadas*, Gail Mummert (editor), Colegio de Michoacan, México, pp. 559-571

KEMPER, Robert V.

1970 “El estudio antropológico de la migración a las ciudades en América Latina” en: *América Indígena*, Vol. XXX, No. 3, Julio, Instituto Indigenista Interamericano, México, pp. 609- 633.

1990 “El desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana” en: *Historia, Antropología y Política. Homenaje a Angel Palerm*, volumen II, Modesto Suárez (Coordinador), Universidad Iberoamericana, Alianza Editorial Mexicana, México, pp. 9 – 32.

KUPPER, Adam

2002 *Cultura. La versión de los antropólogos*, Paidós Básica, no. 112, España, 299pp.

LEWIN, Pedro y Estela Guzmán

2003 “La migración indígena” en: *Los Pueblos indígenas de Oaxaca. Atlas etnográfico*, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Asuntos Indígenas del Gobierno del Estado de Oaxaca, CONACULTA, INAH, México, pp. 183 - 199

LINA, Manjarez Pedro y Hamlet Rodriguez Pérez

2004 “El espacio social de la ciudad de Ixtapaluca: proceso de periurbanización de la Ciudad de México” en: *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Agosto 2003, Vol. VII, No. 146, Universidad de Barcelona, España, pp. 1-10.
[www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(042\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(042).htm)

MEDINA, Andrés

1992 “ La identidad étnica: turbulencias de una definición” en: *I seminario sobre identidad*, IIA-UNAM, México, pp. 13-27.

MUÑOZ, López Leonardo

2002 *Ecatepec de Morelos. Monografía Municipal*, Gobierno del Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Asociación de Mexiquenses Cronistas Municipales A.C, México, 116pp.

NAVARRETE, Federico

2004 *Las relaciones interétnicas en México*, Colección Pluralidad Cultural en México, No. 3, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 133pp.

NOLASCO, Margarita

1979 *Aspectos sociales de la migración en México*, INAH, SEP, México

1992 “Migración indígena y etnicidad” en: *Migración y etnicidad en Oaxaca* Consejo Estatal de población de Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, Instituto Tecnológico de Oaxaca, Vanderbilt University, E.E.U.U, México, pp. 69 – 78.

OEHMICHEN, Bazán Cristina

2000 “Las comunidades extendidas: propuestas para una reflexión antropológica” en: *Revista Antropológicas*, no. 17, IIA-UNAM, México, pp.49-57.

2001 “Espacio urbano y segregación étnica en la Ciudad de México” en: *Papeles de población*, Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados de la Población, Año 7 No. 28 Abril – Junio, UAEM, pp 181- 197

2001 “Introducción. Migración, comunidad y relaciones de género” en: *Mujeres indígenas migrantes en el proceso de cambio cultural. Análisis de las normas de control social y relaciones de género en la comunidad extraterritorial. Tesis Doctoral*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, pp. 3- 23.

PÉREZ, Ruiz Maya Lorena

2003 “De las relaciones interétnicas a la interculturalidad” en: *La identidad mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, México, pp. 53-93.

RAMOS, Pioquinto Donato

1992 “La migración por micro – regiones en la Sierra Norte de Oaxaca” en:
Migración y etnicidad en Oaxaca, Consejo Estatal de población de Oaxaca,
Universidad Autónoma Benito Juárez, Instituto Tecnológico de Oaxaca,
Vanderbilt University, E.E.U.U, México, pp. 35 – 40.

ROMERO, Frizzi María de los Ángeles

1996 *El Sol y la Cruz. Los pueblos indios de Oaxaca Colonial*, Centro de
Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto
Nacional Indigenista, México, 291pp.

SÁNCHEZ, Gómez Martha Judith

1995 *Comunidades sin límites territoriales. Estudio sobre la reproducción de la
identidad étnica de migrantes zapotecas asentados en el área metropolitana
de la ciudad de México*, Tesis Doctoral, Colegio de México, México, 285pp.

STALLAERT, Christiane

1998 *Etnogénesis y etnicidad en España: una aproximación histórico –
antropológica al casticismo*, Proyecto A Ediciones, España, 190pp.

STAVENHAGEN, Rodolfo

1989 “Comunidades étnicas en estados modernos” en: *América Indígena*, año
XLIX, No. 1, Enero – Marzo, Instituto Indigenista Interamericano, México,
pp. 11-33

1992 “La cuestión étnica. algunos problemas teórico – metodológicos” en:
Estudios sociológicos, Vol. X, No. 28, Colegio de México, México, pp. 53-76

SERRANO, Carlos

1995 “500 años de historia: la conquista y el mestizaje biológico en México” en:
Conquista, transculturación y mestizaje. Raíz y origen de México, Lorenzo
Ochoa (editor), Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de
Investigaciones Antropológicas, México, pp. 41-49

TAMAGNO, Liliana

1988 “La construcción social de la identidad étnica” en: *Cuadernos de
Antropología. Identidad e Identidad étnica*, Editorial Universitaria de Buenos
Aires, Universidad de Luján, Argentina, pp. 48 – 60.

TEJERA, Gaona Héctor

1995 “La comunidad indígena en México” en: *Diversidad étnica y conflicto en América Latina*, Vol. II, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Editorial Porrúa, pp. 63-75.

THOMPSON, John B.

1998 *Ideología y cultura moderna. Teoría Crítica social en la era de la comunicación de masas*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 482pp.

VALIÑAS, Leopoldo

1995 “En 1492, no sólo llegó Colón” en: *Conquista, transculturación y mestizaje. Raíz y origen de México*, Lorenzo Ochoa (editor), Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, pp. 69-80

WARD, Peter M.

1990 *México: una megaciudad. Producción y reproducción de un medio ambiente urbano*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, México, 327 pp.

WIESHEU, Walburga

2000 “La zona oaxaqueña en el Preclásico” en: *Historia Antigua de México, volumen I: El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Editorial Porrúa, México, pp. 407-436

WINTER, Marcus

2000 “La zona oaxaqueña en el Clásico” en: *Historia Antigua de México volumen II: El horizonte Clásico*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Editorial Porrúa, México, pp. 47-77.

www.inegi.gob.mx.: consultado en noviembre 2005.

www.ecatepec.gob.mx: consultado en diciembre 2005.